

DON JUAN VALERA EN VIENA.
EXPEDIENTE DIPLOMÁTICO Y CORRESPONDENCIA POLÍTICA

Por Ana Navarro

La alianza literatura-diplomacia se encarna en la figura de don Juan Valera, literato por vocación y diplomático de profesión, como paradigma de esta combinación tan frecuente desde el Romanticismo. Los nombres de Espronceda, Miguel de los Santos Álvarez, Gabriel García Tassara, Nicomedes Pastor Díaz, Patricio de la Escosura, Ros de Olano, Trueba, Gil y Carrasco..., junto con los del Duque de Rivas, Alcalá Galiano y Martínez de la Rosa, cristalizan en una larga tradición que cuenta en España desde sus orígenes con más de seiscientos años¹.

El primer destino de Valera, como Agregado sin sueldo junto al Duque de Rivas en la Embajada de Nápoles, situó en 1847 el inicio de su aventura diplomática por Brasil, Sajonia, Rusia, Dieta Germánica, Portugal, Estados Unidos, Bélgica y Austria-Hungría, donde culminó su carrera en 1893 con el ascenso a Embajador en la brillante corte vienesa de finales de siglo².

¹ Véanse algunas de las fuentes y el catálogo de escritores diplomáticos españoles e hispanoamericanos del siglo XX en Manuel Adolfo Martínez Pujalté, *Diplomacia y literatura en España*, Madrid, O.I.D., [1986].

² Las fechas de nombramiento y toma de posesión de los distintos cargos y destinos desde su ingreso en la carrera diplomática hasta 1891 se encuentran resumidos en un documento de 1891 del Jefe del Archivo del Ministerio de Estado, quien certifica: «Que examinados los antecedentes que obran en el expediente personal de don Juan Valera y Alcalá Galiano que se custodian en el Archivo de mi cargo resulta que, por Real Orden de 14 de enero de 1847, fue nombrado Agregado diplomático con destino a la Legación de España en Nápoles, de cuyo cargo tomó posesión el 16 de mayo del mismo año; que por otra de 29 de mayo de 1850, fue ascendido a Agregado de número destinándole a la Legación en Lisboa con el sueldo anual de 12.000 reales, de cuyo cargo tomó posesión el 26 de agosto siguiente; que por otra de 11 de agosto de 1851, fue ascendido a Secretario de la Legación en el Brasil con el sueldo anual de 18.000 reales, de cuyo cargo tomó posesión el 10 de diciembre siguiente; que por otra de 17 de agosto de 1854, fue trasladado con igual sueldo y categoría a la de Dresde, de cuyo cargo tomó posesión el 21 de enero del año siguiente; que por Real Decreto de 16 de agosto del mismo año de 1855, fue ascendido al destino de oficial sexto de este Ministerio con el sueldo anual de 20.000 reales, de cuyo cargo tomó posesión el 5 de octubre del mismo año; que por otro de 9 de enero de 1856 fue ascendido a oficial cuarto segundo con el sueldo anual de 26.000 reales, de cuyo cargo tomó posesión el 1.º de enero del mismo año con arreglo al presupuesto; que por otro de primero de marzo de 1856, fue ascendido a oficial cuarto primero con el mismo sueldo de 26.000 reales, de cuyo cargo tomó posesión en el mismo día; que por otro de 8 de agosto de 1856, fue ascendido a oficial tercero segundo con el sueldo anual de 30.000 reales, de cuyo cargo tomó posesión al día siguiente; por Real Decreto de 29 de agosto del

Separado de la diplomacia desde 1888, año en que cesó como Ministro Plenipotenciario en Bruselas, con el retorno de Sagasta al poder en diciembre de 1892, Valera acariciaría la posibilidad de un nuevo destino, convertido en realidad tras un amargo episodio que expuso a pública ofensa al escritor y nuevamente en tela de juicio su actitud religiosa. Habiendo sido nombrados los embajadores en París, Londres y el Quirinal, y elegido Méndez Vigo por Vega de Armijo para Berlín, el nombre del novelista fue sugerido inicialmente por Fernando León y Castillo³ a Sagasta para la Cancillería ante el Vaticano. La de Austria estaba ocupada entonces por Merry del Val, quien apoyado por los Habsburgo, que sentían un gran aprecio por el Embajador

mismo año fue ascendido a oficial tercero primero con el mismo sueldo de 30.000 reales, de cuyo cargo tomó posesión el 1.º de septiembre del mismo año habiéndolo desempeñado hasta el 31 de diciembre de 1858, en que cesó en virtud de Real Decreto de la misma fecha en que fue declarado cesante.

Que por otro Real Decreto de 24 de julio de 1865, fue nombrado Ministro Plenipotenciario en Francfort con el sueldo anual de 6.000 escudos [60.000 reales], de cuyo cargo tomó posesión el 20 de agosto del mismo año, habiéndolo desempeñado hasta el 12 de agosto de 1866, en que hizo entrega de la Legación por haber sido declarado cesante por Decreto de 23 de julio del mismo año. Que por otro del Gobierno Provisional de 11 de octubre de 1868 fue nombrado Subsecretario de este Ministerio con el sueldo personal de 9.000 escudos anuales, de cuyo cargo tomó posesión al día siguiente y lo desempeñó hasta el 9 de noviembre de 1869 en que cesó, por haber sido declarado cesante en virtud de Decreto del día anterior.

Que por Real Decreto de 21 de febrero de 1881, fue nombrado Ministro Plenipotenciario en Lisboa con el sueldo de 19.000 pesetas anuales, de cuyo cargo tomó posesión el 24 de marzo del mismo año, habiéndolo desempeñado hasta el 31 de julio de 1883, por haber sido declarado cesante en virtud del Real Decreto de 23 del mismo mes y año.

Que por otro Real Decreto de 22 de noviembre de 1883, fue nombrado Ministro Plenipotenciario en Washington, de cuyo cargo tomó posesión el 20 de enero del año siguiente; que por otro de 25 de enero de 1886, fue nombrado Ministro Plenipotenciario cerca de S.M. el Rey de los Belgas con el sueldo personal de 15.000 pesetas anuales, de cuyo cargo tomó posesión el 11 de mayo siguiente y lo desempeñó hasta que por Real Decreto de 11 de agosto del año 1888 le fue admitida la dimisión que tenía presentada declarándole cesante; hallándose en esta Corte en virtud de Orden del Gobierno con objeto de recibir instrucciones relativas a la Legación de su cargo.

Y para que se acredite donde convenga y en virtud de Orden del Excmo. Señor Ministro de Estado, expido la presente sellada y firmada en Madrid a 22 de junio de 1891». Minuta.

Ministerio de Asuntos Exteriores, Expediente personal de don Juan Valera, legajo 244, n.º14123. En adelante indicaremos los documentos procedentes de este expediente por las iniciales MAE Exp. y MAE Corresp. H. cuando se trate de la correspondencia de la Embajada reunida en los legajos n.º 1371 y 1372 del mismo archivo.

³ «Don Fernando habló y escribió en mi favor para que me enviasen a Roma, antes de que decidiesen enviar y enviasen allí al Duque de Baena, que buen poso hay. Don Fernando, de ello estoy seguro, fue quien primero habló a Sagasta de mi nueva embajaduría que, al fin, nos salió huera». Juan Valera, *Cartas a su mujer*, Córdoba, Diputación Provincial, 1989, pp. 221-22. Véase también la carta a Moreno Ruiz de 22 de diciembre de 1892 en Matilde Galera, *Juan Valera, político*, Córdoba, Diputación Provincial, 1983, p. 671; en adelante nos referiremos al «Epistolario inédito a don Francisco Moreno» contenido en esta obra como *Espistolario [...] a Moreno*. Cfr. *Cartas a su mujer*, ed. cit., p. 361.

español⁴, ofreció cierta resistencia al traslado a la Santa Sede, dejando en principio este destino como único posible para Valera. Las sospechas de que su fama de descreído le granjearía la consideración de persona *non grata* en el Vaticano coincidieron con la reacción de los sectores ultramontanos, que difundieron prontamente la noticia en la prensa más conservadora. Ante el inminente contratiempo, el escritor se apresuró a visitar al Nuncio y a solicitar a Vega de Armijo que no iniciara las consultas previas con la Santa Sede⁵. Finalmente, Merry del Val fue trasladado a la Corte Pontificia, y aquél ascendido y destinado al Imperio austrohúngaro el 16 de enero de 1893⁶.

Con una ayuda de costas de viaje de 2.847 pesetas⁷, Valera y su hijo Luis, al que llevó como tercer Secretario, emprendieron un mes más tarde el largo recorrido hacia Viena. Dos breves estancias de tres días en París y Munich, justificadas más tarde ante el Ministro de Estado como parte de su embajada, les permitirían conquistar la consideración de cuantos príncipes visitaron por el camino, demorando su llegada a la capital del Imperio hasta el 24 de febrero⁸. Al día siguiente, el Encargado de Negocios interino y Primer

⁴ Véase *Correspondencia de don Juan Valera (1859-1905)*, ed. C. DeCoster, Valencia, Castalia, 1956, pp. 170-171.

⁵ Los pormenores de este episodio pueden verse en la carta de 2 de enero de 1893 en *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, ed. de M. Artigas y P. Sáinz Rodríguez, Madrid, Espasa-Calpe, 1946, pp. 447-449. De forma semejante arguye en la carta al Ministro de Estado, Marqués de la Vega de Armijo, fechada en Madrid a 5 de enero de 1893, en *Correspondencia...* ed. cit., pp. 164-165. Pueden verse también sobre este punto las siguientes cartas: a Moreno Güeto de 6 de enero de 1893, en *Ibidem*, p. 166; y a Moreno Ruiz, de 13 de enero de 1893, en *Epistolario [...] a Moreno*, ob. cit., pp. 671-672.

⁶ En despacho de Viena de 30 de enero de 1893, n.º 9 de la sección 1.ª (MAE, Co-rrresp.), Merry del Val acusaba recibo de la Real Orden n.º 10 de 16 de enero disponiendo que pasara a continuar sus servicios cerca de la Santa Sede. Con esa misma fecha Valera fue nombrado para la Embajada vacante de Austria-Hungría: «En atención a las circunstancias que concurren en don Juan Valera y Alcalá Galiano, Senador del Reino, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de primera clase cesante, en nombre de Mi Augusto Hijo el Rey Don Alfonso XIII y como Reina Regente del Reino, vengo en ascenderle a Embajador Extraordinario y Plenipotenciario destinándole con esta categoría cerca de Su Majestad el Emperador de Austria Rey Apostólico de Hungría. Dado en Palacio a diez y seis de enero de 1893. María Cristina». MAE Exp.

⁷ Madrid, 16 de enero de 1893: «S.M. la Reina Regente se ha dignado expedir con esta fecha el Decreto siguiente [...] De Real orden lo traslado a V.S. para su conocimiento y a fin de que con cargo al Artículo primero, capítulo séptimo del Presupuesto vigente de este Ministerio disponga el abono al interesado de la cantidad de (2.847) Pesetas dos mil ochocientos cuarenta y siete que le corresponde en concepto de ayuda de costas de viaje desde Madrid a Viena, así como su sueldo personal y cantidades para gastos de representación y de material asignadas a dicho cargo en el presupuesto vigente y la habilitación de establecimiento que le corresponda con arreglo a reglamento tan luego como haya tomado posesión de su destino: advirtiéndole que se ha expedido al interesado el correspondiente Real Despacho». MAE Exp.

⁸ En la capital francesa visitaron a la Reina Isabel, su sobrina Luisa Malakoff, la Duquesa de la Torre, don Fernando León y Castillo y el personal de la Embajada... Portadores de un brazalete y de un cofre trabajado por Zuloaga, que la Reina Isabel

Secretario de la Embajada española, Emilio Heredia, tras telegrafiar al Ministro de Estado anunciando la toma de posesión del nuevo embajador⁹, lo puso en conocimiento del Ministro de Asuntos Extranjeros austríaco, Conde de Kálnoky, con quien Valera mantuvo una entrevista el 26 de la que queda testimonio oficial en uno de sus primeros despachos:

Embajada de España
en Viena
N.º 26. Sección 1.ª

Excmo. Señor:

Muy Señor mío: Con motivo de haberme detenido algunos días en Munich para tener el gusto y la honra de ver a S.S.A.A. la Archiduquesa Isabel, madre de S.M. la Reina Regente, y a la Señora Infanta Doña Paz, y de ofrecer a ambas mis respetos, he retardado mi llegada a Viena, a donde no llegué hasta el 24 a las ocho de la noche.

Al día siguiente me hice cargo de la Embajada, como ya lo habrá participado a V.E. el Encargado de Negocios, Primer Secretario, Señor Heredia. Dicho Señor, después de anunciar mi visita y de pedir hora, me condujo ayer a ver al Ministro de Negocios Extranjeros, Conde de Kálnoky, con quien tuve no muy larga conversación, en la cual mostró él grande interés por S.S.M.M. el Rey y la Reina, Su Augusta Madre, de cuya salud, respondiendo yo a sus preguntas, le di buenas noticias.

Aunque el Conde de Kálnoky pasa por muy sobrio de palabras y por extremadamente grave, estuvo, a juzgar por lo que me indicó el Señor Heredia, muy llano y cordial, y me habló con afecto y elogio de varios españoles notables a quienes ha conocido, empezando por V.E.

Me dijo además el Conde que S.M. Imperial se ausenta de Viena por algunos días y que hasta su vuelta no podrá recibirme. Parece, pues, que mi recepción se retardará una semana.

Hoy, con todo, dirijo al Conde mi primera Nota, remitiéndole la copia de la Carta Credencial y pidiendo la audiencia del Emperador.

Por consejo del Conde de Kálnoky, y aun antes de ser recibido en Palacio iré a visitar a los Embajadores. Ya he empezado estas visitas exclusivas y amistosas, yendo a ver a Su Eminencia el Cardenal Galimberti, quien, a pesar de la alta dignidad a que recientemente ha sido elevado, es muy posible que siga aquí aún como Nuncio durante algún tiempo.

Dios guarde a V.E. muchos años
Viena, 27 de febrero de 1893
Excmo. Señor
B. l. m. de V.E.
su atento seguro servidor
Juan Valera¹⁰

y la Marquesa de Bogaraya habían confiado a Valera para la Infanta doña Paz, padre e hijo reanudaron el viaje, deteniéndose otros tres días en Munich donde fueron espléndidamente agasajados por la familia real bávara. La Infanta y su esposo, Luis Fernando, primogénito del Príncipe Adalberto y de la Princesa Amalia, les invitaron a comer en el castillo de Nynphenburg. Acompañaron a los Príncipes a la lujosa representación del *Freischütz* ofrecida a éstos en el Teatro Real con motivo de la celebración de sus bodas de plata, y mantuvieron una amena conversación con la Archi-

Con posterioridad a esta entrevista, Valera, como acabamos de ver, envió la copia de la carta credencial y solicitó la audiencia del Emperador, que se retrasó hasta el 21 de marzo a causa del viaje de éste a Suiza¹¹. La etiqueta observada por la corte austríaca, severamente mantenida por Francisco José, obsesionado por el respeto al más estricto ceremonial, obligó al novelista a permanecer aislado mientras no estuviera acreditado en la Corte. Sólo le fue permitido visitar a sus colegas del cuerpo diplomático. Los primeros embajadores con los que entabló contacto fueron el Príncipe Labanoff, de Rusia; el Príncipe Enrique VII de Reuss, de Alemania; y el Pronuncio Monseñor Galimberti, quien conquistó pronto sus simpatías y dispuso los acros recuerdos del episodio que antecedió a su nombramiento: «El Cardenal Pronuncio dicen que ha reído mucho de que hayan puesto dificultades contra mí en el Vaticano, a causa de *Pepita Jiménez*. Ahora en las librerías buscan aquí a *Pepita Jiménez* en alemán para leerla»¹². La única tertulia a la que el nuevo Embajador asistió durante este período fue la de la Condesa Zichy, hija del Príncipe de Metternich, la primera dama austríaca a la que conoció en la fonda donde ambos residían antes de instalarse Valera en la vivienda de la Embajada¹³.

A pesar de los elogios de Fernando Gross, autor de una encomiástica biografía que se publicó en el *Fremdem Blatt* a su llegada a Viena¹⁴, Valera consideró, por ciertas noticias divulgadas en este periódico, en las *Correspondencias Políticas* en alemán y en francés, y en la *Neue Freie Presse*, que la actitud de la prensa era poco favorable al gobierno de Sagasta y a la situación política de España. El mismo día que se suscribió a la *Correspondencia Política* en francés, portavoz oficioso de Kálnoky, se publicó en ella un suel-

duquesa Isabel, abuela de Alfonso XIII, que puso fin a su amable estancia en Múnich. Véanse los pormenores de este viaje en *Correspondencia...*, ed. cit., pp. 167-169; y en la carta de 4 de marzo de 1893, en *Epistolario [...] a Moreno*, ob. cit., p. 672.

⁹ Telegrama de 25 de febrero de 1893: «Hoy hecho entrega de la Embajada al señor Valera que llegó anoche, Heredia». MAE Exp.

¹⁰ MAE Exp. Véase nota 8. Hacemos objeto del presente trabajo la documentación del expediente diplomático de Valera en Viena, que incluimos en su práctica totalidad. Su correspondencia oficial, tanto la que pertenece al mencionado expediente, como la política, siendo Embajador en Viena o Ministro Plenipotenciario en Sajonia, Portugal, Estados Unidos y Bélgica se encuentra actualmente en fase de publicación.

¹¹ Véase *Epistolario [...] a Moreno*, en ob. cit., p. 672; *Correspondencia...*, ed. cit., pp. 171, 173-175; *Epistolario...*, ed. cit., p. 360; *Cartas a su mujer*, ed. cit., p. 214.

¹² *Ibidem*, p. 211. Otras opiniones sobre Monseñor Galimberti pueden verse en la p. 209. Y sobre el éxito de *Pepita Jiménez* traducida al alemán, véase *Correspondencia...*, ed. cit., p. 173, y Ana Navarro, «Historia editorial de *Pepita Jiménez*» en *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, N.º 10, 1988, pp. 81-103.

¹³ Véase *Correspondencia...*, ed. cit., pp. 171-172; y *Cartas a su mujer*, ed. cit., p. 211.

¹⁴ *Correspondencia...* ed. cit., p. 171.

to, reproducido al parecer de la *Neue Freie Presse*, que hirió su patriotismo: «desde la primera palabra hasta la última, es, a mi ver, desagradable para mi nación y para mi Gobierno: que no tenemos un cuarto; que la representación nacional es ahí una filfa; que nadie en España quiere dejar de cobrar ni menos pagar; que los republicanos triunfan a pesar de que el Gobierno hace o puede hacer a su gusto las elecciones, y que el gobierno de Sagasta está en un tris de caer el día menos pensado, pudiendo en su caída, ser árbitros de todos los republicanos. Tomando en cuenta la moderación con que debe hablar una hoja *kálnóquica* y diplomática, creo que la hoja nos trata mal, aunque pueda ser o sea cierto algo de lo que dice. Yo trataré de inspirar en adelante a la hoja sueltos más lisonjeros.»¹⁵ Para ello, proponía al Marqués de la Vega de Armijo que el Gobierno enviara a las embajadas una circular oficial periódica, informativa de la actualidad política de España.

La respuesta de Valera a estos comentarios fue de cauteloso mutismo; desmentirlos solamente contribuiría, en su opinión, a atraer más la atención sobre ellos. Eso sí, discretamente solicitó al Conde de Kálnoky mayor prudencia en el futuro para evitar la creación de una atmósfera de hostilidad hacia España. En un intento de dulcificar el asunto ante el nuevo Ministro de Estado, Segismundo Moret —el Marqués de la Vega de Armijo pasó a presidir el Congreso de los Diputados—, con una actitud de diplomática tolerancia, atribuiría a «ligereza e irreflexión» la oposición de la prensa, que tras sus gestiones dio pronto muestras de afecto en las gacetas dirigidas por Schiel y Schäffer, la *Fremdem Blatt* y la *Neue Freie Presse*. El diplomático insistió a su nuevo jefe en la política de silencio y en la de atraerse la voluntad de los periodistas para difundir aquellas noticias que interesaran sobre España, ya por iniciativa del Gobierno, ya de la propia Embajada. En su opinión, sería de gran eficacia conseguir algunas condecoraciones para los redactores que «den a conocer con amor y con talento la política, el estado económico, los recursos o la cultura de España. Y me preparo y anticipo a decirlo, a modo de anuncio, porque en una carta que recibí ayer del señor Schiel, éste recalca su desinterés y pondera lo bien que ha servido siempre a España por simpatía pura, sin pedir ni obtener nada hasta ahora.»¹⁶ Este episodio, el aislamiento social obligado por la etiqueta y la frialdad de los representantes del Gobierno austríaco con los que Valera trató en estos primeros meses, especialmente el Conde Kálnoky, le hicieron recelar pronto que aquella sociedad esplendorosa era menos accesible de lo que había imaginado¹⁷.

La preocupación principal del nuevo Embajador hasta la presentación de sus credenciales consistió en una instalación acorde con su categoría en aquella «pomposa» y «aparatoso» Corte en la que los representantes diplomáticos gozaban de una consideración extraordinaria. Esto halagó en extremo su aristocratismo: «El puesto que tenemos aquí debe lisonjearnos. En esta sociedad tan imperial, tan regia, tan aristocrática y con tanta disciplina social, los Embajadores, hembras y machos, son consideradísimos. Salvo el Emperador y los Archiduques, nada hay por encima de ellos. Pero esta misma conspicuidad, este egregio empingorotamiento y esta pomposidad que nos

¹⁵ *Ibidem*, pp. 175-176.

¹⁶ Despacho nº 58. Viena, 18 de mayo de 1893. MAE Corresp. H.

¹⁷ Véase *Correspondencia...*, ed. cit., p. 170.

circundan, tienen sus contras y tienen sus dificultades o peligros, difícilísimos de evitar: es uno el de aburrirse, y es otro el de gastar más de lo que le dan a uno.»¹⁸ *Il ricevimento*, pues, de la Embajada española debería hacerse «con todo el aparato que el argumento requiere» para no quedar en una posición desairada¹⁹.

Frente a otras embajadas como las de Alemania, Francia, Inglaterra y Rusia, que sobre ser palacios magníficos estaban amuebladas con un lujo y elegancia deslumbrantes, la Embajada española era buena, los salones hermosos, pero harto desangelados y oscuros. El mobiliario, cedido por Merry del Val en 15.000 pesetas, resultó una excelente adquisición. Donde, en opinión de Valera, debían esmerarse era en el «tapizado» ornamental. La decoración de las viviendas vienesas, al igual que la del resto de las europeas, pecaba del barroquismo, del exceso de suntuosidad conseguida por la acumulación de adornos que caracterizó al estilo *kitsch*. Para «elegantizar» la Embajada y dotarla de un ambiente acorde con la moda de finales de siglo, el autor insistió mucho en la decoración basada en la abundancia de objetos menudos, que Dolores debería enviar desde Madrid: porcelanas, figurillas, bronce, objetos de plata, etc. que se complementarían con adornos vegetales, de plantas y flores. Los cuadros jugarían un papel definitivo en la decoración: el salón de las *Condesas*, donde recibiría Carmen, tenía espejos, y el de baile no los necesitaba; en el de los *Archidukes*, sin embargo, eran indispensables. A través del Marqués de la Vega de Armijo, solicitó al Gobierno un retrato en grupo de la familia real que quedaría como propiedad de la Embajada; otro de Alfonso XIII pintado, a ser posible, por Esquivel, que de no costearlo el Gobierno lo pagarían ellos. Y estampas de la calcografía nacional: de Selma, de Esteve y de Carmona, grabadores desconocidos en Austria²⁰.

La instalación definitiva de Valera en la residencia de la Embajada tuvo lugar el 7 de marzo de 1893. Inmediatamente, informó al Gobierno y solicitó el abono por los gastos de intalación:

Embajada de España
en Viena
N.º 30. Sección 10.^a

Excmo. Señor:

Muy Señor mío: Aprovechando los días en que aguardo ser recibido por S.M. el Emperador, el cual está ausente, en Suiza, he adquirido todos los objetos necesarios para instalarme en la casa de la Embajada, entre ellos los muebles que tenía y usaba mi predecesor el Señor Merry del Val, y puedo ya asegurar a V.E. que me hallo instalado de manera conveniente, si bien modesta cuando se compara con la esplendidez y el lujo de los Palacios en que viven aquí otros Embajadores, y particularmente los de Alemania, Francia y Rusia.

¹⁸ *Cartas a su mujer*, ed. cit., p. 216; lo mismo en pp. 211, 212 y 214-215.

¹⁹ Sobre esta recepción apenas tenemos noticias. Sabemos que tuvo lugar el 3 y el 4 de enero de 1894. Véase *Epistolario...*, ed. cit., p. 447.

²⁰ *Cartas a su mujer*, ed. cit., pp. 208, 210, 211, 213 y 215; y *Correspondencia...*, ed. cit., pp. 173 y 176.

La casa, que está alquilada en garantía del Gobierno, es capaz, si bien algo sombría, y los salones de recepción están puestos con buen gusto.

He mandado hacer a toda priesa, y ya estarán hechas mañana, pues las voy a necesitar, acaso para la audiencia imperial, y sin duda alguna para mis visitas a los Archiduques, las libreas de aparato del cochero y del Cazador, criado indispensable aquí para estas ceremonias, y cuyos arreos, charreteras, banda, tahalí o talabarte, sable, sombrero con penacho de plumas y relieves alegóricos de su oficio, representando en bronce lobos, zorros, osos y otras fieras, son bastante costosos.

Para responder a todos estos empeños indispensables, y en vista de que ya estoy instalado, suplico a V.E. que dé las órdenes convenientes, a fin de que, en virtud del artículo 44 del Reglamento de la Carrera diplomática, se me abone de una vez y con la prontitud posible la suma que está consignada para mis gastos de instalación.

Es favor que agradeceré mucho a V.E. cuya vida guarde Dios muchos años.

Viena, 7 de marzo de 1893
 Excmo. Señor
 B. l. m. de V.E.
 su más atento seguro servidor
 Juan Valera²¹

La víspera Valera había dirigido una carta personal al Marqués de la Vega de Armijo suplicando por lo menos la tercera parte de los gastos²². Sin embargo, para que constara de oficio su instalación era imprescindible acreditarla mediante certificado del Secretario²³, enviado el 20 de marzo con un

²¹ MAE Exp.

²² «Lo primero que pido a usted por amor de Dios es que diga que me envíen si no todo lo consignado para gastos de instalación la tercera parte al menos, dejando el pago de las otras dos terceras partes para julio. El día 1.º de mayo tengo que pagar a la Princesa de Ypsilanti, propietaria de esta casa, el importe por adelantado del alquiler de seis meses, lo cual se aproxima a dos mil duros de nuestra moneda. ¿Cómo voy a pagar esto si soy pobre y he gastado ya en vajilla, paños de mil clases, manteles, sábanas, mantas, libreas, arreos de cazador y del portero, etc., etc.? A Merry le debo el fondo del mobiliario y dos meses y medio de alquiler, pero Merry esperará. Quien no puede esperar es la Princesa. Mi mujer ha tenido que empeñar parte de los fondos que tiene en el Banco de España para venirse aquí, lo cual es costoso y más enviando o trayendo consigo lo menos malo que ahí teníamos. Hablando a usted con toda franqueza, yo creo que en este puesto, si me dura dos o tres años, resignándome a ser el más modesto de los Embajadores que hay aquí, aunque sin hacer un papel desairado, podré vivir con lo que da el Gobierno, poniendo algo de las rentas de mi mujer y tal vez ahorrando un poco de ellas. Para conseguir esto pienso hacer, y Dios me iluminará y me dará constancia para ello, milagros de arreglo y de economía. Pero al principio todo son gastos; los milagros son más difíciles de hacer, y la Ypsilanti no dará espera, y, si me la da, será poniéndome en ridículo. Por amor de Dios, repito, diga usted que me envíen pronto siquiera la tercera parte de lo consignado para gastos de instalación.» *Correspondencia...* ed. cit., pp. 190-191; íd. en la de 22 de marzo, pp. 178-179.

²³ «El infrascrito Primer Secretario de la Embajada de España, certifica: que el Excmo. Sr. don Juan Valera y Alcalá Galiano, Embajador de S.M. en esta Corte, se halla instalado con muebles de su propiedad en la casa Embajada. Y para que conste donde convenga expido el presente en Viena a 20 de marzo de 1893. Heredia». MAE Exp.

nuevo despacho en el que puede apreciarse el estado de la Embajada como ejemplo de la situación general de la diplomacia española en el siglo XIX. Con arreglo al presupuesto para el ejercicio 1893-94, el sueldo personal asignado a su categoría de Embajador era de 20.000 pesetas, 3.800 para material y 63.000 para gastos de representación²⁴:

Embajada de España
en Viena
N.º 34. Sección 10.^a

Excmo. Señor:

Muy Señor mío: Adjunto remito a V.E. un certificado que, según me han dicho, se requiere para que conste de oficio que estoy instalado en esta casa de la Embajada y con los muebles que son de mi propiedad.

Ya comprenderá V.E. que sólo una persona, que fuese particularmente rica, podría adelantar las cantidades relativamente no pequeñas que se necesitan para amueblar, si no con lujo, con decoro y decencia, una casa grande, como es ésta, y en la que hay espaciosos salones. Y como no está bien comprar de fiado e ir pagando poco a poco, aun suponiendo que esto fuera fácil, V.E. no extrañará que muestre yo alguna impaciencia en mis ruegos para que los gastos de instalación se me abonen pronto.

Además del menaje y ornato de la casa, sobrevienen, al principio, numerosos gastos extraordinarios propios e inherentes a la elevada posición en que la bondad de S. M. la Reina Regente (q. D. g.) y el favor de Su Gobierno han tenido a bien colocarme: gastos, por otra parte, tan ineludibles que el más austero o despreocupado y modesto de los hombres, si aceptara el venir aquí de Embajador, no atinaría ni se atrevería a suprimir, a no romper con los usos de este país, desatender las exigencias sociales y faltar a la etiqueta. Así por ejemplo las libreas de algunos criados, y sobre todo, los costosos y relucientes arreos, trajes, insignias y armas, del Cazador y del Portero.

El alquiler de la casa, además, se paga por adelantado, y el día 1.º de mayo tendré que pagar un semestre²⁵.

²⁴ Según Real Orden de 8 de agosto de 1893 esta asignación empezaría a devengar desde el 1 de septiembre del mismo año. MAE Exp. Véase *Cartas a su mujer*, ed. cit., pp. 208-209, 213-214, 224 y 221 para estas cifras; y *Correspondencia...*, ed. cit., pp. 184 y 190.

²⁵ Véase nota 22. Una de las costumbres que más atrajo la atención de Valera fue la de los dos criados recargadamente engalanados, «cazador» y portero, privilegio exclusivo de embajadores, archiduques y príncipes, que dio lugar a irónicas y delicias descripciones costumbristas en cartas y despachos. Como los muebles, las casas o las «mujeres tapizadas» de finales de siglo, estos personajes lucían un aparato de atuendo, signo externo de la nobleza de sus señores. Al «cazador», diría Valera, «no hay más remedio sino hacerle el uniforme tan lleno de primores y chirimbolos, que cuesta más que el Embajador mismo [...] Llevará unas charreteras enormes; muchos ciervos, zorras, lobos y osos, de oro y de plata, por todito su cuerpo; un chapeo de tres picos colosal, coronado de un penacho de plumas blancas y verdes; y un talabarte, banda o yo no sé cómo le llaman, cuajado de zorras también del cual va pendiente un truculento chafarote, para matar sin duda a cuantos nos falten al respeto que se nos debe». *Cartas a su mujer*, ed. cit., p. 209. Véase *ibidem*, pp. 211, 213-214; y *Correspondencia...*, ed. cit., p. 173. El portero, por su parte, debía lucir «una enorme porra de metal plateado, y su tricornio, y casaca y bandolera más estruendosa y llena

Y por último, si yo he de vivir aquí, ya que no con la esplendidez y magnificencia de los Embajadores de otras naciones más prósperas que la nuestra, de una manera que no sea del todo deslucida, y si he de pagar los obsequios y convites que me hagan y que ya han empezado a hacerme, tendré que adquirir, además de lo menos malo que poseo y que traigo de España, no escasa cantidad de objetos para el servicio de la mesa y para mayor ornato de las habitaciones en que he de recibir: todo lo cual, como V.E. sabe muy bien, cuesta caro, aunque sea muy hábil y entendida para comprar la persona que lo adquiera.

Yo espero que V.E., con su acostumbrada bondad, me perdonará que haga estas observaciones y no las tildará de minuciosas y de poco convenientes en un escrito oficial.

Nadie, de seguro, podrá estar más satisfecho que yo del honroso cargo que se me ha confiado, ni sentir por ello mayor gratitud hacia la Augusta Persona de la Reina y hacia Su Gobierno. Mi más vivo y firme deseo es desempeñar dicho cargo por tal arte que logre yo ganar aquí amigos, disipar prevenciones, si por acaso las hubiese, y estrechar más los lazos de amistad entre los dos Estados, para que trascienda a los Gobiernos y aun a los pueblos, sin compromiso alguno, la cordialidad y mutua confianza que el cercano parentesco ha puesto entre los Soberanos de ambas Naciones. Todo esto, además de la fortuna, de la habilidad y del arte del Jefe de misión, prendas que bien quisiera yo poseer, pero que supliré con mi buena voluntad, si no las tengo, exige, sin duda, en Corte tan aristocrática donde el valer del Monarca es todo, y donde son hartos poco atendidos los Ministros Plenipotenciarios, que sea un Embajador el representante de España: pero esta misma exigencia trae en pos de sí e impone condiciones que difícilmente pueden avenirse con una extremada y rígida economía. No censurará, pues, V.E., ni atribuirá a codicioso egoísmo lo que pido, forzado por el empeño en que estoy y por mi afán de salir de él airoso.

Dios guarde a V.E. muchos años

Viena, 20 de marzo de 1893

Excmo. Señor

B. I. m. de V.E.

su atento seguro servidor

Juan Valera²⁶

de bichas, de escudos de armas y de otros adornos que la bandolera del cazador». *Ibidem*, p. 173. Otras referencias pueden verse en *Cartas a su mujer*, ed. cit., pp. 218 y 220; y en los despachos 30 y 36 de 1893.

²⁶ MAE Exp. Este retraso en el abono de la habilitación fue atribuido por Valera a «inercia o pachorra o mala voluntad del ordenador de pagos». El despacho fue tramitado con un informe de la sección correspondiente recomendando la liquidación de las mensualidades del primer semestre: «Excmo. Sr.: habiendo acreditado en la forma de costumbre el Sr. Valera que ha instalado su casa y oficina, a juicio de esta Sección procede disponer el abono de una vez de lo que por habilitación le corresponde como Embajador en Viena; pero teniendo en cuenta las razones expuestas al informar el despacho n.º 24 de este año del Ministro Residente en Estocolmo con las cuales V.E. tuvo a bien conformarse, el que suscribe cree, sólo deben abonarse de una vez las mensualidades correspondiente al primer semestre y que cuando empiece el ejercicio próximo se haga de las que falten de las doce que le corresponden. V.E. resolverá. Ramón Gutiérrez». De conformidad con lo previsto por el Reglamento de la

El ceremonial austríaco de estilo para presentación de la carta regia prescribía que, el día fijado por el Emperador para la audiencia, un gentilhombre designado por el Gran Chambelanato de la Corte recogiera con los coches de gran gala a aquél y a su séquito, y les acompañara a Palacio, sentado al vidrio en el coche del Embajador, que cerraba la comitiva. El elegido para esta ocasión fue el Príncipe Hugo de Dietrichstein. Tras ser saludado el nuevo representante por la guardia de Palacio, que presentaba armas, era conducido a la presencia de S.M.I. por el gentilhombre, que le cedía la derecha, precedidos ambos por dos Correos de Corte y seguidos por el personal de la embajada. Llegados al salón donde les aguardaban los *Garde Reiter Escadron* con sus oficiales, se incorporaban al cortejo dos Correos de Cámara que los conducían a un nuevo salón, el del Consejo Privado, donde estaba la Guardia veterana y el Gran Maestro de Ceremonias. Éste les acompañaba a un tercer salón donde formaba la Guardia Noble, los alemanes a la izquierda y los húngaros a la derecha. Los Correos de Corte se separaban de la comitiva antes de entrar en el salón de mármol blanco a cuya puerta se detenían los Correos de Cámara. Una vez en el salón de los consejeros íntimos, el Gran Chambelán o Camarero Mayor anunciaba la llegada del Embajador al Emperador. A la orden de S.M. se abrían las dos hojas de la puerta que daba acceso al salón de audiencias privadas, donde el Embajador entraba solo. La etiqueta le obligaba a hacer tres reverencias al Emperador que le esperaba en pie con uniforme de Mariscal y descubierto.

No era costumbre en esta ceremonia el intercambio de discursos. La entrega de credenciales se realizaba en conversación privada con S.M.I., y la audiencia concluía con la presentación, previa petición del jefe de la legación al Soberano, del personal de la cancillería, para el que se abría una sola hoja de la puerta. El regreso a la embajada se hacía con idéntico ceremonial²⁷.

Según este estricto protocolo, que se enviaba al Embajador prolijamente detallado con anterioridad a su presentación de credenciales, el día 21 de marzo de 1893 Valera fue, finalmente, recibido por el Emperador:

Carrera Diplomática se le abonaron mediante orden de pago de 29 de marzo de 1893 las mensualidades correspondientes hasta fin de junio: «Habiendo acreditado D. Juan Valera Embajador de S.M. en Viena que ha establecido su casa y oficinas en aquella capital, S.M. el Rey (q.D.g.) y en su nombre la Reina Regente del Reino de conformidad con lo prevenido en el artículo 44 de la Carrera Diplomática se ha dignado resolver sean abonadas de una vez al interesado las mensualidades que en concepto de habilitación le corresponden hasta fin de Junio próximo; y que tan luego como empiece a regir el presupuesto de 1893-94 se le abonen las que le falten por no permitir hacerlo hoy el estado del Tesoro. De Real orden etc. (Minuta)». Con orden de 7 de julio se le abonaron las mensualidades hasta diciembre de 1893: «En virtud de lo dispuesto por Real Orden de 29 de marzo último el Rey (q.D.g.) y en su nombre la Reina Regente del Reino se ha servido ordenar sean abonadas de una vez al Señor D. Juan Valera Su Embajador en Viena las siete mensualidades que en concepto de habilitación le corresponden desde el 1º del actual, y que la cantidad a que asciende dicho pago se cargue al artículo 1º capítulo 7º del presupuesto vigente de 1893-94 de este Ministerio. De Real orden, etc. Dios. (Minuta)». MAE Exp.

²⁷ Los pormenores del protocolo pueden verse en Antonio de Castro Casaleiz, *Guía práctica del diplomático español*, Madrid, Est. Tipog. de *El Correo*, 1886, pp. 109-111.

Embajada de España
 en Viena
 N.º 36. Sección 2.ª

Excmo. Señor:

Muy Señor mío: Tengo la satisfacción de participar a V.E. que ayer fui recibido, en audiencia solemne, por S.M. el Emperador de Austria, en cuyas manos puse la Carta Regia que me acredita como Embajador de España cerca de Su Augusta Persona²⁸.

Las ceremonias de estilo de esta Corte para recibir a los Embajadores acaso no sean de tanto aparato y pompa como ahí, pero les presta cierta imponente magnificencia el brillo y gala de los uniformes y armas y la elevada estatura y el marcial continente de los oficiales y soldados escogidos, que forman dos largas filas, por medio de las cuales y atravesando muchos salones, llega el Embajador al que llaman del Consejo privado, donde es recibido por el Gran Maestro de Ceremonias y por otros personajes áulicos.

En el dicho salón, según las reglas de la etiqueta, que la víspera de mi recepción me trajo impresas un empleado de Palacio, aguardé a que el Camarero Mayor anunciase mi llegada a Su Majestad Imperial y Real Apostólica y le pidiese la venia para que yo entrase.

Acordada ésta al punto, se abrieron de par en par las puertas de la estancia en que el Emperador se encontraba, adelantándome yo hacia él, y haciendo tres profundas reverencias, según en el ceremonial, que sin descuidar un ápice lo dispone todo, está circunstanciadamente prescrito.

Después de entrar yo, cerraron de nuevo las puertas, y me quedé solo con S.M.

Luego que le entregué la credencial, sin leer ni pronunciar discurso, porque el Ceremonial no lo quiere, el Emperador estuvo afabilísimo, procurando sin duda disipar la timidez o cortedad que su presencia por primera vez pudiera causarme; y tuvo conmigo más larga conversación

²⁸ «Sérénissime Très Haut et Très-Puissant Prince, Seigneur Mon Parent, Très Bon et cher Frère: Animée du vif désir d'entretenir auprès de Votre Majesté Impériale et Royale un interprète fidèle de Mes sentiments, qui soit à même de cultiver et ressembler les bons rapports existants entre l'Espagne et l'Autriche, Je viens de nommer Mon Ambassadeur Extraordinaire et Plenipotentiaire M. Juan Valera y Alcalá Galiano, Grand' Croix de l'Ordre Royale et distingué de Charles III, des Sainti Maurice et Lagare d'Italie, de la Conception de Villaviciosa et du Christ de Portugal, de Léopold de Belgique, Commendeur de Sainte Anne de Russie, Officier de la Légion d'honneur, Ministre Envoyé Extraordinaire et Ministre Plénipotentiaire, Membre de l'Academie Royale d'Espagne et de l'Academie des Sciences Morales et Politiques, Sénateur du Royaume.

Les services d'intingués, le zèle et autres qualités de cet ancien diplomate, en répondant à la confiance dont J'ai cru devoir l'honorer sauront, Je l'espère, lui faire mériter la haute bienveillance et l'approbation de Votre Majesté. Dans cette persuasion Je La prie d'accorder un favorable accueil à Monsieur Valera et de vouloir bien ajouter foi et créance à tout ce qu'il aura l'honneur de porter à la connaissance en Mon nom, surtout quand il exprimera à Votre Majesté I. et R. les assurances de la sincère amitié et de l'attachement inaltérable avec lesquelles Je suis, Seigneur Mon Parent très bon et très cher, de Votre Majesté Impériale et Royale, la bonne Soeur et Parente.

A Sa Majesté l'Empereur d'Autriche, Roi Apostolique de Hongrie». [Minuta] (Madrid, 16 de enero de 1893). MAE Exp.

de las que en tales casos suelen tenerse, preguntándome con marcadísimo cariñoso interés, por S.M. la Reina Regente, informándose de la salud del Rey, Su Augusto Hijo, y no olvidando a Sus Altezas, las Infantas, de quienes le di noticias e hice el debido encomio.

Me habló también el Emperador de la estancia de la Emperatriz en España y del entusiasmo con que recordaba y describía las más famosas ciudades que había visitado, y especialmente Sevilla, Córdoba y Granada.

No dejó tampoco de ponderar las dificultades de la empresa que acomete el Gobierno actual de ese país al querer hacer economías, y añadió que una de estas dificultades era el número excesivo de Generales y oficiales que tiene nuestro ejército, cuyo valer elogió mucho, complaciéndose, aunque de paso, en dar a entender que creía que la época de los pronunciamientos había ya pasado.

Todos estos puntos los tocó el Emperador con tan sencilla franqueza y tan delicado tino, que, en vez de molestar, lisonjeaba, porque mostraba en todo, más que otra cosa, estimación y cariño por nuestra patria y por su dinastía, hoy tan unida a la suya por los lazos de la sangre.

La Señora Archiduquesa, madre de nuestra Soberana, fue también objeto de nuestra rápida aunque variada conversación, encareciendo el Emperador, y haciendo yo eco y apéndices a sus palabras, la rara ilustración y el despejado talento de Su Alteza y Su afición inteligentísima a la literatura y a las bellas artes de España, renacientes hoy, y en pleno florecimiento, y que Ella conoce y admira.

Terminado nuestro diálogo, seguí las prescripciones del Ceremonial, y pedí permiso a S.M. para presentarle a los individuos de la Embajada.

Luego que lo obtuve, fui a la puerta cerrada, que da al salón del Consejo privado, y di un golpe en ella con el puño. Entonces se abrió la puerta, entraron los dos Secretarios y el Agregado Militar, y los presenté a todos: a dos de ellos, por cumplir con la liturgia, y al tercer Secretario, con más razón por ser la primera vez, y diciendo a S.M. que era mi hijo. El Emperador tuvo para cada uno de ellos alguna amable palabra, y al Coronel Espinosa le habló del Ejército español y de las reformas que va a introducir el actual Ministro de la Guerra.

Por último, y para no fatigar más la atención de V.E., la ceremonia acabó por el mismo orden y manera con que había empezado, volviendo, mi séquito y yo, a mi casa, como habíamos ido, en tres coches de gala de Palacio. A la ida y a la vuelta, me acompañó, en mi coche, al vidrio, el Gentil hombre y Capitán Príncipe Hugo de Dritschstein [sic], gallardo y joven militar, heredero de una de las más antiguas e ilustres Casas de toda Alemania.

Para recibirle las dos veces que estuvo en mi casa y subió a mis salones, fue necesario tener de gala a mis criados, de lo cual salí lo menos mal que pude, con tres de frac y calzón corto, y el Cazador espléndido, aunque contrariado, y yo también, porque no habían acabado de hacer aún su bandolera y su pértiga o bastón al portero, y no pudo lucirse como hubiera convenido.

Dios guarde a V.E. muchos años

Viena, 22 de marzo de 1893

Excmo. Señor

B. I. m. de V.E.

su atento seguro servidor

Juan Valera²⁹

A la presentación de credenciales ante Francisco José I siguió, el día 22 de marzo, una comida en Palacio a la que fueron invitados el Embajador, sus dos Secretarios y el Agregado Militar, Espinosa de los Monteros. Valera volvió al *Hofburg* en diciembre con motivo del banquete para hombres solos dado por el Soberano al cuerpo diplomático³⁰. Liberado, por fin, del aislamiento social obligado por la etiqueta, inició el acostumbrado turno de visitas que le permitirían conocer a la alta sociedad vienesa³¹. Las relaciones con sus colegas del cuerpo diplomático, el Embajador francés, Pierre Louis Albert Decrais; el Embajador italiano, Constantino Nigra; Frederick Dent Grant, primogénito del antiguo Presidente de Estados Unidos; los Ministros de Japón, etc. se alternaron con las entrevistas oficiales con Kálnoky y Kállay —el Ministro de Hacienda— y las visitas de ordenanza a todos los Archiduques por estricto orden de jerarquía³²: la Princesa Estefanía, viuda del Archiduque Rodolfo, el protagonista del trágico episodio de Mayerling, que le sorprendió por su amabilidad y elegancia, pero también por su disposición para las artes y la literatura; el Archiduque Carlos Luis y su esposa María Teresa de Braganza, cuya conversación rejuveneció espiritualmente a Valera; y junto a éstas, las de la Duquesa viuda de Módena y los Archiduques Luis Víctor, Guillermo y Alberto dieron pie a un extenso despacho donde se sintetizan sus impresiones, que parece más un retazo literario que un escrito oficial:

²⁹ MAE Exp. Este relato oficial se ve completado por el referido privadamente al Marqués de la Vega de Armijo donde se añaden algunos pormenores y circunstancias anecdóticas de la jornada: «Ayer fui recibido por el Emperador, con todo el aparato que el argumento requiere, y a las tres horas de la recepción soberana, que he procurado referir en un despacho, ya estaba aquí un empleado de Palacio a cobrar las propinas que tuve que pagar, armado él de su competente recibo. [...] Pagué 550 pesetas de nuestra moneda. Era de ver ayer la desesperación del cazador porque el portero carecía aún de porra, de bandolera y de otros mil requilorios o pelendengues, que se le están acabando de hacer, y tuvo que recibir de cualquier modo al elegante Príncipe de Ditrichstein de Nicolsburgo, Conde de Mensdorff-Pouilly. Fue también chistoso, aunque hubiera podido ser el chiste pesado, el empeño que tuvimos de que entrasen por una puerta de esta casa y saliesen por otra, que da a calle más ancha, los coches de gala de Palacio. Por dicha, el correo palatino envió a alguien con una vara de medir, tomó bien las medidas, y vio que dichos coches cabían por la puerta de entrada pero no por la de salida. Si el hombre no llega a tener tal precaución, quedamos aviados. Los coches entran, quedan atascados aquí y tenemos que sacarlos con tirabuzón o sacatrapos o abriendo mayor boquete en una de las puertas. Hubiera sido lance tremendo. Por dicha, todo pasó de la manera más correcta, y había mucha gente a vernos pasar, aunque hacía un día detestable, cubierto el suelo de una alfombra blanca y el ambiente de mariposa de plata porque nevaba a más no poder.» *Correspondencia...*, ed. cit., pp. 179-180.

³⁰ Véase despacho n.º 132 de 5 de diciembre de 1893.

³¹ Véase *Correspondencia...*, ed. cit., pp. 183-184; y *Cartas a su mujer*, ed. cit., pp. 216-217.

³² *Correspondencia...*, ed. cit., pp. 180 y 192; *Cartas a su mujer*, ed. cit., p. 223.

El ritual requiere que yo visite también, de uniforme y pidiendo sucesivas audiencias, por el orden prescrito, a no corta serie de Archidukes, lo cual es operación, si en extremo grata, sobradamente prolija. Así es que disto bastante todavía de haberla terminado. Los susodichos Príncipes, ya por andar de viaje, ya por quehaceres de mayor importancia, suelen tardar en recibir, de suerte que sólo he visitado a los siguientes. He visitado a la Archiduquesa Estefanía, cuya dulce afabilidad, gentil presencia y elevada distinción encantan a quien tiene la honra de tratarla; resplandecen en ella, a pesar del largo duelo por la trágica muerte del joven marido y dan claro testimonio del ingenio y discreción de la Princesa belga y de sus altas prendas de escritora y de artista, las cuales prendas avaloran y realzan la obra colosal, titulada *La Monarquía Austro-húngara en palabra y en imagen in Wort und Bild*³³, que S.A.I. dirige y donde publica dibujos y escritos. He visitado también al Archiduque Carlos Luis, que me pareció muy llano y afectuoso, y en cuya linda y elegantísima consorte la Princesa María Teresa de Braganza, reconocí con gusto, a pesar de lo poco que hablé con ella, la razón que tienen los vieneses para admirar la gracia, el despejo, el tino y la amenidad extraordinaria que pone en cuanto dice, y que tan apta la hacen para representar aquí, en cierto modo, el papel de la Emperatriz, ausente por lo común o retirada³⁴. Y he visitado por último

³³ El Príncipe Rodolfo —que había publicado anónimamente *La nobleza austríaca y su vocación constitucional*, donde criticaba a la aristocracia más conservadora, y diversos artículos en *Neues Wiener Tageblatt* de carácter liberal— dirigió, hasta su muerte, *La Monarquía austro-húngara en palabra e imagen*, labor que continuó su viuda, la Princesa Estefanía. Véase José María Valverde, *Viena, fin del Imperio*, Barcelona, Planeta, 1990, p. 25. Según la primera impresión de Valera, esta dama era «elegantísima, guapa, amable y encantadora»; y se lamenta: «pero no la volveré a ver hasta Dios sabe cuándo. ¿No podría esta Princesa tener siquiera tertulia una vez por semana aunque sólo fuera de viejos como yo, y charlar un rato apacible e inocentemente con nosotros? Pero no hay que pensar en esto. No ya en salones de Archiduquesas, sino en otros menos egregios voy temiendo que ha de ser aquí punto menos que imposible una tertulia de confianza como las de Madrid.» *Correspondencia...*, ed. cit., p. 185.

³⁴ María Teresa de Braganza, infanta portuguesa con la que el archiduque Carlos casó en terceras nupcias. «Después de la Archiduquesa Estefanía, que tan buena impresión me ha hecho, he pedido audiencia al hermano segundo del Emperador, hoy su heredero inmediato, sin duda no me recibirá hasta que pasen las fiestas de Semana Santa. La Archiduquesa recelo que no ha de estar muy amable conmigo. Hasta hace poco no ha querido ni saludar a los enviados de España. Todos dicen que es distinguidísima, todavía fresca y guapa y muy majestuosa y principesca. Es carlista furibunda y más fanática que el propio don Miguel». *Ibidem*. «Al fin, pasados ya los recogimientos penitenciales y ascéticos de Semana Santa, el Archiduque Carlos Luis y su Archiduquesa me recibieron. Usted se reirá de mí y dirá que soy un viejo, aunque forzosamente platónico y espiritual, algo verde y amoroso; pero aunque usted se ría, he de declarar que esta segunda Archiduquesa me ha gustado mucho más que la primera. Está en el otoño de la vida, pero, siguiendo el símil, el suyo es otoño de fruta sabrosa y apetitosa y sin que las flores se hayan agostado ni las hojas se caigan ni amarillean aún. Su Alteza es físicamente alteza; más alta que yo; gallarda y muy elegante y principesca en todo. La hallé además llena de talento, discreción y gracia, y dejando ver a tiro de ballesta que tiene hecho un gurrumino al esposo, quien dicho sea con los debidos respetos, me pareció un alma de Dios, deseoso de parecer amable.

a otra Archiduquesa, ya anciana, la Duquesa viuda de Módena, al Archiduque Luis Víctor, que vive en casi constante retiro, que es poco militar en comparación de sus hermanos y que se supone que emplea su tiempo en profundos estudios filosóficos; al Archiduque Guillermo, Gran Maestro de la Orden Teutónica, en cuyo magnífico palacio tiene su morada y cuyo alto puesto le obliga al voto de castidad más riguroso, si bien tenía fama de ser el más regocijado de todos los Archiduques, lo cual prueba que tiene la virtud y el arte cristianos que llaman de la eutropelia; y el Archiduque Alberto, vencedor en Custoza, generalísimo, hábil reformador y organizador del ejército, y tan popular y querido en él como entre los paisanos. A pesar de su carácter guerrero es este Archiduque tan tierno de corazón, que, sobreponiéndose a su manifiesto deseo de serme agradable y benigno, acusó a los españoles de algo crueles, no por naturaleza, sino por la antigua costumbre de presenciar autos de fe y por la perversa afición, en que perseveran aún, a las corridas de toros. Yo procuré defendernos lo mejor que pude y con el debido comedimiento³⁵.

(Inédito)

El retorno de la Emperatriz Elisabeth de la isla de Corfú obligó a Valera y a su mujer, ya en Viena, a paralizar sus actividades sociales y a solicitar audiencia para ofrecerle el homenaje de sus respetos. Era costumbre de la Emperatriz conceder dicha audiencia para un cuarto de hora antes de algún acto oficial o, preferentemente, del *Bal Bey Hof*, el gran baile de Corte que se daba en Palacio a principios de año. Retirada de toda vida pública después de la muerte del Príncipe Rodolfo, la vuelta de «Sissi» aparentemente repuesta a la Corte y la recepción dada en el Palacio Imperial con objeto de la presentación de las *condesas* fueron considerados un magno acontecimiento en Viena:

Aquí había llegado yo en mis visitas archiduales, cuando vino a interrumpirlas la vuelta de S.M. la Emperatriz de sus largas peregrinaciones. Consultado y oído el Conde de Kálnoky, he pedido audiencia a aquella Augusta Señora para que mi mujer y yo podamos conocerla y rendirle homenaje. Creíamos que S.M., a causa de sus melancolías y disgustos que la inducen a ser esquiva, no nos recibiría por ahora dejándonos, si vale expresarse así, en plena libertad de seguir penetrando en la sociedad de Viena: pero la Emperatriz Reina ha vuelto de Corfú

Ambos lo estuvieron en extremo, como si nunca hubieran sido carlistas. Casi me dijeron como en *La mil y una noches* y en otros cuentos orientales: 'cuéntame tu historia', que es lo que se dicen siempre dos que se hallan en un camino. Claro está que la historia por que me preguntaron es la diplomática. Yo les hablé mucho de Portugal y del Brasil. Lo del Brasil fue lo que más les interesó por ser cosa de entretrópicos y darles ocasión de contarme algunas aventuras, cacerías de tigres y otros lances e impresiones del joven Archiduque que está en la India.

Dicen aquí que si el Emperador muriese, el Archiduque Carlos Luis abdicaría en favor de su primogénito; pero la señora doña María Teresa de Braganza no tiene traza alguna de consentir en tal abdicación. Además que, acostumbrada como está a hacer ahora el papel de Emperatriz, por las prolongadas ausencias y retraimiento de la que derecho lo es, se le haría cuesta arriba dejar el trono al hijastro.» *Ibidem*, pp. 191-192.

³⁵ Despacho n.º 60 de 22 de mayo de 1893. MAE Corresp. H.

con veleidades de ver y de hablar con las gentes, y nos hace esperar una recepción, que acaso se logre el día 29, aunque no lo sabemos aún de oficio. Se presume que en dicho día habrá en Palacio algo a modo de fiesta, donde serán presentados a la egregia dama, tanto los nuevos individuos del cuerpo diplomático extranjero cuanto todas las nobles matronas y también las *condesas* (así llaman aquí a las solteras de ilustre cuna) que no conocen aún a la Emperatriz-Reina, y que, por contar no recuerdo bien si 16 ó 32 cuarteles, tienen derecho de asistir a la corte.

Pendientes nos hallamos de esta anhelada recepción, y mi mujer, aún más que yo, pues no estaría bien que se presentara en punto alguno áulico o en reunión de la aristocracia sin conocer antes a la Emperatriz-Reina. Así es que hoy, el Gran Mariscal, Príncipe Constantino de Hohenlohe Shillingfürst, da el famoso baile, que da todos los años, y mi mujer se abstendrá de ir a él, aunque iré yo con mis hijos. No impide este retraimiento, en que seguimos, por lo menos a medias, que acudamos a diversiones y espectáculos públicos³⁶.

(Inédito)

La Emperatriz aprovechó esta ocasión para conceder audiencia a varios miembros del cuerpo diplomático, entre los que se encontraban Valera y su mujer. Pero una contrariedad, la enfermedad de su hija Carmen, y los escrúpulos de la Corte impidieron su asistencia al acto. El relato de la fiesta se convirtió, no obstante, en una delicada crónica de sociedad en la pluma de Valera:

Embajada de España
en Viena
N.º 64. Sección 2.ª

Excmo. Señor:

Muy Señor mío: Anoche hubo en el Palacio Imperial una recepción, anunciada desde hace días, y que puede calificarse de acontecimiento raro y fausto en los anales de esta Corte. S.M. la Emperatriz Reina, en perpetuo duelo desde la violenta y misteriosa muerte de su hijo, andaba siempre ausente o se mostraba esquiva y repugnando el trato humano³⁷.

³⁶ *Ibidem*.

³⁷ Los rumores que circulaban en Viena en torno a este personaje de leyenda acapararon pronto la curiosidad de Valera. Los periódicos ofrecían a sus habitantes abundante información de «todo cuanto hacen, visten, pasean, almuerzan, corren, discurren, dicen y miran sus majestades imperiales». (*Correspondencia...*, ed. cit., p. 171). Los contradictorios comentarios sobre las relaciones de los monarcas y su estancia en Suiza suscitaban su atención, sobre todo con anterioridad a la presentación de credenciales (Véanse los despachos 26 y 30). «Afirmar algunos —comentaría Valera— que la Emperatriz estaba enojada y como separada íntimamente desde hace años por ciertas causas que no me atrevo a explicar aquí para que no me tilde V. de maldiciente, aunque no haría yo sino repetir lo que he oído; y añaden que la reconciliación ha sido completa. Suponen otros que la Emperatriz, cuidó de modo tan raro a su hija en el otro parto, que el Emperador ha ido para evitar que, en el sobreparto de este otro parto, se empeñe en cuidarla y cause un estropicio. Y dicen otros, y esto

Más de dos años hacía que nadie lograba ver a S.M. en el propio lugar que le corresponde, y no pocas damas, sobre todo solteras, de las que son o llaman aquí *condesas*, y que por su nobleza aquilatada y prescrito número de cuarteles tienen derecho a asistir en la Corte, no habían logrado aún ser presentadas a la Augusta Señora. Anoche lo fueron al cabo y la recepción tuvo principalmente este objeto. De aquí, sin duda, que no fuera convidado a ella el Cuerpo diplomático, que cuenta con individuos representantes de todas las Potencias civilizadas del mundo. No por eso dejó la reunión de ser brillantísima. Duró desde las ocho hasta las nueve y media; casi hasta las diez; y fueron presentadas a la Emperatriz-Reina, por diferentes títulos y razones, que yo no atino a comprender bien: cuatro, como damas de Palacio; diez y siete como simples damas *frauen*; cuatro como damas de Corte; tres *canonesas stiftsdamen*; y cerca de treinta entre princesas, condesas, marquesas y baronesas, solteras todas, a lo que entiendo.

Los ilustres nombres, las maravillosas *toilettes*, y la hermosura, gracias y hechizos, así de cuantas fueron presentadas, como de las concurrentes que lo habían sido, aparecen hoy en los periódicos, con escrupulosidad tan esmerada que la envidiarían nuestros mejores cronistas de salones. Los diamantes, las perlas, los rubíes, las sedas y los encajes, deslumbraban en todas las señoras, y muy singularmente en las Archiduquesas. En contraposición de esplendor tan grande, la Emperatriz-Reina estaba rigurosamente enlutada, sin una joya, con vestido alto de lana y con abanico y guantes, todo negro, así como un velo de crespón que le cubría la cabeza extendiéndose hasta el suelo.

En la reunión, donde estaban el Emperador y los Archiduques, concurrían los Magnates, los Ministros, los altos empleados de Palacio, los Presidentes de las Delegaciones y muchos Delegados. Se notó la ausencia de los jóvenes-checos: brillaban por su ausencia; *prefulgebant*, según la feliz expresión de Tácito, que, por medio de un discurso de Guizot, ha pasado a los periodistas que describen fiestas aristocráticas.

S.M. la Emperatriz, ya que había vencido su repugnancia a recibir, aprovechó la ocasión para dar audiencia, aparte y previamente, aquella misma noche, a algunos diplomáticos. Así recibió al Cardenal Galimberti, Pronuncio, que se despide para Roma; al Embajador inglés, Sir Augusto Paget, y a su Lady, que se retiran; y al Embajador turco, que no le había sido presentado.

Mi mujer y yo esperábamos tener también esta honra. Su Majestad nos había concedido audiencia, con puntual exactitud, para las 7 y 25 minutos de la noche. Pero un gran contratiempo nos ha impedido asistir,

es lo más absurdo, que el Emperador tiene veleidades de cambiar la ley de sucesión para que pueda reinar el nieto.» (Al Marqués de la Vega de Armijo, Viena, 13 de marzo de 1893, *Ibidem*, pp. 174-175). Más explícitos al respecto resultan los comentarios del 28 de marzo al mismo corresponsal: «Lo más extraño que dicen es que S.M. Imperial y Real Apostólica hizo, años ha, un cruel regalo a su Augusta consorte, infundiéndole el morbo cantado por Fracastoro y que *in Latio per tristia bella Gallorum irrupit, nomenque a gente recepit*. Convencida ella entonces harto dolorosamente de la infidelidad conyugal, no consiente más en ir al tálamo; pero él se consuela con otras mujeres. Se añade que, si no por igual motivo, por espíritu de imitación, la princesa trataba al príncipe heredero con igual desvío. Así se explica y se disculpa algo la última tremenda aventura amorosa que al príncipe costó la vida, y no porque él se matase sino porque le mató un tiro de la dama, la cual no halló entonces mejor desenlace que darse la muerte.» *Ibidem*, pp. 184-185. Obsérvese la versión que Valera da de la tragedia de Mayerling.

con verdadera pena, y me ha obligado a escribir, disculpándome, al Conde de Kálnoky, Ministro de la Casa Imperial, y a la Condesa de Göess, *Grande Maitresse* de la Emperatriz-Reina. Mi hija cayó enferma, dos días antes de la recepción, con una angina, que el médico declaró diftérica, y, como en la Corte son muy aprensivos de toda enfermedad contagiosa, no hemos podido ir, por más que nos apesadumbre. Por dicha, la enferma está ya mejor, y esperamos que, dentro de una semana, se hallará completamente curada, así como esperamos también que más tarde haya ocasión de ofrecer a la Augusta Señora nuestros respetos, sin la deplorable contrariedad que lo ha estorbado ahora.

Dios guarde a V.E. muchos años

Viena, 30 de mayo de 1893

Excmo. Señor

B. I. m. de V.E.

su atento seguro servidor

Juan Valera³⁸

Valera partió de España con escaso conocimiento de la compleja Monarquía austrohúngara. Su curiosidad y las exigencias de su misión le desvelarían pronto los engranajes de la artificiosa estructura política del Imperio, dominado en la última década del siglo XIX por el resurgir de las tensiones nacionalistas que azotaron su política interna, el auge de los movimientos sociales y las frecuentes crisis políticas. Formado por los estados de la Cisleithania y la Transleithania —Austria y los reinos y territorios representados en la Dieta Imperial, y el Reino magiar, constituido por Hungría y los países bajo su dominio—, el Imperio de los Habsburgo albergaba, después de Rusia, el más amplio abanico de nacionalidades europeas, procedentes de las familias germanas, eslavas y latinas³⁹. Esta multiplicidad racial y

³⁸ MAE Corresp. H.

³⁹ La población del Imperio ascendía h. 1895, año en que Valera finalizó su misión, a 41.000.000 de habitantes, repartidos étnica y geográficamente del siguiente modo: alemanes (10.979.800), extendidos por el Danubio, zonas montañosas de Böhmerwald, Cordillera de Riesen y Erzgebirge, y Sudetes. Eslavos: magiares (Hungría) 6.068.400; bohemos, moravos y eslovacos (centro y S.E. de Bohemia, gran parte de Moravia y parte de Silesia) sumaban 7.728.500; polacos (O. de Galitzia y parte de Silesia) 3.517.800; rutenos (E. de Galitzia y parte de Bucovina) 3.419.400; eslovenos (Carniola, parte de Carintia, Görz, Istria, Trieste y S. de Estiria) 1.312.000; y croatas y serbios (Istria, Islas Quarnero y Dalmacia) 3.198.000. Latinos: italianos, latinos y friuleses (S. del Tirol, Göz-Gradisca, Trieste, costa de Istria y Dalmacia) hasta un total de 774.900; y rumanos (Bucovina) 2.837.000. Además había 95.000 gitanos, 30.000 búlgaros, 12.000 ladinos (Tirol), 5.000 armenios y 150.000 bosniacos y herzegovinos. Para la elaboración de estos datos hemos tenido en cuenta el manuscrito del MAE, leg. 2320, titulado «Reseña histórica de la constitución de la Monarquía Austro-Húngara», firmado en Trieste a 1 de septiembre de 1895 por Jaime R. de Baguer; según anotación marginal, publicado en el Boletín de octubre de 1895. No hemos tenido presente esta publicación. También hemos tenido a la vista los datos del censo de 1900 contenidos en la *Enciclopedia Universal*, t. VI, de Espasa Calpe, p. 1.096, así como el reparto de nacionalidades ofrecido bajo el artículo Austria. La adscripción territorial de estos pueblos a ambas partes de la Monarquía se hacía del siguiente modo: Austria: Reinos de Bohemia, Dalmacia, Galitzia y Lodomeria, Gran Ducado de Cracovia, Archiducados de Austria, Ducados de Salzburgo, Estiria, Carniola, Carintia, Bukowina, Margraviato

lingüística obligaba a mantener una complicada organización política formada por cuatro gobiernos independientes: el de Austria, el de Hungría, el común a las dos partes y el de Croacia y Eslavonia, regidos por la constitución aprobada bajo el ministerio de Taaffe en 1867. A Valera le maravillaba «cómo toda esta máquina política se sostiene firme al parecer y funcionando ordenadamente, compuesta, como está, de elementos tan contrarios: castas, naciones y lenguas distintas; en política, todas las opiniones imaginables; en religión, católicos, cuantas son las demás comuniones y sectas cristianas, muchos libre pensadores, más de un millón y medio de judíos y algunos mahometanos; y en lo tocante a la cuestión social, socialistas ateos y demócratas, socialistas feudales y socialistas cristianos, más o menos antisemitas.»⁴⁰

Las políticas externa e interna del Imperio se entretejían en una tensa y frágil tela de araña: mientras los húngaros aspiraban a la autonomía y deseaban la separación de la política exterior y el ejército de los dos estados, sin temer, como los bohemios, el dominio alemán; éstos, que aspiraban a una autonomía y constitución semejantes a las húngaras, suponían cierta amenaza para los alemanes, a los que pretendían «czechificar». Por sus aspiraciones paneslavistas se distanciaban de Alemania y de la Triple Alianza, y mostraban sus simpatías por Rusia y Francia. Por su parte, los germanos, deslumbrados por los éxitos de Alemania, intentaban germanizar a los checos, que en su resurgimiento nacionalista organizaron una revolución cultural, comparada por Valera con la *Renaixença* de Cataluña y Galicia, de marcada resonancia política: «En Bohemia ha habido una verdadera insurrección o si se quiere una triunfante resurrección nacional en las esferas elevadas del pensamiento, que tira a veces a manifestarse y aun a triunfar en otras esferas; historiadores, anticuarios, gramáticos, poetas y novelistas, que cultivan de nuevo el habla antes casi degenerada en dialecto, la historia olvidada y las glorias intelectuales, tiene que traer en pos a los hombres políticos más o menos separatistas. En pos de Safarik, Palaky, Haukay, Vocel y Arany no podían menos de aparecer el partido de los «viejos checos», y luego el de los «jóvenes», que como se ve son más impacientes, más intransigentes y más revoltosos»⁴¹.

Las tensiones internas de este jardín dorado, el «mundo de la seguridad», como lo calificó alguno de sus contemporáneos, amenazaban a los ojos de Valera con la desintegración del Imperio, cuyo difícilísimo concierto sólo era posible gracias a la hábil mediación y gobierno del Emperador. Refiriéndose al problema de las nacionalidades, al equilibrio y al mantenimiento de la paz, una de las grandes obsesiones de Francisco José, Valera afirmaría: «A lo que me parece entender, veo en la misma división y en la misma discordia de las diversas razas y lenguas, una contraposición de fuerzas que se equilibran, y de la que sólo puede disponer el Emperador, que es el único lazo de unión

de Moravia, Ducado de Silesia, Condado - Principado del Tirol, Provincia de Voralberg, Margraviato de Istria, Condado-Principado de Goritzia y Gradisca, y Trieste. Hungría: Croacia, Eslavonia, Transilvania y el confín militar. La Bosnia y la Herzegovina dependían de la Doble Monarquía.

⁴⁰ MAE Corresp. Despacho n.º 63. Viena, 29 de mayo de 1893.

⁴¹ *Ibidem*, despacho n.º 60. Viena, 22 de mayo de 1893.

que hay entre ellas, capaz de moverlas de acuerdo y en determinado camino. Esto presta al monarca extraordinario poder; y, aunque frecuentemente surgen cuestiones y se levantan tempestades, que se diría que amenazan con la disolución del Imperio, éste se rehace siempre, se fortalece y sale al cabo triunfante»⁴². No obstante, la visión de Valera sobre el futuro de Austria-Hungría era matizadamente pesimista, al tiempo que premonitoriamente lúcida. Para el embajador español, esta Monarquía era «artificiosa e inestable [...] lo cual no impide que pueda tanto mientras dura como se jacta de poder, y que tal vez dure aún bastantes años, o por buena maña y arte de los que gobiernan, o por causas superiores a la vulgar prudencia humana de los políticos que es lo que llaman fortuna»⁴³.

Los grandes movimientos sociales que sacudieron a Europa en el siglo XIX se intensificaron al llegar la última década, preparando las profundas mutaciones que hicieron entrar en crisis las estructuras del viejo orden político. Valera presenció con sorpresa las manifestaciones del 1 de mayo de 1893 en Viena, capitaneadas por el líder del partido democrático socialista oficial, el doctor Víctor Adler. Para aquél, el socialismo en el Imperio era, en esos momentos, «aún poco de temer [por el] dulce carácter del pueblo» y porque éste era «aún más agricultor que fabril, y no [había], como en otros, tan numerosas agrupaciones de obreros». Lo que más le sorprendió fue el civismo con que se manifestó el pueblo, y reivindicó el sufragio universal directo y la limitación de trabajo a ocho horas para los hombres y menos para mujeres y niños. El «orden» sólo se vio alterado por el radicalismo de los «socialistas independientes», contrarios al «socialismo oficial» de Víctor Adler. El término *socialista* tenía en Alemania y Austria, como afirma Stefan Zweig al recordar la primera manifestación socialista en Viena, «algo de nimbo sangriento y terrorífico que antaño tuviera el término *jacobino*, y más tarde el de *bolchevique*. En el primer momento no se podía creer que la *horda roja* realizara su marcha desde los suburbios sin incendiar casas, saquear tiendas y cometer toda clase de atrocidades»⁴⁴. La actitud de Valera ante las manifestaciones obreras de 1893 fue semejante a la de la aristocracia y la burguesía liberal austríacas ante la primera celebración del 1 de mayo, y, a su vez, recuerda su reacción admirativa por el proceder del pueblo en la Revolución del 68 en España⁴⁵.

Las actividades diarias del Embajador consistían, principalmente, en atender y corresponder a las visitas oficiales propias de su cargo y en escribir largos despachos⁴⁶, que forman en su conjunto un interesantísimo reportaje de la vida política de la doble Monarquía. A través de su lectura podremos profundizar tanto en las estructuras ideológicas del autor como en la historia europea de finales de siglo. Las opiniones de Valera sobre el Imperio de los Habsburgo, los pormenores de su política interna, de sus relaciones internacionales, de la economía, la sanidad, la enseñanza y los movimientos so-

⁴² *Ibidem*.

⁴³ *Ibidem*, despacho n.º 63. Viena, 29 de mayo de 1893.

⁴⁴ Stefan Zweig, *El mundo de ayer*, Barcelona, Ed. Juventud, 1968, pp. 58-59.

⁴⁵ Véanse las «Cartas de la Septembrina» en *Cartas a su mujer*, ed. cit., pp. 30-42.

⁴⁶ Reproducimos una muestra ampliamente representativa de estos despachos en apéndice.

ciales, nacionalistas, culturales, etc. desfilan en estos valiosos documentos históricos, humanos y literarios en los que funde magistralmente el ejercicio de su profesión con las dotes y la vocación del epistológrafo. Las quince *Notas Diplomáticas* redactadas en forma de cartas que publicó a su regreso a España, entre el 1 de mayo de 1897 y el 1 de julio de 1898 en *El Mundo Naval Ilustrado*, pueden considerarse una consecuencia inmediata de esta práctica profesional que Valera no dejó en manos de sus secretarios. En uno de los primeros despachos que redactó en Viena, dejó claramente expresada su voluntad al respecto:

Muy Señor mío: El telégrafo, que comunica rápidamente toda noticia, la publicidad con que ahora se exponen y tratan los asuntos de general interés y la amplitud con que en los periódicos se comentan y se juzgan, hacen difícil la tarea del diplomático que aspira a escribir Despachos, cuyo contenido no sea lo que todos saben y un pobre extracto de lo que los periódicos dicen. Para dar a los Despachos alguna novedad menester es que haya adquirido quien los escribe exacto conocimiento de los hombres, de las cosas y de las instituciones del país de que trata, y que tenga extraordinaria perspicacia para comprender el significado y el valor de los sucesos y raro vigor de estilo para explicarlo todo con claridad y en buenas palabras.

No es, pues, la pereza la que toma en mi espíritu el disfraz de la modestia a fin de aconsejarme que escriba poco. Me lo aconseja una modestia verdadera y hartó fundada. Sin embargo, como yo no quiero incurrir en la nota de perezoso y descuidado, me sobrepondré a menudo a mis escrúpulos y escribiré más de lo que tenía propósito de escribir, tocando con preferencia aquellos puntos que atraen más la atención y mueven más la inteligente curiosidad de V.E.⁴⁷.

(Inédito)

Si en Nápoles, junto a otro de los grandes literatos del siglo XIX, el Duque de Rivas, Valera se formó como poeta, el magisterio del escritor romántico también se deja sentir en la redacción de escritos oficiales. En su primer destino como Agregado sin sueldo, los versos alternaban con la copia de despachos como el que a continuación ofrecemos, en el que su mano no parece la de un mero copista, aun teniendo en cuenta la presencia de tópicos característicos de este tipo de documentos. Puede compararse la presentación de credenciales de Valera con ésta del Duque de Rivas como Embajador en aquella corte, uno de los primeros ejercicios en estilo diplomático del novelista:

Excmo. Señor:

Muy Señor mío: tengo la satisfacción de participar a V.E. para que se sirva elevarlo al Soberano conocimiento de la Reyna N.S. que ayer tuve la honra de presentar mis credenciales de Embajador de S.M. a este Augusto Soberano, quien me recibió con tan marcadas y extraordinarias manifestaciones de singular aprecio, que es deber mío referir a V.E. menudamente.

Es la costumbre en esta Corte recibir a los Embajadores de familia en audiencia privada y sin ningún aparato: concurriendo a la Cámara de los Jefes de Palacio y los Generales de servicio, e introduciendo en

⁴⁷ MAE Corresp. H. Despacho n.º 51, de 29 de abril de 1893.

el gabinete donde entra el Rey con el Ministro de Negocios extranjeros a respetuosa distancia, el Introdutor de Embajadores al que va a presentar sus credenciales. Y, cerrada la puerta, nadie oye ni sabe lo que allí pasa. Pero ayer, en cuanto anunció a S.M. el Gentilhombre de Guardia que ya estaba yo en la Real Cámara, recibiendo las más lisonjeras felicitaciones de los concurrentes, se abrió la mampara, y vino hasta ella el Rey sin más decoraciones que el toisón y la placa de Carlos III y con la expresión más viva de gozo me dijo en alta voz a presencia de todos las siguientes notables palabras: «¡qué gran placer! ¡qué gran placer con la cosa en sí misma y por el que la representa! S.M. la Reina de España no ha hecho más que satisfacer mis deseos y los de todos los napolitanos escogiendo para hacerlo el momento más oportuno y más satisfactorio. Mil gracias a mi Augusta Sobrina». Entonces me apresuré a entrar en el Gabinete cuya puerta se cerró.

Yo verdaderamente conmovido le dije: «Señor las honras que Vuestra Majestad nos dispensa en tan bondadosa acogida me tienen tan embargada la voz, que sólo puedo poner en sus Reales manos estas credenciales, que manifiestan el vivo interés y la cordial simpatía que animan a mi Augusta Soberana por la Persona de V.M. y su Real familia y por la nación napolitana». Tomó el Rey las credenciales con la expresión más satisfactoria para mí, y entregándolas al Ministro entabló conmigo familiar conversación. Me preguntó por la salud de Nuestra Reina, elogió mucho el Blasco de Garay, preguntándome cuándo llegaría la Villa de Bilbao, me habló de cosas indiferentes pero todas muy lisonjeras para mi persona, y me despidió con las más finas demostraciones de aprecio.

Sus felicitaciones, que volví a recibir al salir a la Cámara, como las que me ha hecho todo Nápoles, no me es posible referirlas por menor, pero me atrevo a asegurar a V.E. que el nombramiento de un Embajador español en esta Corte (prescindiendo de que haya recaído en mí) ha sido y será de un efecto político incalculable, no sólo en el Reino de Nápoles sino en toda Italia, y mucho más habiendo coincidido la presentación de las credenciales con la oportuna llegada de las Gacetas en que está la importante sesión del Congreso en que con tanto acierto, dignidad y discreción se tocó la Cuestión Italiana. Sesión que traducida al Italiano corre ya hoy produciendo aquí gran entusiasmo y alegría.

Las gentes más notables de la Corte querían darme un público convite, que he rehusado con gran delicadeza y sin ofenderlas, antes bien dejándolas muy satisfechas. Y lo he hecho así por parecerme conveniente, para no despertar celos, y para no dar lugar a alguna imprudencia que pudiera comprometerme con unos o con otros, y entorpecer la marcha que me he propuesto para el mejor servicio de S.M. y para aumentar el juicioso influjo español en este país. Objetos sagrados de que jamás aparto los ojos, y que son y serán el móvil de mi conducta, cumpliendo así la voluntad Soberana.

Dios guarde a V.E. muchos años

Nápoles, 2 de marzo de 1848

Excmo. Señor

B. I. m. de V.E.

su atento seguro servidor

el Duque de Rivas⁴⁸

⁴⁸ MAE Exp. del Duque de Rivas, leg.^o 12165, exp. 218. El nombramiento de Valera como Agregado diplomático sin sueldo en la Legación de Nápoles, donde era Mi-

La Viena que conoció Valera era la deslumbrante capital cincelada por el liberalismo de 1860, que dejó en la modificación de la vieja estructura viaria, con la creación de la Ringstrasse, el símbolo de toda una época. El complejo entramado de edificios públicos en animadísimos bulevares que modernizaron la ciudad del Danubio hicieron —según afirma Carl Schorske— que superara «en impacto visual a cualquier reconstrucción urbana del si-

nistro Plenipotenciario el Duque de Rivas, se produjo el 14 de enero de 1847 y su llegada a aquella Legación el 17 de mayo del mismo año. La presentación de credenciales del Duque, un año más tarde, responde a su ascenso a la categoría de Embajador ante la misma Corte. Compárese el estilo de este despacho con el de presentación de credenciales de Valera, 45 años después, y con estos dos del Duque, nombrado Embajador en París en 1857, que creemos inéditos:

Despacho n.º 584.

Muy Señor mío: En ampliación al despacho telegráfico que he dirigido a V.E. tengo la honra de poner en su conocimiento que hoy a las tres he sido recibido en audiencia pública por S.M. en Emperador.

Según la forma acostumbrada, un Señor Introdutor de Embajadores, acompañado de un Maestro de Ceremonias se presentó en el hotel de la Embajada con la debida anticipación con tres coches de la casa Imperial. A las tres menos cuarto salimos con dirección al Palacio de las Tullerías en cuyo patio se hallaba formado un batallón de la Guardia imperial con bandera desplegada, banda de música y tambores a la cabeza. Al pie de la escalera vino a recibirme el Duque de Cambaceres, gran maestro de Ceremonias. En la galería del tránsito hasta el salón del Trono, estaban formados los cien guardias de gala.

A las tres en punto tuve la honra de ser introducido en el salón del Trono donde se hallaba S.M. Imperial acompañado del Ministro de Negocios Extranjeros y de los principales dignatarios de Palacio.

Al entregar las reales cartas credenciales que me acreditan como Embajador de S.M. la Reina, Nuestra Señora, pronuncié el discurso cuya copia tengo el honor de incluir a V.E.

S.M. el Emperador me contestó en los términos más lisonjeros, manifestándome la satisfacción que le cabía de que S.M. me hubiera elegido como su Representante cerca de su Persona y que me pedía fuera intérprete de los sentimientos que le animaban hacia S.M. Acabado este acto S.M. Imperial se dignó acercarse a mí con la mayor benevolencia me dio la mano y me preguntó con especial interés por la salud de S.M.

Tengo la complacencia, Excmo. Señor, de poder asegurar a V.E que la acogida que he merecido de S.M. el Emperador no ha podido ser ni más cordial ni más satisfactoria [...] París, 2 de agosto de 1857 [...] el Duque de Rivas.

Despacho n.º 587.

Muy Señor mío: Por mi despacho de ayer habrá V.E. visto que tuve el honor de presentar mis credenciales con todo aparato al Emperador. Hoy publica el Monitor oficialmente este acto que fue solemnisimo y en que debí a S.M. las más finas atenciones. Después de concluida la ceremonia se acercó a mí con gran benevolencia, me honró dándome la mano, me preguntó con sumo interés por S.M. la Reina N.ª S.ª congratulándose conmigo por el buen desenlace de las intenciones socialistas de Andalucía y por la honra y prestigio que habían dado aquellos acontecimientos prontamente atajados y castigados, al Gobierno español. Me habló con bondad suma de mi familia y me despidió después de dirigirse a algunos de los agregados a esta Embajada y saludar a todos atentísimamente.

Enseguida fui acompañado del Secretario de ella a dejar las tarjetas de costumbre a la puerta de los Embajadores residentes en esta Corte.

Ahora espero los avisos de S.M. la Emperatriz y de los Príncipes Imperiales para

glo XIX, incluida la de París»⁴⁹. Y Valera, admirado por la monumentalidad de los edificios y la belleza de sus jardines ya había afirmado, en una de sus múltiples descripciones de la ciudad, que no era mejor lo mejor de París»⁵⁰. Su mirada se deleitaba en la contemplación de las construcciones públicas que configuran la Viena esplendorosa de finales del siglo XIX: la Universidad, el Hofburgtheater, la Bolsa, el Palacio de ambas Cámaras, el Ayuntamiento, la Votivkirche, etc., etc. La atmósfera cosmopolita y el bullicio ciudadano de la Kartnerstrasse y de las calles adyacentes superaban al atardecer, según el novelista, los de la Puerta del Sol o de la Carrera de San Jerónimo. Con la llegada del buen tiempo, la urbe proporcionaba a los ojos de Valera, para el que el ser humano fue siempre lo más bello de la Creación, un deslumbrante espectáculo de mujeres elegantísimas, de «vagos, Margaritas, Faustos y Faustinos» que ofrecían tintes multicolores a la ciudad con la llegada de la primavera.

Los jardines vieneses, el Prater, el Schwartzenberg, Volksgarten, Augarten, Belvedere, etc., así como los alrededores: Baden, Kahlenberg, Dornbach... eran paradisíacos parajes muy concurridos por los habitantes de la capital. Valera, Luis y Heredia daban largos paseos en lo que, sin embargo, no tendrían oportunidad de cultivar las relaciones amistosas con ningún conocido. La visión, pues, de la ciudad alegre y exultante contrastaba con su aislamiento social, incomprensible para el anciano embajador: «Luis y yo —escribía el novelista— no podemos hablar de Viena sino como hablarían los perros callejeros»⁵¹. Heredia y Espinosa de los Monteros, después de tres y siete años respectivamente de permanencia en Viena, conocían a toda la alta sociedad y, sorprendentemente, vivían en la misma soledad que aquéllos. Valera no entendió entonces cómo se divertía la ociosa aristocracia. No sabía dónde ni cuando se veían, reunían y trataban. «Es un problema —diría refiriéndose a ello— cuya resolución excita mi curiosidad [...] aquí ha de ser difícil entrar de lleno en la vida familiar y franca de la gente del país, a lo cual ha de oponerse hasta el idioma y lo diverso de las costumbres [...] Yo infiero de todo que aunque logremos tomar aquí la tierra, el noviciado ha de ser duro y quizá largo.»⁵² El noviciado fue «duro», «largo» y prontamente relegado en favor del refugio literario y la nostalgia de España, en la que caería de nuevo como en anteriores destinos. La diversión en Viena era para el escritor, metafóricamente, la «sustancia jugosa y grata al paladar de un piñón

presentarme en toda forma. En cuanto lo verifique recibiré los dos días de costumbre la Corte, y quedaré en regla para ocuparme de los negocios pendientes con toda actividad y sobre todo de la importante cuestión de Méjico de que V.E. se ha servido comunicarme los antecedentes en su despacho de 24 de julio [...] París 3 de agosto de 1857 [...] el Duque de Rivas.

MAE Leg^o 12165 exp. n.º 218.

⁴⁹ Carl Schoske, *Viena Fin-de-Siècle, Política y Cultura*, Barcelona, Gustavo Gili, 1981, p. 47.

⁵⁰ *Correspondencia...*, ed. cit., p. 189.

⁵¹ *Ibidem*.

⁵² *Ibidem*, p. 182.

o de una almendra, que no es mollar, ni mucho menos. Menester es tener dientes firmes o un cascapiñones para romper la cáscara y comerse lo que hay dentro, y ni Luis ni yo tenemos esa dentadura privilegiada ni tampoco el instrumento susodicho»⁵³. Valera consideraba el principal objetivo de su embajada en Austria el fomento de unas cordiales relaciones con el gobierno y la sociedad áulica que favoreciesen la política internacional de España⁵⁴. De ahí que concediera tanta importancia a su integración en ésta y sintiera como fracaso su aislamiento.

La férrea jerarquización social del Imperio de los Habsburgo propiciaba la incomunicación entre el estrato aristocrático y el resto de la sociedad. La aristocracia, poco amena y conversable según Valera, que mantenía su espíritu anclado en la Edad Media y se sentía en sus dominios casi reinante⁵⁵, prefería el cultivo de aficiones atávicas —caza, caballos...— frente al de las artísticas y literarias, pujantes en manos de la burguesía que revolucionaba el mundo cultural. Por su posición de embajador, Valera pertenecía a la «primera sociedad», es decir, la que no podía tener menos de dieciséis cuarteles, viéndose forzado a relacionarse casi exclusivamente con ella para no perder la dignidad de su cargo ni faltar a la liturgia. Para el aristocratismo de don Juan la categoría de su destino diplomático le permitía regresar, desde ese punto sin retorno en que se encontraba la aristocracia española, a las viejas estructuras del Antiguo Régimen. En la sociedad estamental de Austria-Hungría todavía no se había producido la ruptura de la vieja concepción del mundo como *Ordo Dei*. Trasladada a esta situación, la dialéctica entre los ideales aristocráticos y burgueses de Valera parece diluirse en favor de los primeros al ver culminadas sus aspiraciones elitistas. Sin embargo, por su condición personal de burgués aristocratizado, su situación no dejaba de ser una anomalía. Prendido en una trampa social, por un lado sentiría la indiferencia de su clase, que, según Oliver-Brachfeld, se olvidaba de él las más de las veces para las fiestas cortesanas⁵⁶; y, por otro, la estrechez estamentalista le impedía acercarse cómodamente a otras esferas sociales con inquietudes culturales más próximas a las suyas.

La «high life» y la «life mediana» se retiraban a sus posesiones con la llegada del buen tiempo, y no regresaban a Viena hasta el invierno. Valera atribuyó en principio el yermo social en que se encontraba al éxodo veraniego. No obstante, esta justificación no fue más que un espejismo. Sus temores se confirmaron pasado el período estival, y la situación perduraría, prácticamente, hasta su cese en 1895⁵⁷. Sería interesante, ya que ello permitiría

⁵³ *Cartas a su mujer*, ed. cit., p. 224.

⁵⁴ Véase despacho n.º 34 de 1893.

⁵⁵ Ramón Esquer Torres, «Para un espistolario Valera-Tamayo y Baus», en *Boletín de la Real Academia Española*, XXXIX (1959), p. 133.

⁵⁶ F. Oliver-Brachfeld, «J. Valera et l'Autriche-Hongrie», *Bulletin Hispanique*, XLI (1939), p. 145: En opinión de este crítico, que valora negativamente las opiniones de Valera sobre el país, quedaban todavía por realizar en esa fecha muchas investigaciones en los archivos austríacos que permitirían juzgar la opinión que tenía la sociedad vienesa de este «vieillard, un peu incommode», *Ibidem*, p. 143.

⁵⁷ «Hemos caído en la misma soledad y en el mismo esquivo, aunque digno aislamiento de antes, pero con la consolación de tener nuestra ínfulas embajadoriles.

iluminar desde otros puntos de vista la relación del embajador español con aquel medio, analizar las relaciones del cuerpo diplomático con la alta sociedad vienesa, así como las del escritor con los otros embajadores.

Durante el verano de 1893, huyendo del aburrimiento de Viena, Valera y su familia realizaron un viaje de veintitrés días por Baviera, el Tirol y Suiza. En Munich, donde visitaron exposiciones, asistieron a conciertos y tuvieron ocasión de mantener largas conversaciones con su viejo amigo el Conde de Schack, fueron nuevamente obsequiados por la Infanta doña Paz en el castillo de Nymphenburgo⁵⁸. Con ella visitaron la Exposición de Bellas Artes y contemplaron con admiración algunos cuadros del entonces director de la Academia de España en Roma, el pintor sevillano José Villegas: *La dogaresa Foscarini* y *La muerte del torero* fueron durante tiempo muy elogiados por Valera. De la visita a Zurich y sus alrededores, de la deliciosa navegación por el lago de Constanza en barco de vapor desde Lindau y de la subida a las escarpadas montañas guardaron un emocionado recuerdo que dio lugar a bellas evocaciones en sus cartas, convirtiendo el epistolario de estas fechas en un interesante diario de viajes.

Pero el recuerdo más hermoso de todo el recorrido y el que parece haber tenido mayor repercusión literaria fue el de Salzburgo y sus alrededores. *El hechicero*, uno de los tres cuentos que forman la breve producción literaria de este período, inspirado en otro de la Condesa de Thun⁵⁹, parece rememo-

De cualquier modo que sea, yo sigo sospechando que esta gente de aquí es más arisca que sociable» (*Correspondencia...*, ed. cit., p. 202).

«Yo no estoy para buscar aventuras en la segunda, tercera o cuarta clase de la sociedad, y la clase primera es de una exquisita cortesía, pero es casi imposible intimar con ella, a no ser uno un gran cazador para ir de caza con estos Príncipes, o un militar o un jinete furibundo para galopar y trotar y asistir a las maniobras y revistas.

A la clase media sobre que un embajador está o se supone aquí tan empingorotado que se desluce, se desconcha y se rebaja tratándola, hay mil inconvenientes para tratarla, empezando por las muchas cortesías que le hacen a uno y por las muchas excelencias que le dan.

En resolución, la cosa es difícil de explicar en pocas palabras pero es lo cierto que, a no tener uno pasmosa habilidad, singular atractivo y rara suerte, bien puede pasar aquí seis o siete años sin adquirir un amigo. Yo he visto ya abandonar a Viena a Embajadores que, como Mr. Decrais, había pasado en Viena siete años, y nadie fue a despedirle a la estación: se fue como si se fuese un perro. Y eso que los periódicos en artículos panegíricos, encarecieron su tino, su talento, su don de gentes y otras notabilísimas presas, con que había logrado hacerse perdonar aquí *son défaut de naissance*.» (R. Esquer, «Para un epistolario...», art. cit., p. 133). No obstante, no se puede hablar tampoco de una total homogeneidad en todo el período. La llegada de 1894 y la frecuencia de las reuniones sociales, conciertos, bailes y banquetes les permitiría tratar con mayor asiduidad a la «high life». Véase también: Carmen Bravo Villasanté, *Biografía de don Juan Valera*, Barcelona, Aedos, pp. 299-301; *Epistolario...*, ed. cit., p. 482; y R. Esquer, «Para un epistolario...», art. cit., p. 136.

⁵⁸ Véase nota 8.

⁵⁹ *Cartas a su mujer*, ed. cit., p. 239. La obra de Cristina Waldstein está fuertemente inspirada en el paisaje de Bohemia, donde pasó gran parte de su vida.

rar los parajes de Königsee. En el cuento⁶⁰, las «hondas cañadas», «angostos desfiladeros», «altos montes», «tajados peñascos», «montañas inaccesibles», «enormes y pelados peñascos», «precipicios», «colosales paredes de escarpados cerros», «la gruta», «el manantial donde brotaba con ímpetu y en gran cantidad el agua cristalina», «las encinas», «lirios, violetas», «espinos y jaras», y el castillo del hechicero sugieren el paisaje del lago encantado que desató la fantasía de Valera en descripciones como la que hizo, a su regreso, a Tamayo y Baus: «Königsee parece ensueño de la más romántica fantasía, escondido entre altísimas montañas, que casi por donde quiera no dan al lago otra orilla que un muro de roca, peñascos enormes que parece que van a desprenderse, grutas, cavernas, saltos de agua que vienen a alimentar el lago, y por donde hay algo de tierra que afirmar las raíces, pinos, abetos, hayas, encinas, césped como esmeralda y arbustos y florecillas. Hacia la mitad del lago hay un pedazo de orilla llana, que asemeja un paraíso. Allí, casas, su correspondiente castillo, Iglesia y jardines...»⁶¹.

A su regreso a Viena, el limitado trato humano, el temor que le producían el frío y el hielo, el insomnio, la oscuridad de la casa y la de sus ojos, próximos a la ceguera, no impidieron que su espíritu permaneciera alegre⁶². La modesta tertulia que don Juan, Luis y Heredia formaron con otros diplomáticos —Manos, el Encargado de Negocios griego; Le Marchand y Boissonas, Cónsul y Agregado de Francia respectivamente; y el Agregado italiano, Ancilotto—; las excursiones frecuentes por los alrededores de Viena y el entusiasmo con que organizaron algunas representaciones teatrales en los últimos meses de su permanencia allí mantuvieron su ánimo optimista.

La Viena *fin-de-siècle* no era para un anciano de setenta años, pero sus ilusiones renacían y su espíritu se identificaba con la juventud de su hijo Luis, el único que podía disfrutar de la aventura que ofrecían sus calles repletas de hermosísimas mujeres de las segunda, tercera, cuarta o quinta sociedades; la flor de las mil y una nacionalidades del Imperio que, en un exótico y atractivo torbellino humano, animaban las calles de la ciudad «dando y pidiendo guerra». Las vendedoras de los establecimientos o las *probieren-Fräulein*, «señoritas para probar», especie de figurines andantes, «epifanías personificadas de la última moda», constituían para Valera la «materia épica difusa» con la que un joven como Luis podía componer «sabrosas epopeyas de amor»⁶³.

⁶⁰ Véase *El hechicero*, en *Obras Completas*, vol. I, Madrid, Aguilar, 1942, pp. 1041-1054. Cfr. Bravo Villasante, *Biografía...*, ob. cit., p. 291.

⁶¹ R. Esquer, «Para un epistolario...», art. cit., p. 126. Sobre este viaje puede verse: *Ibidem*, p. 122. *Epistolario...*, ed. cit., p. 460; C. DeCoster, «J. Valera, cartas inéditas a Juan Moreno Güeto», en *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, CI (1980), p. 346; *Epistolario [...] a Moreno*, en ob. cit., p. 673; y *Correspondencia...*, ed. cit., p. 201.

⁶² «Todas las alegrías que de la mocedad me quedan aún se me han refugiado en la cabeza. De ahí que salga tan alegre el cuento de *La buena fama*.» R. Esquer, «Para un epistolario...», art. cit., p. 154.

⁶³ *Ibidem*, pp. 149-50. Sobre estos aspectos y el concepto de la mujer véase: *Correspondencia...*, ed. cit., pp. 193 y 217; R. Esquer, «Para un epistolario...», art. cit., p. 128; J. Domínguez Bordona, «Centenario del autor de *Pepita Jiménez*. Cartas inéditas

El escritor se refugió en lo ideal; se emancipó de la vejez evandiéndose de lo meramente físico hacia lo espiritual al enamorarse platónicamente de una actriz del Hofburgtheater, Estela Hohenfels, que representó por aquellas fechas el drama ocultista de Adolfo Wilbrandt *El maestro de Palmira* y el sueño-poesía de Gerardo Hauptmann *Hannelé*: «Yo estoy perdidamente enamorado —de una manera lícita, estética y platónica, como mis años y mi estado requieren— de una actriz de dicho teatro llamada Estela Hohenfels. No hay nada más mono, más elegante, más discreto, ni de movimientos más graciosos, ni de gestos y ademanes más lindos, ni de voz más argentina, simpática y penetrante en todo lo que de la tierra se ha descubierto hasta hoy»⁶⁴. Quizá, el enamoramiento senil de Valera se entenderá mejor en el contexto de la teatrofilia o «teatromanía», como llamó Stefan Zweig al frenesí con que se vivía, junto con el vals, este espectáculo en todas las esferas sociales. La representación teatral constituía, incluso, un modelo de comportamiento palaciego en el que se educaban los espectadores y aprendían las formas sociales más exquisitas y refinadas. El culto a los actores y, sobre todo, a las actrices dio lugar a una especie de fetichismo colectivo del que también pareció contagiarse Valera. Éste enviaba a sus amigos españoles fotografías de Estela Hohenfels y de otras actrices con las que no conseguiría despertar, ni mucho menos, el entusiasmo que él compartía con los vieneses. El amor hacia la actriz podría entenderse, pues, en este contexto, como la expresión individual de ese sentimiento, idealizado y colectivo, que impregnaba la atmósfera vienesa de delicada y platónica sensualidad⁶⁵.

de Valera», en *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*, II (1925), pp. 68 y 70-71. Para el escritor, a diferencia de las mujeres españolas, las del norte gozaban de mayor fantasía y pasiones refinadas. Lady Paget, por ejemplo, consorte del Embajador de Inglaterra «es muy romántica y casi loca [...] recibe aún a sus íntimos, vestida de Margarita, hilando en primorosa rueca y cantando la canción del rey de Tule».(*Cartas a su mujer*, ed. cit., p. 122). La sobrina del librero Gerold encarna un prototipo de mujer liberada, sin prejuicios, totalmente ajena al convencionalismo de las mujeres españolas, que se anticipa a la imagen de la mujer moderna: «es guapa, alegre, alta, ágil y trinca y baila, tira a la pistola, juega al billard y fuma cigarrillos con mucha gracia», lo mismo que la condesa Zichy y las damas que asistían a su tertulia. R. Esquer, «Para un epistolario...», art. cit., pp. 120-121. Véase lo mismo en *Epistolario...*, ed. cit., p. 458.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 460. Sobre esta actriz puede verse también R. Esquer, «Para un epistolario...», art. cit., pp. 128, 134, 129.

⁶⁵ Stefan Zweig rescata de su memoria el recuerdo de lo que supuso para la Viena del fin del Imperio la pasión de sus habitantes por el teatro: «El primer vistazo que el ciudadano medio echaba todas las mañanas al periódico no se dirigía a los debates en el Parlamento ni a los grandes acontecimientos mundiales, sino a la cartelera. Ésta tenía para la vida pública una importancia que difícilmente podrán comprender otras ciudades. El teatro Imperial, el *Burgtheater*, representaba para el vienes, para el austríaco, algo más que un escenario donde los actores interpretaban obras dramáticas. Era el microcosmos que reflejaba los macrocosmos, el espejo en que la sociedad se reflejaba a sí misma, el único verdadero *cortigiano* del buen gusto. En el ejemplo del actor del teatro Imperial el espectador veía cómo había de vestirse, cómo había de entrar en una habitación, cómo debía conversar, cuáles eran las palabras que un hombre de buen gusto tenía que emplear y cuáles las que debía evitar.

La inestabilidad del gobierno de Sagasta exigió en 1894 la participación de Valera en las votaciones del Senado con objeto de contar con todos los escaños liberales para la aprobación de los tratados con Alemania. El 24 de abril de ese año, un telegrama del Ministro de Estado reclamó como indispensable su presencia en Madrid el 28 del mismo mes⁶⁶. Después de entregar el 25 la Embajada a Emilio Heredia como Encargado de Negocios⁶⁷, se puso en camino, llegando a la capital el mismo 28 a las siete y media de la mañana. A este breve paréntesis, que duró aproximadamente un mes, puso fin otra Orden de 18 de mayo disponiendo su reincorporación a la Cancillería⁶⁸. Tras visitar el 29⁶⁹ en París a su sobrina, Louise Pelissier, reanudó sus actividades diplomáticas en Viena el 31 de mayo⁷⁰.

El teatro, en vez de un simple lugar de recreo, era un manual hablado y plástico de las buenas maneras y de la pronunciación correcta, y un nimbo de respeto se cernía como una aureola sobre todo lo que tenía relación, por remota que fuera, con el teatro de la corte. El presidente del consejo de ministros, el magnate más acaudalado, podía pasearse por las calles de Viena sin que nadie volviese la cabeza; pero cualquier vendedor, cualquier cochero de punto reconocía a un actor, a una cantante de ópera. Los niños nos lo referíamos con orgullo cuando nos habíamos cruzado en la calle con alguno de ellos (cuyos retratos y autógrafos coleccionaba todo el mundo), y este culto personal casi religioso llegaba a tal punto, que incluso se extendía al ambiente que rodeaba a los artistas.» Stefan Zweig, *El mundo de ayer*, ob. cit., p. 22.

⁶⁶ «Siendo la presencia de V.E. en el Senado indispensable para el sábado próximo, le ruego se ponga inmediatamente en camino.» El telegrama se acompañó de la Orden de traslado, también de fecha 24 de abril: «El Rey —q.D.g.— y en su nombre S.M. la Reina Regente del Reino, se ha dignado disponer se traslade V.E. a esta Corte, con objeto de consultar acerca de las dificultades que ofrece en el Senado la aprobación de los Tratados. De Real Orden lo digo a V.E. para su conocimiento y demás efectos. Minuta.» MAE Exp.

⁶⁷ Despacho n.º 37. «Muy Señor mío: En confirmación del telegrama que he tenido hoy la honra de dirigirle, paso a manos de V.E. el adjunto certificado, contenido por duplicado, en el que se acredita que con esta misma fecha ha salido para esta Corte el Excmo. señor don Juan Valera, Embajador de Su Majestad en Viena, habiéndome hecho antes la entrega de esta Embajada como Encargado de Negocios interino [...] Viena, 25 de abril de 1894, Emilio Heredia.» Con dos certificados anexos: el adjunto al despacho y el de fecha de 7 de mayo de la Subsecretaría de Estado con destino al Ordenador de Pagos. MAE Exp.

⁶⁸ «Excmo. Señor: El Rey —q.D.g.— y en su nombre la Reina Regente del Reino se ha dignado disponer que, terminados los trabajos que motivaron su venida a esta Corte, se traslade V.E. a Viena para encargarse de aquella Embajada. De Real Orden lo digo a V.E. para su conocimiento y demás efectos. Dios guarde...» MAE Exp. (Minuta).

⁶⁹ Según minuta de la Orden dada al Ordenador de Pagos por el Subsecretario de Estado de 23 de mayo de 1894, Valera en esa fecha debería estar en Viena o en camino: «Habiendo regresado a su destino el señor don Juan Valera, embajador de S.M. en Viena sin haber tenido tiempo para cobrar su ayuda de costas de viaje de Madrid a dicha capital que se le mandó abonar por Real Orden de 18 del actual, S.M. el Rey (q.D.g.) y en su nombre la Reina Regente del Reino: se ha servido disponer que esa Ordenanza de Pagos expida a nombre del Habilitado de este Ministerio don Juan Rodríguez de Castro el libramiento de las Ptas. 2.847 a que aquella hace referencia

El verano de 1894 llevó nuevamente a Valera a alternar sus quehaceres diplomáticos con excursiones por los alrededores vieneses, entre las que tuvo lugar una breve estancia de cuatro días a finales de julio con su hijo en el Semmering, frondoso macizo montañoso que separa Austria de la Estiria. El retorno a Viena por Gratz les permitió visitar a su amigo el Dr. Hugo Schurchardt. Antes de finalizar el verano, Luis volvió a abandonar la ciudad para recibir las aguas en el balneario alpino de Sonèche les Bains, en el Valais. A su regreso, padre e hijo se encontraron en Salzburgo donde pasarían juntos una semana recorriendo los bellos parajes que rodeaban a aquella ciudad de leyenda que, como un año antes, sería evocada con emoción por la pluma de Valera. Mientras, su mujer y su hija veranearon en Zarauz y pasaron una temporada en Wadhurst, donde el hermano de Dolores, José Delavat, Ministro de España en Pekín, casado con la viuda inglesa Aurelia Aurigny, disfrutaba de una preciosa quinta propiedad de ésta. No volvieron a Viena hasta el 18 de octubre para celebrar el cumpleaños de don Juan⁷¹.

La vejez ya irremediable y una grave enfermedad padecida a mediados de diciembre de 1894, que le mantuvo convaleciente durante más de tres meses, provocaron un rápido deterioro físico que se vería acompañado, formando un estrecho paralelismo entre su situación y la de España, de la melancolía y el pesimismo provocado por la decadencia española en las proximidades del 98⁷². En coincidencia con esta situación, el retorno de Cánovas

por haberlas adelantado este funcionario al señor Embajador». (MAE Exp). Sin embargo, con esa misma fecha Valera todavía se encontraba en España. Su propósito era partir el domingo 27. Ya en carta a Moreno Ruiz del 23 de mayo explica, justificando el retraso en la liquidación de ciertas deudas, que para volver a Viena tendría que pedir el adelanto de las costas: «Me obligan a gastar y no me dan para gastar. Hasta este viaje, que he tenido que hacer para contribuir a la salvación de la patria se me pega a las costillas, aunque me le paguen, ya que por reglamento pierdo casi todo mi sueldo mientras que estoy ausente de Viena [...] Basta decir que en... *momento histórico* no tengo un... y que alguien tendrá que adelantarme lo que me hace falta para volver a mi destino [...] Espero salir de aquí el domingo próximo y estar en Viena en los primeros días de junio». *Epistolario [...] a Moreno*, en ob. cit., pp. 675-676.

⁷⁰ Embajada de España en Viena. N.º 44. Sección de Subsecretaría. Excmo. Señor:

Muy Señor mío: Tengo la honra de poner en conocimiento de V.E. que en cumplimiento de la Real Orden de ese ministerio del digno cargo de V.E. de fecha 18 del corriente, disponiendo que, terminados los trabajos que motivaron mi ida a esa Corte, pase a encargarme de esta Embajada, he vuelto con fecha de hoy a hacerme cargo de la misma [...] Viena 31 de mayo de 1894 [...] Juan Valera (MAE Exp).

⁷¹ Sobre las actividades del verano de 1894, pueden verse *Epistolario...*, ed. cit., pp. 505-506; y *Epistolario [...] a Moreno*, en ob. cit., p. 678.

⁷² Son numerosas las alusiones a la política española de aquellos meses. Quizá el texto más representativo lo ofrezca la carta escrita a su mujer a su regreso a España, de 27 de agosto de 1895: «La verdad es que los tiempos son muy duros para nosotros en particular, y en general para todos los españoles, y que para sufrirlos conviene armarse de paciencia, de fortaleza y de todas las otras virtudes cardinales y teológicas, y, aún así, sería difícil. La flor de la juventud se va a Cuba a morir del vómito, o de tercianas, o de diarreas, cuando no de balas enemigas. Sostener la guerra dicen

al poder el 23 de marzo de 1895 obligó a Valera a solicitar su dimisión el 1 de abril⁷³.

Cierto retraso en la presentación de recredenciales levantó en Madrid, donde habían regresado su mujer e hija el 16 de junio, algunas críticas. La carta regia, comentó Valera, llegó el 8 o el 9 de junio⁷⁴, el acuse de recibo salió el 14⁷⁵, y la audiencia solicitada al Emperador para el 22 de junio le fue concedida para el 28; por otro lado, el Duque de Tetuán, O'Donnell, le concedía libertad para despedirse del Emperador cuando lo creyera más oportuno. Valera añadió en su justificación que León y Castillo, el embajador en París, que no tenía que levantar casa, entregó su Embajada el 12 ó 14 de junio, y si él lo hacía el 30, la diferencia sería de 14 ó 16 días⁷⁶.

que nos cuesta ochenta mil duros diarios, o sea 120 millones de pesetas al año. El país se empobrece de hombres y dinero; la miseria cunde; y el héroe de Sagunto no se luce sino cuando hace alguna cadetada, sin que se vean sus planes y sin que probablemente ni los tenga él ni los sepa...» *Cartas a su mujer*, ed. cit., p. 241.

⁷³ «El mal estado de mi salud y el deseo que tengo de volver a mi patria para ver si me repongo me obligan a dirigirme a Vuestra Majestad suplicándole respetuosamente que se digne aceptar la dimisión que Le presento del cargo que a Su regio favor he debido, de Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Su Majestad Católica cerca de Su Majestad el Emperador de Austria, Rey Apostólico de Hungría, [...] Juan Valera.

N.º 24. Subsecretaría

Excmo. Señor:

Muy Señor mío: El mal estado de mi salud me obliga y mueve a dirigirme a V.E., como tengo la honra de hacerlo, suplicándole que incline el ánimo de S.M. la Reina (q.D.g.), Regente del Reino, a fin de que se digne aceptar la dimisión, que remito adjunta del alto puesto que a su favor he debido [...] Viena, 1 de abril de 1895 [...] Juan Valera. (MAE Exp.)

⁷⁴ El telegrama, enviado desde el Ministerio de Estado el día 29 aceptando el cese y anunciando el consiguiente envío de recredenciales, ofrecía a Luis Valera la oportunidad de un nuevo empleo en Madrid: «Correspondiendo deseo de V.E. Recredenciales irán en breve y ruego me diga telégrafo si convendría a su hijo en esta ocasión ser trasladado al Ministerio». (MAE Exp.). El decreto admitiendo la dimisión fue enviado el 3 de junio con la orden de abono de las 2.847 pesetas establecidas, como en 1893, en concepto de ayuda de costas de viaje desde Viena a Madrid: «Accediendo a los deseos de don Juan Valera y Alcalá Galiano, en nombre de mi Augusto Hijo el Rey don Alfonso XIII, y como Reina Regente del Reino: vengo en admitir la dimisión que ha presentado del cargo de Mi Embajador Extraordinario y Plenipotenciario cerca de S.M. el Emperador de Austria, Rey Apostólico de Hungría, declarándole cesante con el haber que por clasificación le corresponde, quedando muy satisfecha del celo, lealtad e inteligencia con que lo ha desempeñado. Dado en Palacio a 3 de junio de 1895. María Cristine». (MAE Exp.)

⁷⁵ N.º 80. Subsecretaría

Excmo. Señor:

Muy Señor mío: He tenido la honra de recibir con la Real Orden n.º 42 de ese Ministerio del digno cargo de V.E., de fecha 3 del corriente, la carta recredencial, acompañada de una copia de estilo, que debo entregar a S.M. el Emperador de Austria y Rey apostólico de Hungría, poniendo así fin a mi misión en esta Corte. No tardaré ya mucho en pedir la conveniente audiencia para cumplir con este último deber de mi cargo. [...] Viena, 14 de junio de 1895 [...] Juan Valera. (MAE Exp.)

⁷⁶ *Cartas a su mujer*, ed. cit., p. 235.

El descenso del «encumbramiento pomposo» en el que se encontraba a la «categoría de ciudadano simple» resultó penoso al novelista. La despedida del Emperador y la presentación de recredenciales, que se celebró el 28 de junio según el mismo ceremonial que en la audiencia de recepción, pusieron término a su misión diplomática, aunque todavía prolongó su permanencia en Viena hasta el 10 de julio⁷⁷:

Embajada de España
en Viena
N.º 93. Cancillería

Excmo. Señor:

Muy Señor mío: En audiencia solemne y con el pomposo ceremonial de costumbre, cuyo esplendor realzan principalmente los elegantes trajes y armas de la magnífica guardia Imperial, extendida en dos hileras por las antecámaras y por todos los salones, acabo de tener la honra de ser recibido por S.M. el Emperador y Rey y de entregarle la Carta Regia que pone término a mi misión cerca de Su Augusta Persona, Corte y Gobierno.

Como este Soberano, por bondad innata y por nobilísima cortesía, quiere y sabe ser afable con todos, no es extraño que, en esta ocasión en que yo iba a despedirme, se haya esmerado en serlo conmigo, demostrando así el afecto y la alta consideración que consagra a nuestra egregia Reina Regente, con quien tan estrechos lazos de parentesco y de amistad le unen.

⁷⁷ El 30 de mayo Valera pensaba tardar un mes en volver a España. Este era el tiempo que calculaba necesario para levantar su casa y cumplir con sus compromisos sociales (R. Esquer, «Para un epistolario...», art. cit., p. 156). El 5 de abril sus planes habían cambiado, todavía no tenía sucesor y era preciso, además de preparar la mudanza, vender los muebles, lo que exigiría, por lo menos, dos meses más (*Epistolario [...] a Moreno*, en ob. cit., p. 679). El 19 de mayo anunció el regreso de las señoras para antes de finalizado el mes y el suyo para mediados de junio (*Epistolario...*, ed. cit., p. 517), pero éstas no salieron hasta el 14 de junio. Valera y Luis, dieron el 8 de junio un nuevo plazo para su salida de Viena: los primeros días de julio (María Pilar Aparici, «Correspondencia Juan Valera-Isaac Albéniz (1895-1898)», en *Boletín de la Real Academia Española*, LV (1975), p. 157). Finalmente, el 28 de junio, fecha en que presentó la carta regia, todavía contaba con permanecer en aquella Corte dos o tres semanas más (R. Esquer, «Para un epistolario...» art. cit., p. 157). Lo que demoró su retorno a España fue, principalmente, la venta de los muebles (DeCoster, «...Cartas inéditas a Juan Moreno Güeto», art. cit., p. 82). El retraso en el nombramiento del nuevo Embajador, finalmente el Marqués de los Hoyos, impidió que pudiera ofrecérselos junto con los arreos del cazador y del portero, que quedaron en poder del conde de Chacón, el nuevo Encargado de Negocios, hasta la llegada de su sucesor (*Cartas a su mujer*, ed. cit., p. 237). El 6 de julio Valera entró, al parecer infructuosamente, en tratos con el Conde, que tenía intención de poner casa en Viena. Preocupaba al novelista no conseguir los 5.000 florines en que había calculado la reventa de sus muebles: el verano no era, precisamente, la mejor época para este tipo de negocio, ni Viena, donde los muebles eran muy baratos, la mejor ciudad. El 10 de julio a las 8,40 de la mañana, padre e hijo salieron con destino París y llegaron a Madrid el 14 de julio (*Ibidem*, p. 240; y *Epistolario [...] a Moreno*, en ob. cit., p. 680).

Después de recibir la recredencial⁷⁸, de asegurarme que sentía mi partida y de reconocer agradecido, con generosidad benévola, mi empeño y tino en conservar y en acrecentar las buenas relaciones entre Austria-Hungría y España, me habló con cariñoso interés de Sus Majestades el Rey y la Reina Regente y de Sus Altezas la Princesa de Asturias y Señoritas Infantas, celebrando que estuviesen bien de salud y deseándoles mil venturas.

Ni dejó tampoco el Emperador de hablar de los sucesos políticos de esa península y de sus posesiones de Ultramar, haciendo votos porque pronto se restablezca en Cuba la paz, y manifestando la esperanza que para que se logre le infunden el crédito, la pericia y las virtudes marciales del General Martínez Campos, de quien hizo sentido encomio, recordando su estancia en Viena.

La audiencia duró bastante, lo cual no pudo menos de ser muy grato y lisonjero para mí, declarando yo repetidas veces mi pesadumbre de irme de esta hermosa capital, y lo mucho que de corazón agradecía la amable hospitalidad de sus habitantes y, sobre todo, la indulgencia y franco trato de los Archiduques.

También di al Emperador las más encarecidas gracias por el señalado favor con que me ha distinguido, concediéndome la Gran Cruz de San Esteban, que es aquí la condecoración más estimada y la que suelen dar a los Embajadores.

S.M. me dijo que esperaba que dicha Gran Cruz fuera para mí buen recuerdo de Su Persona y de Su Corte, y yo repuse que aquella prueba de su gracia valía para hacer el recuerdo más grato, pero que de todos modos el recuerdo hubiera sido excelente y durable.

El Barón Passetti, primer jefe de Sección del Ministerio de Negocios Extranjeros, había venido ayer a traerme, él mismo, las insignias de la orden, con el intento de que yo las llevase como las llevé a la audiencia imperial.

Suplico a V.E. que pida a S.M. la Reina Regente (q.D.g.) el indispensable permiso para que en lo sucesivo pueda yo usar las insignias referidas.

Sólo me queda que añadir que en todo el día de hoy haré entrega de la Embajada a su primer Secretario, Sr. Conde de Chacón, a quien dejaré presentado como Encargado de Negocios.

Dios guarde a V.E. muchos años

Viena, 28 de junio de 1895

Excmo. Señor

B. l. m. de V.E.

su atento seguro servidor

Juan Valera⁷⁹

⁷⁸ «Sérénissime, Très Haut et Très Puissant Prince Seigneur Mon Parent, Très bon et cher Frère; Ayant jugé convenable d'accepter la démission de d. Juan Valera J'ai mis un terme à la Mission honorable qu'il remplissait auprès de Votre Majesté Impériale et Royale J'espère qu'Elle aura trouvé digne d'approbation la manière dont il s'en est acquitté et Je m'empresse d'exprimer à Votre Majesté que Je n'ai eu qu'à me louer des fonctions de Monsieur Valera en saisissant les occasions dont il a pu profiter de témoigner à Votre Majesté Mon constant souhait de maintenir les rapports d'amitié entre Nos deux Cours. Il m'est agréable en même temps de remercier Votre Majesté pour la bienveillance qu'Elle a montré envers ce Représentant et de Lui prier d'accepter le renouvellement de l'expression de mes sentiments d'affection ainsi que celle de la profonde estime avec laquelle Je suis Seigneur Mon Parent, De votre Majesté Impériale et Royale la bonne Soeur et Parente.»

El novelista, que se sentía ya «mandando recoger», se despidió para siempre de la diplomacia con este último acto. El retorno de Cánovas al poder tuvo pronto en su espíritu un lado positivo: el cese le evitaría pasar en aquel helado paraíso un nuevo invierno. Los afanes que habían condicionado su regreso a la carrera en 1893 no se habían visto finalmente del todo conseguidos ya que volverían a España «obsequiadísimos, con mucho charol y con ningún dinero»⁸⁰. Ser embajador en Viena en las precarias condiciones económicas que establecía el Gobierno español era una «empresa heroica»⁸¹. La embajada de Valera concluyó amargamente con las palabras embebidas de pesimismo noventayochista que ponen fin a su profesión de diplomático: «Nuestro país no convida [...] a ser nada, casi no convida a vivir en él, si no fuese porque en los demás países nada tiene uno que freír y es desatendido como forastero, y tal vez como español poco considerado»⁸².

Barcelona, 28 de noviembre de 1990

⁷⁹ La comunicación de la entrega de credenciales fue hecha inmediatamente en telegrama con la misma fecha del despacho: «Acabo de entregar mis Recredenciales a S.M. el Emperador y Rey. El Conde de Chacón quedará desde mañana en esta Embajada Encargado de Negocios. Valera». (MAE Exp.). La contestación del Emperador de Austria-Hungría a S.M. la Reina María Cristina fue presentada a través de Dubsky, el Embajador austriaco, al entonces Ministro de Estado, Duque de Tetuán, el 16 de julio de 1895:

«Serenissima et potentissima Princeps, Consanguinea et Soror carissima! Litteris amicissimis die tertio mensis elapsi ad Me datis, Majestas Vestra Regia Oratorem Suum Don Juan Valera ab Aula Mea avocavit. Suum praedictus Orator munus sibi delatum, quamdiu heic morabatur ita peregerit, ut non solum Votis Meis ex animo responderet, sed benevolentiam quoque Meam, quemadmodum Majestas Vestra Regia bene speravit, sibi compararet non possum quin eum ulteriotibus Majestatis Vestrae Regiae favoribus commendem. Quod superest, amantissimi animi Mei in Majestatem Vestram Regiam sensus insignemque existimationem iterum iterumque contestor. Dabuntur Ischl, die 6 mensis Julii 1895,

Majestatis Vestrae bonus Consanguineus et Frater, Franciscus Josephus».

⁸⁰ *Correspondencia...*, ed. cit., p. 220.

⁸¹ Aunque hemos intentado evitar el tema, ya tan manido, de sus dificultades económicas, sí creemos que a través de sus despachos y de sus correspondencias podría realizarse un interesante estudio de la situación de los diplomáticos españoles en el siglo XIX. Los datos acerca de ello son desgraciadamente abundantes en la correspondencia política, epistolarios, memorias, etc., no solamente de este rico-pobre que fue don Juan Valera, sino también de otros diplomáticos que como este aristócrata padecieron los mismos estigmas. Tal vez un análisis en esta línea daría nuevas interpretaciones al ya viejo tópico del «pobrecito Valera».

⁸² *Cartas a su mujer*, ed. cit., p. 241. En 1896 Valera solicitó la jubilación: «Excmo. Señor: Don Juan Valera y Alcalá Galiano, Embajador de S.M., cesante, a V.E. respetuosamente expone: Que reuniendo las condiciones que marca el artículo 60 del Reglamento de la Carrera diplomática como se acredita por la adjunta partida de bautismo y hallándose muy quebrantado de salud, desea obtener su jubilación con el haber que por clasificación le corresponda, por lo que ruego a V.E. se sirva inclinar el ánimo de S.M. la Reina Regente (q.D.g.) para que se digne concederle la gracia que solicita. [...] Madrid, 1 de marzo de 1896». El decreto concediendo la jubilación fue firmado por la Reina María Cristina el 5 de marzo del mismo año. MAE Exp.

APÉNDICE

CORRESPONDENCIA POLÍTICA*

Embajada de España
 en Viena
 N.º 53. Sección 4.ª

Excmo. Señor:

Muy Señor mío: Aunque no carecía de fundamento lo que yo pronosticaba en mis anteriores Despachos, la manifestación de los obreros socialistas, a causa de un imprevisto incidente, no ha sido por desgracia del todo pacífica y alegre. Algo hubo en ella de trágico. Si bien los periódicos lo refieren todo con pormenores, creo de mi deber poner aquí en resumen lo más sustancial de lo ocurrido.

El partido democrático socialista, que llaman *oficial*, se condujo con mucho juicio, siempre los hombres bajo la prudente dirección del Dr. Adler, y las mujeres bajo la dirección, prudente también, de la señorita Adela Dworzak. Así es que, en las reuniones que celebraron y en los paseos que dieron, reinó el mayor orden, y todo fue regocijo y pompa. Iban las mujeres lindamente adornadas con corpiños rojos y con claveles y otras flores del mismo color. Los hombres llevaban corbatas encarnadas. No pocos lucían signos alusivos a la fiesta: por ejemplo, escuditos llenos de 8, o bien dos brazos cruzados, cuyas manos empuñaban sendos martillos. Ni faltaban tampoco signos especiales del oficio que cada uno ejercía, y así v.g. los panaderos llevaban *salzstängel* o dígase tallos salados, que son unos bastoncitos de masa muy sabrosos, los cuales no tendrán por lo común más de 15 ó 20 centímetros de largos, pero que, en esta ocasión, medían dos metros e iban adornados con moños rojos y follaje. Se confiaba tanto en la paz, que no pocos de los manifestantes de ambos sexos llevaban en la fiesta a sus niños, hasta a los de pecho. Todos parecían de muy buen humor, riendo, cantando, bebiendo mucha cerveza, oyendo discursos de los más famosos oradores del partido y celebrándolos con vivas y aplausos. En la manifestación gustó sobremanera un gran carro donde iban sentadas más de veinte mozuelas del campo, frescas y coloradas como rosas, y, según afirman los periódicos, pues yo no tuve el placer de verlas, llenas, rotundas y lucientes como la buena fruta. Figuraban estas mozuelas las emigrantes a América.

El Prater, donde yo estuve también en coche, fue el foco de toda la manifestación, lo cual, en grande, le prestaba el aspecto animado y bullicioso que tiene el Prado, Recoletos y Fuente Castellana, el martes más concurrido de Carnaval. Los curiosos de a pie eran innumerables, como si sólo las cocineras hubieran quedado en las casas. Y en carruaje y a caballo, se veían allí la flor y nata de la aristocracia austro-húngara; Archiduques y Archiduquesas, Príncipes y Condes, y princesas y Condesas, cuyos nombres citan los Asmodeos y Montecristos de aquí y yo no repito para no ser cansado.

Es lástima que la serenidad y el inocente regocijo de esta fiesta se turbaran, en otros barrios, por la imprudencia tal vez de la policía y por la arrogancia de los *socialistas independientes* que se burlan del *socialismo oficial*, que detestan la que llaman *dictadura* del Doctor Adler y dicen que el sufra-

gio universal y que ocho horas de trabajo son remedios tontos e ineficaces. Un zapatero, llamado Kukla, sacó una improvisada bandera roja, y se puso al frente de un tropel de sus correligionarios. La policía le quitó la bandera y aun le prendió. Entonces, a fin de libertarle, se suscitó la contienda, arremetiendo los del pueblo a la policía a palos y a pedradas. Provocada y airada la policía hizo uso de las armas, y acudiendo en su auxilio unos cuantos de a caballo, cayeron sobre la turba e hirieron a no pocos, prendiendo a varios y dispersando a los demás. Es de lamentar que, entre los heridos del pueblo, se cuente a una mujer, que recibió un sablazo en la cara y cayó al suelo con el niño de pecho que llevaba en sus brazos. El niño, por fortuna, quedó ileso, y la herida de la mujer se dice que es muy leve.

Más ominoso, porque prueba el poco cariño con que se miran las diversas nacionalidades, que constituyen esta Monarquía, fue otro conflicto, no sangriento aunque me parece que hubo golpes, ocurrido también aquí, en un teatro, el día 1.º de mayo. Los *czechos* o bohemos quieren *czechificar* un poco a los alemanes, y los alemanes quieren *germanizar* a los *czechecos*: pero todas las tentativas para la una y para la otra operación tienen resultados lastimosos. Anteayer, los bohemios, deseando aclimatar en Viena su poesía y su música, y habiendo alcanzado últimamente un triunfo estruendoso con su bellísima ópera *La novia vendida* del maestro Smetana, se aventuraron a hacer representar aquí una antigua farsa, *posse*, del poeta Stiepauck, titulada *Cech a Némec, Czechos y alemanes*, donde se habla en ambos idiomas y se canta y se propende a la fraternización de uno y de otro pueblo. Pero, en vez de fraternizar, todo fue tumulto, gritos, silbidos y denuestos entre *czechos* y alemanes. La representación no pudo seguir ni terminar en paz, sino hasta que los alemanes, los más de ellos estudiantes, fueron expulsados del teatro por la policía.

Dios guarde a V.E. muchos años
 Viena 3 de mayo de 1893
 Excmo. Señor
 B. I. m. de V.E.
 su atento seguro servidor
 Juan Valera

Embajada de España
 en Viena
 N.º 99. Sección 4.ª

Excmo. Señor:

Muy Señor mío: Aunque en mí no ha habido descuido en cumplir pronto el encargo que me hizo V.E. en su telegrama del 21, el Conde de Kálnoky no

* En la edición de los despachos que forman este apéndice, ha sido modernizada la ortografía en las contadas ocasiones en que ha sido preciso hacerlo. Las correcciones más frecuentes han consistido en la sustitución de *g* por *j*, o viceversa, (*estrangero, magestad, gefes, exajerado*); de *y* por *i* (*reyrna, magyar*), y regularización de los grupos consonánticos iniciales *ich* y *tz* (*tcheco, tzar*). Han sido corregidas también algunas erratas evidentes.

se deja ver con facilidad, porque, en las estaciones de verano y de otoño, según es uso aquí de los grandes señores, va con frecuencia a sus tierras o se retira en algún lugar campestre y ameno, y cuando viene a la ciudad anda afanadísimo. Su afán ha sido mayor en estos días últimos, ya para acatar, atender y agasajar a los Soberanos y Príncipes que han venido de visita, ya para asistir y no sé si diga para tomar parte en las sabias y brillantes manobras militares, según lo consiente y aún lo requiere su calidad, hasta hace poco oculta para mí, de General de Caballería. Como quiera que ello sea, no he podido hasta ayer tener con el Conde la conferencia que yo deseaba.

Ayer la tuve y el Conde me dijo, sin que yo tuviera la extraña ocurrencia de preguntárselo, que él nunca había sido carlista; calificó a Don Carlos de *mauvais garnement*; y me aseguró que S.M. el Emperador no gustaba nada de él y que se le mostraba esquivo y rehuía su trato. Añadió que Don Carlos vive de asiento en Venecia, y que, si a veces viene a este país, es por corto tiempo y para ver a sus parientes cercanos, entre los cuales los que más familiaridad, confianza e influjo tienen con él, son el Archiduque Carlos Luis y su Esposa. El Emperador y Su Gobierno poco o nada pueden intervenir amistosamente, por medio de advertencias o consejos, en las resoluciones que tome Don Carlos; pero él ya sabe que será expulsado de aquí si aquí maquina o trama algo contra la paz de España. Yo no dejé de asegurar al Conde, como de ello estoy persuadido, que todo plan guerrero de Don Carlos sería ahora, para él mismo, tan perjudicial como siempre o más perjudicial que nunca; y que si a la nación española pudiera causarle trastorno y gastos y algunas muertes, él sólo lograría la inútil efusión de sangre entre sus más fervorosos parciales y la pérdida del poco dinero que tuviera y del que incauta y generosamente le dieran prestado.

En todo esto convino el Conde, a lo que presumo, no por su exquisita cortesía de diplomático chapado a la antigua, sino por convicción; y quedó conmigo en tratar de averiguar lo que ocurriera y en transmitírmelo.

Por lo pronto, nada sabe de Don Carlos ni de su paradero: pero yo le indiqué, como es la verdad, que personas muy allegadas mías han visto en Viena recientemente a Don Carlos, el cual ha de estar aquí o muy cerca. Así lo entenderán, sin duda, sus amigos de España, cuando se anuncia que su ayudante Elio viene a Austria a hablar con él para que se decida a dar un manifiesto en un sentido o en otro.

Como yo no me inclino a jactarme de nada, no he de ocultar a V.E. que si bien aquí no hay en el Gobierno la menor simpatía hacia Don Carlos, tampoco noto vivo deseo de valernos. Sin embargo, tal vez el Conde de Kálnoky sea de los que ofrecen poco para no comprometerse más allá de su poder, y luego, si pueden, hacen más de lo que ofrecen. Como quiera que sea, mañana es casi seguro que veré de nuevo al Conde y volveré a insistir sobre el asunto.

Dios guarde a V.E. muchos años

Viena 26 de septiembre de 1893

Excmo. Señor

B. I. m. de V.E.

su atento seguro servidor

Juan Valera

Embajada de España
en Viena
N.º 109. Sección 4.ª

Excmo. Señor:

Muy Señor mío: Como los telegramas, que publican los periódicos, difunden rápidamente por todo el mundo lo esencial de las novedades que ocurren, y como es difícil juzgar y augurar nada con tino sobre la complicadísima y enmarañada política de este país, V.E. no ha de extrañar que yo sea sobrio en escribir Despachos, ya temeroso de hacer apreciaciones falsas, ya recelando no poder decir sino en extracto lo que difusamente dice la prensa. Es tal, no obstante, la importancia de lo que pasa ahora en esta Monarquía, que no puedo menos de hablar sobre ello, si bien limitándome a transmitir mis apreciaciones, que modificaré o corroboraré al compás que se vayan desenvolviendo los sucesos.

El proyecto de reforma electoral, tan imprevisto, que no falta quien afirme que ni el Ministerio común sabía que iba a presentarse, ha producido insólita agitación, no bien lo presentó en la Cámara popular el Conde de Taaffe. Las clases acomodadas, al menos en Viena, rechazan el proyecto y entienden que exacerbará y agravará los males y peligros que con él había la intención de remediar y de conjurar acaso: el socialismo anarquista; el antisemitismo, que muchos miran como socialismo embozado socapa de religión; y sobre todo los celos, odios y discordias entre las diversas razas y lenguas que pueblan los dominios de la Casa de Habsburgo del lado acá del Leitha.

No sabré yo decir hasta qué punto influye aquí el Gobierno en los Comicios, si esta influencia es mayor o menor, y si crecerá o mermará extendiendo el derecho al sufragio: pero, sin duda, se da aquí grande importancia a toda modificación, cuando se teme que pueda cambiar profundamente la faz del país.

Lo que es evidente es la gran repugnancia que el proyecto inspira. Imposible parece que la Cámara le apruebe: pero no se prevé si el Gobierno disolverá la Cámara, si caerá, o si seguirá mandando, como si tal cosa, aunque salga vencido y tenga que dimitir del proyecto. Lo último sería extraño, casi imposible, en cualquiera otra parte: pero no creo que en Austria lo sea. Por cima de la ficción constitucional de que los Ministros son responsables de todo, está en muchos la creencia de que el Conde de Taaffe es sólo instrumento dócil de la voluntad y de las ideas del Emperador. En este caso, el proyecto de reforma electoral habrá de considerarse como una tentativa de reconciliación fraternal de razas en el amplio seno de mayores y más democráticas libertades centrales, y aún como un medio de consultar la opinión general y de conocerla a las claras; por lo cual, en vista de que en contraria, y una vez retirado el proyecto, podría seguir, como hasta ahora, gobernando el Conde de Taaffe, sin que la nota de haber querido ser sobrado liberal le desautorizase, sino que antes bien le valiese para demostrar la necesidad ineludible del pequeño estado de sitio en Praga, ya que Gobierno tan liberal como el suyo se había visto forzado a proclamarle.

Como la suspensión de garantías fue dictada contra los desafueros y violencias de los jóvenes-checos, el proyecto de reforma electoral tiene trazas o apariencias de algo a modo de consolación, compensación y desagravio, ya que todos dicen que favorece a los bohemos contra los alemanes, por quie-

nes se consideran oprimidos, como también a los rutenos, que tienen idénticas quejas contra los polacos en cuya tierra viven, acrecentando la enemistad la diferencia de religión, pues los rutenos son fieles a la Iglesia rusa o griega, llamada ortodoxa, y los polacos son católicos.

Natural es que toda Cámara electiva vea con disgusto cualquier proyecto de nueva ley electoral que se le someta, sobre todo si viene por sorpresa. Es como sentencia de muerte que se da sin oír al condenado. Pero independientemente de esto, los partidos más importantes de la Cámara se oponen al proyecto por la principal razón, que no disimulan, de que disloca las fuerzas y perturba el equilibrio que hoy subsiste, y por cuya virtud predominan los alemanes en esta parte de la doble Monarquía, como los Magiares predominan en la otra.

Hasta en la política internacional podría tener extraordinario influjo esta extensión del derecho electoral, si es cierto, como se recela, que, disminuyendo el número de diputados alemanes y polacos, traería a una nueva Cámara más diputados de Bohemia, rutenos o de otra raza eslava, a todos los cuales, menos a los polacos, es odiosa la alianza con el Imperio alemán, y Francia y Rusia entusiastamente simpáticas. Anteayer mismo un diputado joven-checo y otro serbio de raza, saludaron con júbilo a los rusos y franceses, que fraternizan en París, Toulon y Marsella, y los aclamaron como los dos pueblos más nobles y grandes del mundo.

Cualquier extranjero que fría y desapasionadamente presencie todo esto, tal vez se incline a dar la razón al Conde de Taaffe. El furor, que ha suscitado contra él su proyecto en alemanes y polacos, nace de seguro de egoísmo de razas que se obstinan en prevalecer sobre las otras. ¿Y quién sabe si el Conde de Taaffe y aún el Emperador mismo, piensan o sienten como por instinto, que el núcleo de la Monarquía, lo más austríaco de Austria, es hoy, en Hungría, el elemento magiar, y aquí el eslavo, más distante del paneslavismo que los alemanes de Austria lo están del pangermanismo? Salvo los rutenos que se consideran rusos de la más pura sangre y prosapia, todos los demás eslavos de esta Monarquía, incluso los polacos, perdida la esperanza de reconstituirse en estado independiente, parece que deben de ser y que son los que están más interesados en la conservación e integridad de esta Monarquía, con tal de que los alemanes no sigan sobreponiéndose y los *germanicen*. Los alemanes, en cambio, se sienten atraídos por el triunfador y poderoso Imperio de los Hohenzollern, son más alemanes que austríacos, y Alemania y no Austria les parece su verdadera patria. Sin duda, en la Cámara, en el partido liberal-alemán apenas se muestra esta propensión, y, si la hay, como creo, se disimula; pero hay otro partido alemán, que se llama *nacional*, y otro grupo de demócratas alemanes, cuyo germanismo decidido y patente no puede agrandar ni infundir confianza a esta dinastía. El Conde de Taaffe tiene, pues, sobrado motivo para lisonjear y apoyar en cuanto no es exagerado a los bohemios y a otros eslavos, y en esto le han seguido y sostenido siempre los diputados del partido conservador y ultracatólico, que, si bien alemanes de raza, son austríacos antes que todo.

El Conde de Taaffe ha sido siempre fiel a esta política de conciliación de todas las razas; hasta de aquellas que tienen cerca otro centro de atracción hacia el cual inclinarse, como los italianos, que últimamente en el Tirol se han dirigido al mismo Soberano, pidiéndole mayor autonomía; como los rumanos, que tal vez ponen su ideal en formar parte del Estado independiente

de Rumanía; y como los serbios que propenden hacia sus hermanos del Reino de Serbia, donde se hace activa propaganda en este sentido, y donde hay periódicos que, al hacer dicha propaganda, maltratan y aun insultan al Gobierno austríaco.

Entendidas las cosas así, y creo que no me engaño y que no hay razón para entenderlas de otro modo, el proyecto del Conde de Taaffe, tendrá acaso un fin ilusorio, pero es benévolo: intenta que vayan olvidando sus opuestas aspiraciones tantos pueblos distintos, que se extingan sus rencillas y celos, y que se unan y fraternicen dentro de la libre y democrática igualdad que el Estado trata de concederles.

Por desgracia no están conformes con esto, ni la opinión pública, que se manifiesta hostil en los más importantes periódicos; ni los alemanes, ni los polacos, que tienen mayoría en la Cámara, y cuyos clubs, los de los tres partidos alemanes y el club polaco, han rechazado ya el proyecto. En cambio, los rutenos lo aprueban en su club, y tal vez los bohemos lo miran con simpatía, a pesar del enojo de los más exaltados por las medidas tomadas en Praga.

En esta situación todos se preguntan qué sucederá; y no es de censurar que yo también me lo pregunte y no lo sepa. Tal vez el desenlace sea el que ahí debe de parecer más inverosímil: es a saber que el Emperador y su Gobierno hagan hincapié en que la Cámara apruebe las medidas tomadas contra Praga, amenazando de muerte a la Cámara, si no las aprueba; y, una vez aprobadas, dé largas al proyecto de reforma electoral dejándole en suspenso por tiempo indefinido, con lo cual podrá tener doble uso y prestar doble servicio: ser para los bohemos, y demás nacionalidades, que se consideran algo o mucho en la opresión, como una esperanza, como un rescate y premio que se les ofrece, y para los alemanes más díscolos una espada suspendida sobre sus cabezas, como la tan citada y manoseada de Damocles.

Este desenlace será el más prudente. El Emperador, a quien el Conde de Taaffe debe de inspirar confianza, no querrá desprenderse de él; y la disolución de la Cámara, sería peligrosa, sobre todo para traer otra Cámara que habría de morir pronto de todos modos; ya porque tampoco querría votar el proyecto, ya porque se mataría votando otro nuevo modo de elección que aquél por el cual ella había sido elegida. No quiero fatigar la atención de V.E. entrando en más pormenores sobre estos asuntos, acerca de los cuales, seguiré informando en resumen, según lo que yo vea y comprenda.

Dios guarde a V.E. m^s. a^s.
 Viena 21 de octubre de 1893
 Excmo. Señor
 B. l. m. de V.E.
 su atento seguro servidor
 Juan Valera

Embajada de España
 en Viena
 N.º 117. Sección 4.ª

Excmo. Señor:
 Muy Señor mío: Desde el 4 por la tarde que llegó aquí de Budapest el Príncipe Alfredo de Windischgraetz con el encargo de formar el Ministerio de

coalición, el Príncipe trabaja para lograrlo, pero el Ministerio no está aún constituido, tales son las dificultades que ocurren en la elección de personas a quienes sean confiadas las carteras ministeriales con beneplácito de los tres partidos coligados. Nace esto principalmente de la desconfianza que los liberales alemanes y los conservadores mutuamente se inspiran. De esperar es, no obstante, que el Príncipe tarde ya poco en vencer esta desconfianza y en formar por completo su Ministerio.

En mi sentir, y hasta donde yo alcanzo y creo comprender las cosas de aquí, la coalición duradera, y, si fuese posible, la fusión de los dichos dos partidos, produciría un partido casi nacional: un partido *austríaco*. Los grandes Señores, aunque de raza alemana muchos de ellos, son los más interesados en que haya una Monarquía de Austria, y la burguesía, y la pequeña nobleza de origen y lengua alemanas tienen el mismo interés porque se distinguen bien y quieren seguir distinguiéndose de los demás alemanes, y reconocen o ponen un sello característico, especial y muy distinto en la población de por aquí que en la de la Alemania del Norte, y consideran que más que Berlín vale Viena, cuyas costumbres, artes, usos y carácter, hacen resaltar con grandes encomios.

Estos sentimientos, de conveniencia y afecto, comunes a conservadores y a liberales alemanes, deben unirlos, haciendo que la alta aristocracia se democratice un poco y ceda algo de sus privilegios, y que la burguesía alemana desista de predominar demasiado sobre las demás razas, teniéndolas bajo tutela. El predominio era fácil cuando los alemanes de Austria caían sobre dichas razas con todo el peso y la presión de los demás alemanes, entre los cuales prevalecía y descollaba Austria en la Dieta de Francfort. Hoy, con un Imperio alemán aparte y al lado, los ocho millones de alemanes de Austria, dado que no quieren irse con los otros alemanes, tienen que resignarse, como ya se resignaron respecto a los húngaros, a no valer ni importar mucho más en esta heterogénea Monarquía que los checos, por ejemplo, que son cinco o seis millones.

Hay una parte de los alemanes que tal vez no comprende su situación y no se hace cargo de que están en minoría, a no ser que aspiren a irse con los Hohenzollern y sean infieles a los Habsburgos, y éstos componen el partido alemán nacionalista, que anhela imponerse, y que ya está en oposición contra los coligados, como la prueba del *meeting* que, hace tres días, celebraron en uno a modo de teatro-café-cantante, llamado Bonacher.

Como quiera que sea, los alemanes nacionalistas, movidos por un descontento y exigente germanismo, serán capaces de unirse, en odio a la coalición, con los antisemitas y con los demócratas sociales.

La coalición y el Gobierno que de ella nazca tendrán que contemporizar y transigir con las exigencias de las otras razas y lenguas y seguir además en política cierto ecléctico moderantismo. A ello podrá cooperar sin gran dificultad el partido de los polacos, bien avenidos con Austria. Su odio a los rusos impide que ni remotamente sean paneslavistas, y el haberse dividido su nación entre tres potencias poderosas les roba la esperanza y hasta el deseo de recobrar la antigua y gloriosa independencia. Unidos a Austria prevalecen además sobre los rumanos y los rutenos que en cierto modo sufren su yugo.

Por las razones que dejo apuntadas, me parece conveniente a estos Estados, y hasta factible, que se forme pronto el Ministerio de coalición, si los

liberales alemanes se contentan con dos carteras, una de las cuales, la de Hacienda, se da casi por seguro que la tendrá el señor Plener, y, si se da la cartera de Instrucción pública a un alemán, para que los alemanes se satisfagan, ya que la ciencia es más alemana que polaca o que tcheca; y es menester que sea también muy conservador el nuevo ministro para que los conservadores clericales o ultramontanos no se escandalicen ni pongan el grito en el cielo.

Claro está que los liberales deben ser modestos y no pedir demasiado. Sin duda que han contribuido a derribar al Conde de Taaffe, pero ha sido en nombre de principios conservadores y casi bajo la enseña de la reacción.

Tan evidente es esto, que el triunfo de los reaccionarios aquí ya ejerce influencia en Hungría. Parece anómalo que haya allí un Ministerio tan liberal como el de Wekerlé estando aquí a punto de formarse un Gobierno algo reaccionario, por donde tal vez sobrevenga crisis Ministerial en Hungría y la ley del matrimonio civil no pase.

En sus aspiraciones germanizadoras el Ministerio de Windischgraetz, si como creo, llega a formarse, no cabe duda que será muy moderado, de suerte que descontentará a los nacionales alemanes, pero no contentará a los jóvenes checos ni acaso a gran parte de los *viejos*, que irán con los jóvenes, como han empezado a hacer los de Moravia. Por esto y por otros indicios hay quien supone que contra el Ministerio que trata de constituirse va a haber una liga de todos los eslavos de esta parte cisleithana, salvo los polacos, los cuales, a pesar de su brillante florecimiento en letras y en artes, viven muy sumisos a Austria y apoyan siempre o casi siempre al Gobierno.

No impide lo dicho que la cuestión de nacionalidades sea aquí muy grave. Los checos dan y han de dar mucho que hacer; y recientemente ha surgido otra cuestión, a la cual se concede o se aparenta conceder aquí escasísima importancia, pero que, en mi opinión, la tiene de sobra. Hablo del movimiento unificante de los eslavos del sur, dentro y fuera de Austria. Croatas, serbios, dálmatas, bosniacos, herzegovinos y montenegrinos, todos se consideran la misma nación y la misma gente. Es un paneslavismo meridional. Desde hace más de un siglo se funden sus varios dialectos en una sola lengua literaria en la que escriben políticos, poetas, novelistas e historiadores. Sus obras son muy celebradas por los mismos alemanes. Los serbios, reúnen, ilustran, comentan y publican además todos sus hermosos cantos épicos populares, con los que pretenden que sólo rivaliza en Europa nuestro Romancero; hacen gala de sus antiguas crónicas y leyes del tiempo de su independencia y poder bajo el cetro de los propios zares; y adoptan como herencia nacional o castiza todo el rico producto del gran desarrollo intelectual y de la brillante cultura, que, por reflejo y en competencia de Venecia, hubo en la República de Ragusa, durante dos o tres siglos y principalmente en la época del Renacimiento. Alentados con esto, los serbios tal vez sueñan, si no conquistar el mundo, como los antiguos macedonios de quienes se juzgan parientes, renovar el Imperio que tenían en la Edad Media y que destruyeron los turcos. Ello es que hay muchos periódicos serbios que tratan mal a Austria y la insultan y que se envían agitadores y propagandistas de la idea paneslava del sur a Bosnia y a otras comarcas de esta Monarquía pobladas por gente de dicha casta.

Los periódicos de aquí formulan quejas contra los del Reino de Serbia, de quienes salen a la defensa algunos periódicos rusos. El Gobierno austríaco

co ha dirigido también quejas al Gobierno del Reino de Serbia y aun a su mismo Monarca, quien naturalmente se disculpa pero nada impide.

Quejas y recelos por el estilo, aunque en menor grado, infunden los rumanos súbditos de Austria con relación a los rumanos independientes.

Hay que reconocer, no obstante, que a todas estas dificultades y síntomas de mal agüero, se sobrepone, allanándolos y disipándolos, la fuerza de cohesión que prestan a tantas razas diferentes, el poder y la grandeza de los Estados vecinos, que se diría unen este Imperio y lo consolidan como si le tuviesen en prensa. Por estas circunstancias, por la superior disciplina social que hay en los pueblos del centro y norte de Europa, y por el respeto y afecto que infunde el Emperador, éste es árbitro de todo, y en último término, cuando se canse de aguardar que de las conferencias y contemplaciones del Príncipe de Windischgraetz salga el Ministerio, designará él quienes han de ser los Ministros y tal vez haga que su Presidente, variando, cuando sea conveniente, de compañeros, dure tanto o más que el Conde de Taaffe.

Para contentar a las diversas comarcas y gentes se nombrarán los Ministros sin cartera que sea menester, y, para no descontentar ni a los conservadores alemanes que quieren un conservador, ni a los liberales alemanes que quieren un liberal en Instrucción Pública, se echará mano acaso para tal empleo, a pesar de lo germánica que es la ciencia, de un Ministro polaco, que sea neutral y anodino. El polaco que se designa para representar este papel tiene un apellido casi impronunciado por labios españoles. Se llama el señor de Bobrzynski.

Así como se prevé que el Emperador aparecerá, cual *Deus ex machina*, para terminar aquí la crisis ministerial, se sabe ya que ayer evitó la de que el Reino de Hungría estaba amenazado, dando su previa sanción, incondicionalmente, a la Ley del matrimonio civil, la cual, autorizada y corroborada de esta suerte, es casi seguro que pasará en las Cámaras, a pesar de la oposición que tenía en la de los Magnates.

Creo que el Presidente de dicha alta Cámara que tiene ya 92 años, se retirará de su puesto, y en su lugar irá a colocarse el que es Ministro de Gracia y Justicia, autor de la tan discutida ley del matrimonio civil. Todo ello induce a pronosticar en Hungría el triunfo del Ministerio de Wekerlé y su persistencia.

Dios guarde a V.E. m^s. a^s.
 Viena 9 de noviembre de 1893
 Excmo. Señor
 B. I. m. de V.E.
 su atento seguro servidor
 Juan Valera

Embajada de España
 en Viena
 N.º 140. Sección 1.ª

Excmo. Señor:

Muy Señor mío: En la Real Orden de V.E. n.º88 se me piden noticias sobre la instrucción pública en general en esta Monarquía y muy especialmente

sobre la Segunda enseñanza. Mucho hay que decir acerca de todo ello, y no es posible que sea asunto de un solo Despacho. Empezaré, pues, en éste, por dar algunas ideas generales, y en otros Despachos sucesivos ampliaré las noticias, enviaré algunos documentos y entraré en aquellos pormenores que me parezcan más útiles y de mayor aplicación entre nosotros.

Yo supongo que en el Reino de Hungría ha de estar organizada la instrucción pública sobre poco más o menos como en Austria, pero como hasta ahora sólo de Austria tengo datos, de Austria sólo hablaré, dejando el hablar de Hungría para más adelante.

Administrativamente depende aquí la Instrucción pública del Ministro del Culto y de dicho ramo.

No hay propiamente Consejo de Instrucción pública organizado como en España, pero se llaman Consejeros algunos de los principales empleados del Ministerio, y hay además otros personajes, profesores muchos de ellos, que vienen a ser veinticuatro, a los cuales sin duda se les consulta.

Hay también una Dirección central para la publicación de los libros de texto. Esta Dirección se bifurca en dos; una en Viena, sin duda para los libros de texto en alemán, otra en Praga, para los libros de texto en checo.

Hay una comisión central para los asuntos de Instrucción industrial. Ésta tiene en cierto modo la forma de un consejo, y no debe depender enteramente del Ministerio de Instrucción pública, ya que los asuntos en que se emplea interesan a tres Ministerios. El Presidente de la comisión está nombrado por el Ministerio de Instrucción pública, pero hay un representante o defensor del Ministerio de la Gobernación y otro del de Comercio, por interesar la industria a ambos.

Los individuos de este Consejo, además del Presidente y de los dichos representantes o defensores, son veinticuatro, sin incluir nueve inspectores de los establecimientos de Instrucción Industrial, que en cierto modo deben formar parte del Consejo y son en él como ponentes.

En cambio, hay un consejo regional de Instrucción pública en cada una de las regiones o provincias en que el Imperio de Austria se divide, y, asimismo, en cada una de estas regiones, hay un cierto número de Inspectores regionales. En muchas no pasan de dos, en algunas llegan a diez. Consejos, pues, e inspectores regionales hay en Austria superior, Austria inferior, Salzburgo, Estiria, Corintia, Carniola, Tierra de la Costa, Tirol, Vorarlberg, Bohemia, Moravia, Silesia, Galitzia, Bucovina y Dalmacia. Los inspectores regionales tienen a sus órdenes a los inspectores de distrito, que son muy numerosos.

La Instrucción primaria es obligatoria y supongo que gratuita, desde la edad de seis a catorce años, para ambos sexos. En números redondos puede calcularse que, en toda la Monarquía Austro-húngara, hay 35.000 escuelas, donde aprenden a leer y escribir y los primeros rudimentos de varias ciencias y artes cerca de cinco millones de seres humanos.

El sostenimiento de las escuelas varía según las regiones. Ya es el municipio, ya la región o provincia quien las sostiene. Muchas están subvencionadas por el Estado.

En estas escuelas de primeras letras se enseña en diversas lenguas, según las regiones. En Austria hay más de 7.000 escuelas donde se enseña en alemán; cerca de 4.400 en checo; 4.200 en otras lenguas eslavas; 850 en italiano; en rumano 80; y 458 en muchas lenguas a la vez. En Hungría, en la mayor

parte de las escuelas se enseña en magiar; en 4.800 en otras lenguas, y en unas 2.500 en varias lenguas a la-vez.

La segunda enseñanza es aquí la más importante de todas y dura más que en España. Hay dos clases de escuelas públicas en que esta enseñanza se da: unas de estas escuelas se llaman gimnasios; las otras se llaman escuelas reales. La duración de los estudios es de ocho años en los gimnasios y en las escuelas reales de siete.

El método es enteramente distinto que entre nosotros. No me atrevo a decir resueltamente si es mejor o peor, pero yo me inclino a creer que es mejor, aunque requiere mucho mayor número de profesores. En España, en cada año o curso se estudian cierto número de asignaturas; los estudiantes se examinan, y, si salen aprobados, no se vuelven ya a ocupar de lo que estudiaron aquel año, por donde suele suceder que lo que se aprendió precipitadamente para salir bien en el examen en el año primero, al llegar a estudiar el quinto, ya se ha olvidado por completo, a no ser que el estudiante tenga afición a la materia, la cultive por sí mismo y la acabe de aprender autodidácticamente.

Aquí, se proponen con la segunda enseñanza crear, digámoslo así, al hombre culto de dos maneras.

Si se ha de consagrar a las ciencias morales y políticas se da más importancia y más cabida en el plan a cierto género de estudios, y si se ha de emplear en industria, comercio u otra clase de profesión que tenga más relación con las ciencias matemáticas y naturales, se da más amplitud y cabida al estudio de estas disciplinas. Pero, en unas y en otras escuelas se empieza a estudiar en los primeros años todas las materias que allí se estudian y se siguen estudiando hasta el último año con todo el desenvolvimiento que en sí tienen.

En unas y en otras escuelas se estudian la lengua alemana, cierto número de lecciones semanalmente, y durante los siete o los ocho años. En este estudio de la lengua va incluido el conocimiento crítico de los autores, la historia de la lengua misma, el estudio de sus monumentos literarios en todas las edades, desde el *Nibelungenlied* y los *Minnesingers* hasta las producciones más recientes.

Como aquí se hablan muchos idiomas y algunos de éstos son nacionales, oficiales y literarios y tienen también su historia y su literatura, se estudian en lugar del alemán o al mismo tiempo que el alemán en los gimnasios y escuelas que no son alemanas o que no son por completo alemanas.

Lo mismo ocurre con la religión. Se enseñan todas las doctrinas religiosas de las diferentes confesiones cristinas y de la religión judaica. Los alumnos estudian la doctrina en todo su desenvolvimiento, habiendo dos lecciones por semana, durante los ocho años que duran los estudios. En las escuelas reales pasa lo mismo, salvo que en los tres últimos años sólo hay una lección semanal.

En los gimnasios se estudia, con la misma amplitud y detenimiento que las asignaturas anteriores, el griego y el latín. El latín durante los ocho años, el griego durante seis, empezándose en el tercero. En las escuelas reales, en cambio, no se estudia ni griego ni latín, pero se estudian lenguas modernas. La francesa durante los siete años, a razón de cinco lecciones por semana en el primer curso, cuatro lecciones en los segundo y tercer grado y tres lecciones en los cuatro cursos restantes. La lengua inglesa se estudia durante los tres últimos cursos, dándose tres lecciones por semana.

La geografía y la historia se enseñan en las escuelas reales menos fundamentalmente que en los gimnasios; pero, en cambio, la física y la química y singularmente las matemáticas se enseñan con mayor extensión. En las escuelas reales se dan además, durante los dos primeros años, lecciones de caligrafía; durante los seis últimos, lecciones de dibujo geométrico; durante todos los años y con mucha extensión, lecciones de dibujo artístico.

En los gimnasios, las cátedras a que el alumno tiene que asistir son seis durante los dos primeros años, cuando aún no estudia griego; siete durante los cuatro años que siguen; y, en los dos últimos años, ocho, porque en ellos estudia el alumno la *propedéutica* de la filosofía, que en las escuelas reales no se estudia. El total pues de los estudios en los gimnasios es: 1.º religión; 2.º latín; 3.º griego; 4.º alemán; 5.º geografía e historia; 6.º matemáticas; 7.º historia natural, física y química; y 8.º *Propedéutica* de la filosofía, aunque esta última disciplina entra en las matemáticas elementales como su complemento y corona. Así es que la lógica se estudia en el 7.º año, cuando ya está el alumno en la geometría analítica y en las secciones cónicas; y en el años 8.º y último se estudian, a par de la recapitulación de todas las matemáticas anteriormente estudiadas, las potencias o facultades del alma, o dígase psicología experimental.

El tiempo de la enseñanza está tan hábilmente repartido y combinado que, cuando para la inteligencia o ejercicio de cualquier parte de una ciencia se requiere el conocimiento previo de una parte de otra, ya esa parte se ha estudiado en el curso anterior. De esta buena repartición resulta también que un solo profesor puede enseñar para tres años o clases, y que todas las materias de cada año o curso vengan a importar veinticuatro o veinticinco lecciones por semana. El alumno, por consiguiente, quedando en libertad el Domingo como día de reposo, sólo tiene en los otros días cuatro lecciones diarias, o sea cuatro horas, y, suponiendo que estudia otras cuatro, siempre le quedan dieciséis horas al día para dormir, comer, divertirse y cuidar del aseo e higiene de su persona. A este último fin en muchos gimnasios y en casi todas las escuelas reales hay maestros de gimnasia y los ejercicios de este arte tan útil para la salud y robustez del cuerpo se siguen también progresivamente durante los siete o los ocho años que dura la educación, habiendo dos lecciones por semana.

El gimnasio se divide en infra y supra-gimnasio. Cada uno de éstos abarca un período de cuatro años.

He tenido la curiosidad de sumar el número de alumnos de los gimnasios sólo en Austria, y, según el Anuario de Instrucción pública de 1893, resulta un total de 57.678.

Los gimnasios de todas clases serán en Austria unos 180. Digo de todas clases, porque hay varios que sólo son infragimnasios, donde supongo que no se estudian más que los primeros cuatro años. En cambio, hay bastantes que se llaman gimnasios reales, donde entiendo que se estudia también como en las escuelas reales.

Por su origen e historia se diferencian estos gimnasios. Unos fueron fundados por los jesuitas, otros por los benedictinos. En el día están subvencionados o costeados por los municipios, las diputaciones provinciales o por el Estado, cuando no tienen rentas propias. Las escuelas reales vendrán a ser 80. Hay además ocho o nueve liceos donde las mujeres reciben algo parecido a la segunda enseñanza.

En la mayor parte de los gimnasios la lengua que sirve para enseñar es el alemán, pero hay muchos donde se enseña en otros idiomas. En unos 40, se enseña en checo, como en Praga, Tropau, Olmütz, Tabor, Taus, Raudink, Pilsen, Pisek, Caslau, y Chrudim. En más de veinticinco se enseña en polaco, como en Cracovia, Tornopol, Sambor, Sanok, Estanislao, Joroslao y Bochnia. En ruteno se enseña en Lemberg, y también en otros puntos, alternando con el polaco. Se enseña el italiano en los gimnasios de Capo d'Istria, Trieste, Roveto, Zara y Trento. En serbocroata se enseña en los gimnasios de Ragusa, Spalato y Cattaro. Hay varios gimnasios donde se enseña en esloveno, pero casi siempre alternando con el alemán. Por último, en Zuczawa, además de enseñarse en alemán, se enseña en rumano.

Dios guarde a V.E. muchos años
Viena 23 de diciembre de 1893.

Excmo. Señor:
B. l. m. de V.E.
su atento seguro servidor
Juan Valera

Embajada de España
en Viena
N.º 50. Sección de Política

Excmo. Señor:

Muy Señor mío: Apenas de vuelta de Madrid en esta gran capital he tenido ocasión de ser en cierto modo testigo de muy notables acontecimientos que, si bien ocurridos principalmente en la otra capital de esta doble Monarquía, han tenido aquí mucho eco, han producido grande impresión y han dado motivo a muy diversos comentarios. Me refiero a la crisis ministerial que ha habido en Hungría y de la que, como los periódicos con sus telegramas y artículos se adelantan y circulan tanto en el día, poco podré decir que a V.E. le parezca nuevo, si no atino a exponer en su conjunto, en resumen y de un modo claro, los más importantes sucesos.

A lo que parece, el promovedor involuntario de la crisis fue el fogoso y elocuente Ministro de la Justicia Desiderio Szilagyí, el cual, defendiendo en la Cámara de los Magnates el proyecto de ley de matrimonio civil de que es autor, hubo de amenazar a los que se oponían con una hornada de nuevos Magnates hereditarios que aumentasen el número de los individuos de aquel cuerpo colegislador y lograsen así que la ley fuera aceptada. Sin duda los Magnates de la oposición no hicieron caso de la amenaza, y entonces el Doctor Alejandro Wekerlé se creyó obligado a pedir al Emperador, Rey de Hungría, que la amenaza se cumpliera.

Con el tino y con la singular prudencia que todos aplauden aquí y que Él muestra siempre, el Emperador no quiso ceder a esta exigencia y sentar un precedente tan malo y tan peligroso. De aquí la dimisión de todo el Ministerio, que inmediatamente fue aceptada.

Es muy de maravillar la imprevisión candorosa del Ban de Croacia, Conde Khuen Hedervary, que, sin entenderse previamente con nadie y sin contar con la promesa formal de personas idóneas que le ayudaran, creyó que po-

dría y aceptó el encargo de formar nuevo Ministerio, dentro del mismo partido liberal y con idéntico programa, o sea para sostener en ambas Cámaras y hacer pasar el proyecto de ley de matrimonio civil. El desengaño del Ban de Croacia no ha podido ser más lastimoso, ni el partido liberal ha podido mostrarse en parte alguna más compacto, más unánime y mejor disciplinado que en Hungría, en las circunstancias actuales. La caída de Wekerlé y de sus colegas ha sido el más brillante triunfo para todos ellos: han caído entre todos los aplausos y los *Eljens* de todos los de su partido; aplausos tan estrepitosos, que no parecía que era un solo partido, sino que el pueblo entero los daba. El Doctor Wekerlé se mostró de resultas más engrandecido y poderoso que antes y como verdadero dueño de la opinión en Hungría. Naturalmente nadie quiso ser Ministro con el Ban de Croacia, el cual tuvo que retirarse maltrecho y harto poco lucido a su Banato.

El Rey de Hungría había acudido a Budapest desde el principio de la crisis y no bien vio el mal éxito del Conde Khuen Hedervary, se allanó a llamar de nuevo al Doctor Alejandro Wekerlé para que formase Ministerio, con tanta más razón cuanto que lo que el Rey no quería era crear nuevos Magnates, pero sí quería y quiere las reformas político-religiosas. Contra ellas, sin embargo, así como contra el partido liberal húngaro, hay aquí, según he oído decir a personas bien informadas, no pequeña enemistad y oposición entre los cortesanos y palaciegos, asegurándose haber llegado a punto de que, cuando vieron a Wekerlé caído, enviaron por telégrafo muchas felicitaciones a los Magnates húngaros opositoristas; y no creo que este modo de pensar y de sentir de la aristocracia austríaca provenga tanto de religiosidad como de resabios áulicos y absolutistas. Como quiera que sea, pronto tuvieron que desengañarse, con más radical desengaño que el del Ban de Croacia, cuando vieron que Wekerlé era llamado de nuevo por el Emperador. Quedaba, después de esto, una gran dificultad que ha retardado no poco el feliz desenlace y resolución de la crisis, y que ha estado a punto de promover un temeroso conflicto, del cual se ha salvado la nación húngara merced sin duda a la paciencia, juicio y magnanimidad del Emperador y al buen instinto político, discreción y habilidad de los prohombres del liberalismo húngaro.

El doctor Wekerlé no quería, ni podía, formar nuevo Ministerio sin que Desiderio Szilagyi volviera a ser Ministro de Justicia; pero el Emperador accedió a todo, menos a que el dicho Disideri Szilagyi volviese a tener la cartera.

En virtud de este desacuerdo, los reaccionarios y los ultra-católicos más o menos sinceros, volvieron a tener esperanzas de que el partido liberal no se alzase de nuevo con el poder. Por fortuna, el Doctor Wekerlé, impulsado a ello por el mismo Szilagyi, que no quería ser causa de tanto daño, se resignó al cabo a formar Ministerio sin contar con él, por más que considerase que hacía con esto un enorme y doloroso sacrificio en aras de la paz pública. Entre tanto, en el club del partido liberal de Budapest, se reunieron todos los más notables personajes de dicho partido, bajo la presidencia del señor Podmanitzki, y en aquella asamblea, el diputado Ignacio Daranyi hizo una declaración solemne, que fue aceptada por unanimidad por todos los allí presentes. Esta declaración era un modo de satisfacer por completo ciertos escrúpulos naturalísimos y justos de dignidad personal que pudiera tener el Emperador, y que acaso tenía, contra algo que en su sentir podía menoscabar las atribuciones y prerrogativas de su Corona. Lo que declararon solemnemente los diputados todos, fue el indisputable derecho que S.M. tenía a

no aceptar por Consejero a nadie que no tuviese su plena confianza, y, además, que ninguno de ellos había tenido jamás idea, propósito ni intención de negar, de mermar o de oponerse en lo más mínimo a un derecho tan constitucional, tan fundamental, y tan justo.

Después de la devoción con que Wekerlé se había resignado a no contar con Szilagyi, después de saberse bien que Szilagyi deseaba este sacrificio, y después de la finura y cortesía de los diputados liberales en el club, el Rey de Hungría quiso competir con ellos, y aun vencerlos, en generosidad y grandeza de alma y accedió a que Szilagyi volviera otra vez a ser Ministro. Así ha tenido la crisis una resolución dichosísima, que ha sido recibida con grandes aclamaciones de júbilo, «Eljens a Kiraly», en todos los clubs del partido liberal de Hungría.

Claro está que aquí se habla de lo que los liberales y algo libre-pensadores entienden y sienten, pero justo es notar que en este país, así como hay muchas nacionalidades e idiomas distintos, hay también distintas opiniones políticas y religiosas, y que lo mismo que a muchos les parece bien, a otros les parece detestable y vitando. La alta clase de la sociedad no creo que despunte aquí en el día por muy religiosa, pero suele aparentar religión por moda y por elengancia, y en el pueblo bajo, sobre todo entre los húngaros, hay fervorosa religión, y a veces hasta fanatismo. No se ha de extrañar, por consiguiente, que censuren muchos, con más o menos sigilo, al Emperador de que se liberalice y se descristianice demasiado, lo cual no está muy en consonancia con su papel de Rey Apostólico, sucesor nada menos que de San Esteban; y hasta he oído decir que algunos húngaros de la baja plebe, que viven aquí en Viena, atribuyeron la horrible pedrea de granizo que hubo el otro día y que ha destruido árboles y sembrados y roto cristales por valor de seiscientos mil florines, a castigo del cielo porque S.M. favorece a los impíos y protervos que quieren convertir un sacramento de la Iglesia en un mero contrato humano.

No sé, ni comprendo bien hasta ahora, qué seguridad podrá tener el Emperador, y podrá haber dado al resucitado Ministerio, de que los Magnates amainen en su oposición y venga al fin a ser ley el tan discutido, hasta ahora, por los ultracatólicos, y tan odiado proyecto. Es de creer, empero, que los Magnates, al ser ya más evidente y clara que nunca la decisión de S.M.I. y R., mitiguen su odio al proyecto de ley, y, si no se revotan, se abstengan de votar, y de este modo el proyecto pase.

Es probable que el nuevo Ministerio se presente mañana, ya formado, en ambas Cámaras de Budapest. Algunos de los Ministros son los mismos que antes. Otros han entrado nuevos por haberse retirado, por cansancio o poca salud, varios de los que antes lo eran. El Doctor Alejandro Wekerlé tiene la Presidencia y la Cartera de Hacienda; la del Interior, Carlos Hieronymi; la de Comercio, Bela Lucaks; la de Cultos e Instrucción Pública, el Barón Laurent Eötvös; la de Guerra, Geza Fejervary; la de Croacia, Emerico Gosopovich; y la de Justicia, Desiderio Szilagyi. Es Ministro *a latere* el Conde Luis Tisza, y aún no sabemos quién será Ministro de Agricultura: acaso el Conde Alejandro Apponyi.

Este último señor, aunque joven, es sujeto ya muy conocido. Hijo del antiguo Embajador de Austria en París, primo del jefe del partido nacional, Conde Alberto de su mismo nombre, y en la Cámara de los Magnates el único de su familia que ha votado en favor de las reformas políticos-religiosas.

Acaso en lugar de Tisza sea Ministro *a latere* el Conde Julio Andrassy, tan joven aún que apenas tiene treinta y cuatro años, hijo primogénito del antiguo Ministro de Negocios Extranjeros del mismo nombre y apellido, y que ha seguido la Carrera diplomática, sirviendo en las Embajadas en Berlín y en Roma.

El Ministro de Instrucción Pública es también nuevo, hijo del que fue Ministro de la misma Cartera, José Eötvös. Es catedrático en la Universidad de Budapest. Ha estudiado en Heidelberg y en Koenigsberg y ganó la orla doctoral de Filosofía *suma cum laude*. Discípulo de Hehnholz, ha popularizado sus doctrinas, traduciendo en húngaro alguna de sus obras. Es Presidente de la Academia de Ciencias de Budapest, yerno de Baltasar Horvart, el que fue Ministro de Justicia, y cuñado del actual Ministro de Hacienda de Austria doctor de Plener.

El nuevo Ministerio desplegará inmediatamente su actividad y presentará en ambas Cámaras, no sólo los proyectos de ley para las reformas político religiosas, sino varios proyectos de Hacienda, entre ellos el de ratificación del tratado de comercio con Rusia.

Nada puede afirmarse aún sobre el éxito definitivo del doctor Wekerlé. Los ultra-católicos no desmayan y se aperciben de nuevo a la pelea. Cada cual comenta según le conviene las conferencias que el Emperador ha tenido con los Magnates clericales. De uno de estos se dice que, derramando lágrimas abundantes, se negó a los deseos del Emperador de que no combatiese el matrimonio civil y declaró que estaba comprometido a combatirle y no podía faltar a su palabra empeñada.

Hay, por el contrario, periódicos que afirman que el Emperador siguió mostrándose neutral en las conferencias que con los Magnates clericales ha tenido, y que ni a los Condes Geza Szapory y Andrés Csekonick ni a ningún otro ha intentado S.M. inducir a que desistan de su opinión. La prensa clerical espera, pues, un nuevo triunfo, y aun afirma que el proyecto de ley del matrimonio civil será desechado por 32 votos en la alta Cámara.

Sea cual sea el desenlace final, lo que, por lo pronto, pasma a todos los políticos es el poder del partido liberal en Hungría, que, en virtud de su briosa unidad se impone y predomina, elevando la nacionalidad húngara y excitando los celos y moviendo la emulación de los eslavos del sur y de los checos, quienes tal vez aspiren a convertir el dualismo en cuádruple o quíntuple confederación de Estados con un solo Soberano.

No me queda que añadir por hoy sino que el Conde Kálnoky se muestra ajeno a las contiendas de Hungría y que ha hecho desmentir lo que se aseguró de que estaba resuelto a abandonar su puesto si Desiderio Szilagyí volvía al que ocupaba y ya otra vez ocupa.

Dios guarde a V.E. muchos años
 Viena 11 de junio de 1894
 Excmo. Señor
 B. l. m. de V.E.
 su atento seguro servidor
 Juan Valera

Embajada de España
en Viena
N.º 51. Sección de Política

Excmo. Señor:

Muy Señor mío: el 11 por la noche recibí el telegrama de V.E. participándome la muerte del Sultán de Marruecos y las dificultades que podían sobrevenir con este motivo. De acuerdo con lo que V.E. me prescribía acudí, al día siguiente, ayer, martes, a ver y a hablar con el Conde de Kálnoky sobre el caso: pero, como este Señor, aunque se mostró, según acostumbra, decidido en favor nuestro, nada me dijo de muy interesante ni de muy luminoso, no consideré necesario telegrafiar a V.E. para decirle sólo vaguedades, y para aconsejarle en nombre de este ilustre hombre de Estado, lo que ya V.E. había hecho o estaba haciendo. Más que consejo para V.E. lo que el Conde Kálnoky me dio fue aprobación y aplauso. Según él, a fin de evitar desavenencias en Europa conviene que las Potencias, interesadas en los asuntos marroquíes, obren de concierto, reconozcan al Sultán Abdel Aziz, y procuren conservar el *statu quo* en aquel Imperio. Conviene, asimismo, que acudan buques de guerra a Tánger y a otros puertos para defender las haciendas y las vidas de los europeos allí establecidos.

Lo único sustancial que el Conde Kálnoky me dijo es que, a su vez, Alemania nos secundaría de buen grado, añadiendo que Italia e Inglaterra estarían también con nosotros, y que Francia, muy empeñada hoy en otras cuestiones, como la de Siam y la del Congo, no era verosímil que intentase perturbarnos con pretensiones o planes contrarios a nuestra política y al legítimo derecho y más legítimo influjo que nos deben dar allí la posesión de los presidios y no pocos antiguos y recientes acontecimientos históricos.

Prometió, por último, el Conde estar a nuestro lado en toda acción que se ordenase a los expresados fines a interponer sus buenos oficios para que el gobierno alemán nos fuera propicio igualmente.

Anoche recibí nuevo telegrama de V.E. y haré por ver al Conde de Kálnoky para conferencia con él sobre su contenido. Si las palabras del Conde tuviesen bastante importancia para participarlas por telégrafo, por telégrafo las participaré, reconociendo yo, de todos modos, que es indispensable hablar del particular a este Gobierno y ganar su voluntad y tenerlo contento, aunque ni con auxilio ni con consejo nos valga gran cosa, si hemos de hablar con más franqueza que diplomacia, y en estilo más llano que cancelleresco.

Dios guarde a V.E. muchos años
Viena 13 de junio de 1894
Excmo. Señor
B. l. m. de V.E.
su atento seguro servidor
Juan Valera

Embajada de España
en Viena
N.º 100. Sección de Política

Excmo. Señor:

Muy Señor mío: El 17 del próximo pasado mes de septiembre empezaron sus trabajos las Delegaciones, reunidas, este año, en Budapest, y las han terminado el 7 del presente mes de octubre. Digna de aplauso, de envidia y hasta de admiración es la prontitud con que una asamblea deliberante, doble, como es la que forman las Delegaciones, discute y aprueba los asuntos más importantes y trascendentales de dos Monarquías confederadas y juntas bajo el mismo cetro. Las relaciones todas con las naciones extrañas, el número y organización de las fuerzas militares de mar y tierra, las sumas que uno y otro país tienen que dar y consagrar a este objeto, y el gobierno y administración de las extensas provincias o regiones, que sin depender ni de Austria, ni de Hungría, están sometidas a la casa de Habsburgo y ocupadas hoy por soldados del ejército Imperial y Real, todo ha sido objeto de examen para la asamblea mencionada, la cual, casi sin oposición, ha encontrado bien la conducta del Gobierno común, y sin enmendar ni escatimar lo más mínimo ha aceptado y hecho valedero el presupuesto de gastos para el año de 1895.

Y digo que ha sido todo casi sin oposición, porque la que se ha hecho parecía las más veces artificio retórico, ya para cumplir compromisos de partido, ya para hacer gala de elocuencia, y dar ocasión a que el Gobierno y los amigos del Gobierno en la defensa y apología que hicieron pusieran más de realce su capacidad y su tino o demostrasen mejor la imposibilidad de acceder a ciertas pretensiones o exigencias exageradas. Hay en mucho de esto un tan inocente candor que nos pasma por lo poco o nada que entre nosotros se estila. Así, por ejemplo, los deseos tan enérgicamente manifestados por el Presidente de la Delegación austríaca, Señor barón Chlumecky, de que se llegue pronto al desarme, deseos que ahogó al punto el convencimiento de que por ahora se necesitan más soldados, más barcos, más aprestos bélicos, pólvora sin humo y otras invenciones, y que por consiguiente, tiene el país que dar el año que viene, cuatro millones más de florines para estar más armado todavía. Al discutir esto, volvieron a encarecerse en todos los tonos las ventajas de la Triple Alianza, lo útil y hasta lo indispensable que es para la paz de Europa, y cuánto se van persuadiendo de tan notoria verdad y reconociéndola y confesándola aquellas mismas naciones contra las cuales se ordena, a lo que parece, la Triple Alianza, como son Francia y Rusia. En este concierto de encomios sólo disonaron las voces, si briosas ineficaces, de los jóvenes checos que detestan a los alemanes y no gustan de los italianos y que desean y piden amistad con los franceses y los rusos. Pero hartos saben todos que en este caso la política exterior es un pretexto. Los jóvenes checos refrenarían sin grande esfuerzo su amor a Francia y desistirían de toda propensión a fraternizar con los rusos, a quienes consideran más que eslavos tártaros y tchudos y en todo caso eslavos menos nobles, menos puros y menos gloriosos y conocidos en la historia hasta época reciente, si lograsen hacer triple esta doble Monarquía, conquistando en ella la posición autonómica que los húngaros tienen. Este deseo es natural y está justificado por el dualismo y cada vez más aguijoneado desde que el dualismo se estableció. ¿Por qué los checos han de ser menos que los magiars? En Bohemia, Moravia y Silesia

son cerca de cinco millones de hombres, ricos por la industria y la agricultura y la fertilidad del suelo que ocupan; con mayor ilustración y saber general, como consta de los datos estadísticos, que los habitantes de las demás regiones de Austria y de Hungría; con un brillante pasado que los historiadores novísimos han evocado y puesto en evidencia; y con el notable florecimiento en letras y artes de que dan claro testimonio sus poetas y músicos de este siglo. Las aspiraciones, pues, de los jóvenes checos están explicadas, cuando no disculpadas; y como la emulación y el ejemplo de los húngaros los agujonean de continuo, no será fácil que este Gobierno común las aquiete y calme mientras no las satisfaga. ¿Quién sabe? Acaso no tarde mucho Austria en tener que satisfacerlas, reconociendo que en su conjunto es más eslava que germánica. Por dicha, en mi sentir y para bien de esta dinastía imperial, y para seguridad futura de su dominio, aun cuando falte el prudentísimo Príncipe que reina hoy y que es tan respetado y querido, a los checos, jóvenes y viejos, les sucede como a los magiares; no hay atracción alguna que tire a sacarlos fuera de la órbita en que hoy giran y todo razonable discurso los convida e induce a seguir formando parte de este poderoso aunque heterogéneo Estado de la Europa central.

Entre algunas razas, tribus y lenguas de las muchas que le constituyen dista infinito de acontecer lo mismo: hay la atracción exterior, la fuerza centrífuga, un *irredentismo* más o menos o dormido y latente o descubierto y activo. El de los austro-italianos de Trieste, de Trento y de otros puntos, se diría que duerme o descansa ahora. El de los eslavos del Sur, aunque se ha manifestado hace poco, alcanza corta eficacia, por el escaso valer del Reino de Servia para atraer a los otros serbos, croatas, dálmatas y demás eslavos del Sur, que propenden a la unidad y tienen lengua idéntica o muy parecida, historia en cierto modo común, y una poesía popular del antiguo *Czarato*, y una poesía erudita de la República de Ragusa, que se inclinan a fundirse en la poesía serbia moderna, como dos ríos que confluyen y forman otro más caudaloso.

Donde ahora despliega el irredentismo mayor actividad, infunde cuidados y causa disgustos, es entre los rumanos sometidos a Austria-Hungría, los cuales, en Transilvania y en otras comarcas del Reino de San Esteban son en número de más de tres millones.

No se puede negar que el pueblo magiar, a quien nadie, en el día, se atreverá a llamar *húngaro medroso*, como le llamó el divino Herrera, si bien manifiesta las prendas más altas y los bríos, el tino y la aptitud más conducentes para la acción política, peca algo de invasor y de imperativo. Las razas y lenguas diversas no están colocadas en esta Doble Monarquía cada una en su región. Su tendencia a conservarse separadas y con mayor o menor autonomía, no puede llamarse aquí regionalismo. Las razas están aquí algo entreveradas y sobrepuestas, pero sin confundirse. Así, por ejemplo, los alemanes que viven mezclados con los checos en Bohemia y en Moravia; los rutenos que hay en Galitzia con los polacos; y así, formando parte del Reino Transleithano, los rumanos de Transilvania y de otras comarcas. Sobre ellas pesan demasiado los magiares, empeñados en hacer que se *magiaricen*. De aquí el enojo y de aquí también la excitación constante, entre los rumanos, ya por recobrar su autonomía, sin dejar de formar parte del Reino húngaro, o de Austria en la Bukovina, ya por sustraerse por completo al dominio de los Habsburgos y por unirse al Reino independiente de Rumanía.

Esta excitación crece, a pesar de las sabias leyes promulgadas por el Emperador, proclamando la igualdad de todas las nacionalidades. En asambleas, en *meetings* y en protestas escritas, han dado y dan los rumanos sus quejas, desde hace treinta años, contra los magiares que violan, conculcan o inutilizan estas leyes, privándolos del derecho electoral, de la libertad de imprenta y hasta de medios de instruirse. Cada día menos satisfechos y más enemistados contra los magiares, cuya tiranía consideran insufrible, los rumanos de Hungría se organizan en partido popular nacional y toman más aliento. Natural es, pues, que los rumanos del Reino independiente se alegren de este movimiento y aun le promuevan. ¿Cómo el Gobierno de un Estado cual el de Rumanía, donde es grande la libertad del pensamiento en todas sus manifestaciones, ha de evitar, aunque esté de buena fe y lo desee todas las muestras de simpatía, de adhesión, de aplauso y de fraternidad que los rumanos independientes dan a los que dependen de los magiares y se juzgan tiranizados por ellos?

Lo que acabo de exponer, en breves palabras, para que no se me tilde de prolijo, ha sido la causa de la oposición más dura que se ha hecho al conde Kálnoky en la Delegación húngara. Tal vez, más que contra el mismo Conde, cuanto allí se dijo iba contra el gobierno de Rumanía, como amonestación conminatoria y aun como medio de corroborar las reclamaciones diplomáticas que el Conde se pudiera ver obligado a hacer. De cualquier modo que fuese, el Conde contestó con gran habilidad y con su circunspección acostumbrada, más indispensable acaso, que en todo otro asunto, en los que se refieren a la política de este Gobierno en los Estados balcánicos donde puede un día alzarse la discordia entre el Imperio austro-húngaro, y el ruso, y donde ven el uno y el otro el valladar que ha de limitar y tener a raya sus idénticas e incompatibles ambiciones.

El conde tuvo ocasión de declarar que el Gobierno rumano prometía siempre refrenar con mano firme, y hasta donde las leyes se lo consintieran, todo intento de propaganda y todo aliento y apoyo que dieran en Rumanía a los rumanos de Hungría, y se mostró dispuesto a reclamar enérgicamente siempre que le citasen un hecho concreto o le formularsen una bien fundada acusación en que pudiera sostener su queja. De que los tiros de los Delegados húngaros, más que contra el Conde se dirigían contra los rumanos, dan pruebas los motines y alborotos que ha habido en Bucarest y en otros puntos y que el Gobierno rumano ha tenido que reprimir, empleando la fuerza.

Por lo demás, tanto al explicarse en el asunto de los rumanos, como en sus otros discursos, el Conde Kálnoky, en parte porque tales son sus sentimientos y en parte porque conviene a su política, ha mostrado y encarecido, a pesar de la frialdad y sobriedad diplomáticas, el vivo interés amistoso con que mira y procura, si no mezclarse en los asuntos interiores de Serbia y Bulgaria y de la misma Rumanía, el progreso, el desenvolvimiento, la prosperidad y la cultura de los dichos nuevos Estados, dejando ver a las claras que ha sentido la caída de Staenhuloff. En cuanto a la convención militar con Serbia ha negado rotundamente que haya existido, sobre todo con la absurda cláusula de dar venia a los serbos para atacar a los búlgaros. No se opone lo dicho, aunque no hasta a dar razón a los que presumen que Serbia va a entrar en la Triple Alianza, la próxima visita que el joven Rey Alejandro hará, estos días, a Budapest y a Serbia. Esta visita sólo prueba la estrecha amistad que la Corte de Belgrado mantiene y fomenta con los Hohenzollern y los

Habsburgos. Austria-Hungría, en suma, desea sólo conservar y estrechar dicha amistad, y acrecentar algo a modo de influencia docente y civilizadora en esos pueblos que han sacudido el yugo de los turcos. Como lucida muestra de lo que puede y sabe hacer en este punto presenta su obra de civilización en la Bosnia y la Herzegovina, que tan alto y universal aplauso obtiene para el Ministro Kállay.

Por temor de fatigar la atención de V.E. no entro en pormenores ni toco otros puntos que en las Delegaciones se discutieron y sobre los cuales tal vez diga algo cuando remita a V.E. los aprobados presupuestos. Sólo añadiré aquí que el Conde Kálnoky, que recibió ayer al Cuerpo diplomático, después de su vuelta, y a quien fui a ver y con quien hablé largo rato, me pareció muy alegre y ufano, como a quien no le ha hecho mella la oposición que encontró, como quien no envidia el extraordinario buen éxito que sin la menor contradicción obtiene su colega Kállay, y como quien vuelve de alcanzar un nuevo triunfo y no de presentir decadencia y amagos de derrota, según han imaginado algunos.

Antes de entrar yo a conferenciar con el Conde, había estado conferenciando con él Monseñor el Nuncio, y esto me dio pie a que hablase yo con el Conde de la importante cuestión que promovió en las Delegaciones el Arzobispo Samassa. De lo mismo acababan de hablar con el Nuncio, el cual, según me dijo el Conde, le había negado, como derecho escrito, el del veto que Austria, España y Francia, tienen en los Cónclaves. No quiso discutir el Conde sobre el vocablo *derecho*, afirmando que era cuestión de palabras: pero, sí sostuvo que, si el derecho no estaba escrito, existía la costumbre consentida, autorizada, y justificada con las mismas razones que el Arzobispo húngaro había expuesto: es a saber, que el Pontificado Romano, aun sin el poder temporal de que ya carece, no es sólo Institución eclesiástica, sino que conserva altísima significación política, por donde las Grandes Potencias deben emplear todos los medios y *costumbres* de los tiempos pasados para evitar que venga a ser un adversario de ellas el sucesor de San Pedro. Alguna alusión hubo de hacerse, tanto en las Delegaciones como en la conferencia del Conde con el Nuncio, al veto tardío y ya ineficaz que Austria intentó oponer a la elección de Pío IX, neogüelfo al principio, entusiasta de Gioberti, y el primero y más poderoso agitador, aunque después se arrepintiera, de la revolución italiana y de guerras que tantos males y pérdidas causaron a esta Monarquía.

No dejó de elogiarme el Conde el patriotismo del Arzobispo Samassa, patriotismo que el celo religioso no ahoga. Esto trajo nuestra conversación hacia los Prelados españoles, los cuales, pecando por el extremo contrario al de aquellos gobernantes de la Señoría de Venecia que decían *seamos venecianos y luego cristianos*, son tan cristianos que suelen olvidarse de que son españoles y promueven a menudo dificultades, alborotos y conflictos.

Por desgracia, es tan cierto lo dicho, que este Nuncio, a quien visité el otro día cuando volvió de Bérgamo, donde estuvo una semana a ver a su hermano, me habló de la consagración del Obispo protestante en Madrid, como de cosa, en sí, más digna de risa que de enojo, reconociendo que no es posible que en España, en el siglo XIX, haya un solo protestante *serio* y suponiendo que la Sociedad Bíblica de Londres, que es riquísima, no sabe en qué emplear su dinero, y emplea parte de él en comprar ahí correligionarios, grey y aun pastores. De aquí, si bien con la prudencia serpentina que recomienda

el Evangelio, vino este Nuncio implícitamente a desaprobar un poco la conducta del Nuncio de ahí, disculpando a nuestros Prelados por el fervor católico que los anima y por la afición vehementísima y por el prurito que tenemos todos los españoles de decir cosas elocuentes y pomposas y de escribir *papelitos bien puestos*. Sentadas estas premisas, la consecuencia que sacaba Monseñor Agliardi, como consejo, es que el Gobierno debe hacerse el sordo, responder a todo con el silencio y dejar pasar la tempestad que pasará como nube de verano. Elogiando yo, después de referir esto al Conde Kálnoky, la moderación de Monseñor Agliardi, el Conde me dijo que no me alucinase, ni le creyera tan moderado; que aquí se entrometía en todo más de lo justo y que siempre tenía que estar tirándole de la rienda.

Dios guarde a V.E. muchos años
 Viena 12 de octubre de 1894
 Excmo. Señor
 B. I. m. de V.E.
 su atento seguro servidor
 Juan Valera

Embajada de España
 en Viena
 N.º 6. Sección de Política

Excmo. Señor:

Muy Señor mío: en mi Despacho n.º 118 de 31 de Diciembre último, tratando de exponer a V.E. el progreso de la crisis Ministerial en Hungría, tuve la honra de decirle que el Ban de Croacia, llamado y excitado nuevamente por el Emperador y Rey, había tomado el encargo de formar el gabinete y de presidirle. El Ban aceptaba en toda su integridad el programa de los liberales y prometió emplear todo su influjo y poder para que la Cámara de los Magnates aprobara al fin las dos leyes no aprobadas aún y que completan el plan de las reformas político religiosas. Asimismo aseguraba el Conde Khuen Hedervary que presentaría a la aprobación de ambas Cámaras, como proyecto de su ministerio, las reformas administrativas intentadas por el que había presidido el doctor Wekerlé.

Conocido este programa por el partido liberal, todo él, unánime, pareció recibir con gusto y esperar la formación del nuevo Ministerio, ofreciéndole su decidido apoyo.

Tal era la situación de los negocios al empezar este año. El Ban de Croacia no había sido formalmente encargado por el Emperador y Rey de la formación del Ministerio; pero S.M. le había dicho que explorase el terreno y que viera con qué fuerzas podía contar para que luego que las creyese suficientes, le encomendara él la formación y presidencia del Gobierno.

Durante ocho o diez días, en que el Emperador estuvo ausente de Budapest, el Ban conferenció con los hombres de mayor importancia e influjo de la mayoría y fue acogido por todos muy favorablemente. Sin embargo, después de tantas conferencias, el Ban hubo de dar un nuevo aspecto a la cuestión que lo dificultó todo. O bien por haber reflexionado que sujetándose sin condición alguna y sin pensamiento propio a realizar y a ejecutar el pensa-

miento y el plan del Ministerio anterior, sólo tendría la apariencia del poder y éste en realidad seguiría siendo ejercido por el doctor Wekerlé y por el señor Szilagyí; o bien creyendo que debía complacer al Emperador y procurar que viniesen a reforzar la mayoría los del partido del Conde Apponyi y los disidentes liberales del Conde Szapory, lo cierto es que el Ban de Croacia hubo de declarar, repentinamente y cuando ya no se recelaba por su parte exigencia alguna, que no quería formar Ministerio sin contar con la adhesión y con el auxilio de las personalidades mencionadas.

Los liberales dijeron que no repugnaban en principio esta fusión, la cual les traería no pequeño aumento de fuerzas, conservando siempre su preponderancia, por ser mayor su número que el de los flamantes aliados; pero se negaron a solicitar ellos mismos la alianza y más aún a dejar entender que esta alianza era imprescindible para constituir en lo sucesivo un partido gubernamental poderoso. Semejante declaración, más o menos explícita, parecía envolver una vergonzosa confesión de impotencia, y, por consiguiente, algo que tenía trazas de abdicación. En este sentido, con más o menos bríos de oposición, rehusaron los hombres más importantes del partido liberal, en varios discursos que pronunciaron sucesivamente el día 8 en el Palacio de la presidencia, su consentimiento para que el Conde Khuen Hedervary, realizara la fusión a su antojo y les impusiera como condición ineludible, para que él fuera Presidente del gabinete, el poder y la facultad de proponer esta fusión y de llevarla a cabo.

De resultas del mencionado desacuerdo, el Ban volvió por segunda vez, como hace algunos meses, a desistir de su empresa de formar un gabinete húngaro, y se decidió a retirarse a su Banato, a pesar de la fuerza importante con que siempre cuenta en la mayoría, donde hay más de 30 diputados croatas, que, al parecer, le son muy devotos, por lo muy querido y popular que él es en Croacia.

Sin duda la retirada del Conde Khuen Hedervary ha debido contrariar no poco los planes y buenos propósitos del Emperador y Rey, deseoso de la fusión, tal vez para mitigar un tanto la presunción de los liberales, así como para formar en virtud de dicha fusión un partido gobernante dentro del compromiso de 1867, mucho más fuerte, lleno de vida y más capaz de resistir los ataques y maquinaciones de los partidos anticonstitucionales que, según parece, se agitan desde hace algún tiempo en Hungría.

De todos modos, en virtud de que la fusión es por ahora imposible, y considerando además los peligros, dificultades y trastornos que pudiera traer la disolución de la Cámara de diputados, S.M. Apostólica hubo de resignarse a confiar solamente a los liberales, y ya sin condiciones ni cortapisa, la formación del nuevo Ministerio. A este fin, llamó al Señor Koloman Szell y le encomendó la realización de tan difícil empresa. El señor Koloman Szell la halló en efecto tan difícil y tan superior a sus fuerzas que no quiso encargarse de llevarla a cabo.

No quedando ya otro recurso el Emperador ha venido a parar en lo que, después de la dimisión de Wekerlé, deseaban y proponían los liberales: en que el Presidente del Consejo de Diputados, Barón Bauffi, formara el Ministerio. El Barón aceptó el encargo y ayer mismo consiguió formarle, no sin tener que allanar algunos obstáculos.

El Ministerio probablemente prestará su juramento mañana.

Entretanto, y apenas nacido, ya se deploran las grandes dificultades que

van a rodearle y de las que se recela que salga airoso. El Emperador y Rey acaso ejerza su presión en la Cámara de los Magnates para que apruebe al fin las dos leyes político-religiosas aún no aprobadas, pero la mayoría es casi seguro que no estará tan compacta ni tan sumisa al Barón Bauffi como al Doctor Wekerlé, cuya elocuencia y popularidad son tan grandes. El Barón Bauffi tiene fama de exageradamente *húngaro* o *magiar* y se atrae o puede atraerse la animadversión de muchos diputados del partido liberal que son de diversa nacionalidad que la suya. Tal inconveniente se ha hecho sentir desde el principio, obligando al Barón Bauffi a no tomar la cartera de la Gobernación (Interior) aneja casi siempre a la Presidencia. Como el Barón ha sido Gobernador en Transilvania y allí ha tratado con no poco rigor a los alemanes y a los rumanos, si ahora fuese Ministro de la Gobernación, es evidente que se enajenaría la voluntad de los diputados alemanes de Transilvania que forman parte de la mayoría. Este temor le ha impulsado a no aceptar la cartera de Gobernación encomendándosela al señor Desiderio Pareczell.

Digo esto como muestra de lo complicado y difícil que es todo en la política transleithana, y de las pocas esperanzas que puede tener el nuevo Ministerio de larga y próspera vida.

Dios guarde a V.E. muchos años
 Viena 15 de enero de 1895
 Excmo. Señor
 B. l. m. de V.E.
 su atento seguro servidor
 Juan Valera

Embajada de España
 en Viena
 N.º 38. Sección de Política

Excmo. Señor:

Muy Señor mío: La manifestación obrera del día 1.º de mayo se ha realizado aquí con el mayor orden, pero con extraordinaria concurrencia de hombres y mujeres, que han transitado por calles y plazas y han paseado por el Prater en vistosa y bien concertada procesión, pidiendo el sufragio universal, el máximo de ocho horas de trabajo, y mayor libertad de asociación, de reunión, de imprenta y de emisión del pensamiento por todos los otros medios.

Ha habido más de cincuenta asambleas populares, en casi todos los barrios, pronunciándose discursos, entre los cuales han sido, como siempre, los más celebrados y aplaudidos los del Doctor Adler.

Las demostraciones del cuarto estado fueron tan poco hostiles a los otros estados y clases, sobre todo a la aristocracia, que no pequeño número de damas y caballeros de la alta sociedad de Viena, estuvo en el Prater, a pie, en elegantes carruajes o en hermosos caballos, contribuyendo a su diversión y alegría el ver desfilar a los obreros, que no hacían gala de su pobreza, sino que iban por lo general muy bien vestidos, y formando lucido y alegre conjunto con el gracioso adorno y viveza de colores en los trajes de las mozas.

Nadie ha tenido que quejarse del menor desmán. Si alguien ha salido lastimado ha sido el actual Ministerio por la censura, más o menos explícita

que se ha hecho de su tardanza en resolver la reforma electoral, primer artículo de su programa y causa de su formación y de la caída del Conde de Taaffe. La mujer y la hija de este ilustre hombre de estado fueron, por parte de los obreros, objeto de una lisonjera ovación cuando las vieron en el Prater pasear en coche.

Pronto, sin embargo, ha dejado de hablarse de la manifestación obrera, fijándose la atención pública en un suceso de mayor trascendencia inmediata, ocurrido ayer en el seno de Parlamento húngaro: la interpelación sobre el viaje del Nuncio, hecha por el diputado Terenyi, convenida de seguro con el Ministro Presidente, Barón Bauffy, y contestada por éste.

Conociendo, como conozco a Monseñor Agliardi, varón sencillo y franco, pero prudente y de muy afable carácter, se me hace duro de creer que se haya excedido en sus discursos, brindis y predicaciones, durante los seis o siete días que ha estado en el Reino de San Esteban. El Nuncio, además, antes de ir a Hungría, vio al Barón de Bauffy, le habló de su propósito de hacer aquella excursión, y bien se puede afirmar que la hizo, no sólo con la venia, sino con el beneplácito y con el contentamiento del mencionado Barón, el cual, como la mayoría de los húngaros, quisiera que la Corte y el Cuerpo diplomático asistiesen y autorizasen con su presencia tanto o más a Budapest que a Viena.

Previsor y juicioso, en mi sentir, hubiera sido que el Barón de Bauffy, considerando las circunstancias en que se hallan los partidos de Hungría, el conflicto entre ambas Cámaras y la lucha empeñada en pro y en contra de las leyes político-religiosas, hubiera rogado al Nuncio que dejase su viaje para mejor ocasión, pero le excitó a ir y mostró por ello gustosa satisfacción de amor propio. El Barón no podía imaginar que el Nuncio había de callarse sobre asuntos que tanto interesan a la Iglesia Católica, que tanto apasionan hoy a los húngaros; y sobre los cuales habían de preguntarle y de impulsarle a hablar. Y mucho menos podía imaginar el Barón que el Nuncio había de hablar contra su conciencia propia y contra los deseos del poder que en esta Monarquía representa. Así pues, lo que a mí me sorprende es la sorpresa que dice el Barón que tuvo cuando vino a saber que Monseñor Agliardi hablaba en Hungría en contra de las novedades que en punto a completa libertad e igualdad de religión quieren introducirse. Pues ¿qué otro papel quería el Barón de Bauffy que el Nuncio Apostólico hiciera?

Sin duda, que los Embajadores y Jefes de misión de todo país extraño no deben mezclarse ni tratar de influir en los asuntos interiores de la Nación en que están acreditados: pero ¿se puede y se debe equiparar al Nuncio con cualquier otro diplomático? [¿]Defiende, acaso, o representa el Nuncio los intereses, derechos y conveniencias de otro Estado político o representa y defiende el Catolicismo? Como católicos, por consiguiente, y en las cosas de religión, los húngaros no son extraños a Roma, sino que del Vaticano dependen y al Poder que allí reside están sometidos. Ni hay que alegar, en esta ocasión, algo de rebeldía movida en nombre de la potestad espiritual contra la potestad civil, porque el Nuncio, por muy clara que mostrara su oponión, no aconsejó ni pudo aconsejar sino la defensa de la doctrina, que la Iglesia cree sana y conveniente, por los medios legales de la prensa y de la tribuna y por los votos que se den en los cuerpos colegisladores.

En atención a lo que aquí expongo, y en vista también de la condición pacífica y moderada y de la circunspección de Monseñor, yo no creo que tras-

pasase los límites de lo justo y de lo lícito, ni que infringiera precepto alguno del derecho de gentes. Antes aparece un poco el Barón de Bauffy, aunque impremeditada e irreflexivamente, como agente provocador de la culpa, llámésmola así, de que al Nuncio acusa.

Como quiera que sea las declaraciones del Ministro Presidente movieron ruidosa tempestad de aplausos y de signos de reprobación entre sus parciales y sus contrarios de la Cámara, no faltando quien le llamase a gritos *furibundo judío* y otros dicterios.

El Conde de Kálnoky ha atendido las quejas del Barón de Bauffy y ha pedido explicaciones a Roma. Los liberales esperan y desean que el Nuncio sea separado de su puesto: pero el verdadero liberalismo hubiera sido dejarle en él y sufrir que dijera lo que quisiera, contentándose, por virtud de la misma libertad de palabra, con censurarle en la prensa y en el Parlamento y en los clubs, como se le ha censurado.

Ahora no sabemos ni prevemos lo que contestará el Gobierno Pontificio: pero yo me inclino a pensar que Monseñor Agliardi, a pesar de su extraordinario candor, no se ha aventurado a hacer lo que ha hecho sin instrucciones superiores, que la Corte del Vaticano no tendrá la debilidad de negar por completo.

Y así, aunque acceda Roma a retirarle de aquí, es de presumir que busque y halle modo de premiar su celo.

Piensan aquí, y tal vez dicen, los hombres de los partidos dominantes y liberales que en el Vaticano hay mala voluntad contra Austria-Hungría, desde que está aliada con la Potencia que ha despojado de sus Estados al Papa: pero, mirándolo sin pasión, no se ven los indicios de esa mala voluntad, a no ser que mala voluntad se llame el no acceder a exigencias poco fundadas, como las que llevó a Roma el Cardenal Schönborn, que volvió de allí sin conseguir las y harto desairado. El Padre Santo amonestará al clero para que sea obediente y respetuoso con los prelados y condenará que se odie o se desprece a los judíos, que son nuestros prójimos, pero no se prestará probablemente (y sin detenido examen) a condenar el antisemitismo, dentro de ciertos límites, y menos aún en el socialismo católico, como el Cardenal Schönborn pedía. Si este linaje de socialistas sigue la moral evangélica y no incurre en grandes herejías y absurdas ridiculeces, como, por ejemplo, la *petite Église* en Francia, no estaría bien que el Padre Santo le condenase. Por el contrario, es lógico presumir que Su Santidad ha de ver con cierta complacencia unas doctrinas, que pueden por una parte depurar y santificar el socialismo malo, peligroso y violento, y que por otra parte, aunque no valgan para resolver temerosos problemas sociales, valen para avivar y encender el fervor religioso sumamente tibio ahora por esta tierra.

Implica además contradicción en este Gobierno el enojo contra el Nuncio porque quiere influir en los asuntos de Hungría y la pretensión simultánea de que Su Santidad influya, no ya con brindis y breves discursos de un Su Enviado, sino por medio de sentencias solemnes y condenatorias, en otros asuntos, políticos e internos también.

Del pormenor de todas estas cosas traen los periódicos cuanto importa para satisfacer la curiosidad: pero yo no me extendo a fin de no fatigar la atención de V.E. y me limito a expresar aquí, con sinceridad, la impresión que me han producido.

Terminaré declarando que haya falta o no en el Nuncio y hagan bien o

mal en acudir a Roma con quejas contra él, siempre son de admirar y aun de celebrar, bajo ciertos aspectos, la tenacidad, la disciplina, la unión inquebrantable, el brío y la firmeza del partido liberal húngaro, que se impone en Hungría a los Magnates y a los otros partidos, que domina sobre las demás nacionalidades, castas y lenguas que componen el Reino Apostólico, y que prevalece y puede afirmarse que sujeta a su voluntad, y tal vez a su capricho, al Gobierno de Austria y a su gloriosa dinastía. El Barón Bauffy, a quien el recuerdo de Wekerlé haría pasar por insignificante, ha alcanzado popularidad repentina y renombre de enérgico con este triunfo del que se quiere que Monseñor Agliardi sea víctima y trofeo.

Dios guarde a V.E. m^s. a^s.

Viena, 3 de mayo de 1895

Excmo. Señor

B. I. m. de V.E.

su atento seguro servidor

Juan Valera

Embajada de España

en Viena

N.º 40. Sección de Política

Excmo. Señor:

Muy Señor mío: los sucesos que natural y lógicamente había de producir el conflicto Kálnoky-Bauffy se van desenvolviendo sin que se pueda prever ni solución ni término satisfactorio.

Este Ministro de Negocios Extranjeros, no bien supo la contestación de Bauffy a la interpelación de Terenyi, dicen, aunque hasta ayer no vino a divulgarse, que presentó su dimisión, el día 2 por la noche, y, antes o después de presentarla, escribió de su propio puño y letra e hizo insertar, en la *Correspondencia política alemana*, el suelto, que traducido y publicado ayer por la otra *Correspondencia francesa*, remito a V.E. en un recorte adjunto.

El Ministro Presidente húngaro, desmentido de una manera tan ruda, ha venido a quejarse y a pedir satisfacción, y hace más de veinticuatro horas que está en Viena, sin que el Emperador todavía le haya recibido.

A lo que parece, el Emperador le recibirá hoy a la una, después de haber conferenciado ya sobre el mismo importante asunto con el Conde Kálnoky, con el señor de Kállay y con el Barón Jossika, Ministro húngaro *a latere*.

No faltan personas que supongan y esperen que S.M. I. y R., llena de voluntad, haga extraordinarios esfuerzos para llegar a una conciliación y a un arreglo, pero en general, esto se considera casi imposible.

Hay una cuestión en cierto modo meramente personal entre Bauffy y Kálnoky, afirmando el uno lo que niega el otro. Se asegura que dice Bauffy que tiene documentos escritos que prueban el compromiso que Kálnoky contrajo con él y el fundamento que tuvo para decir lo que dijo en la Cámara de Diputados.

Acaso Bauffy interpretó mal el compromiso de Kálnoky y le dio mayor extensión, creyendo además que Kálnoky lo había ya cumplido. Acaso Kálnoky se comprometió a medias, bajo ciertas condiciones, y exigiendo un secreto o una reserva a la que faltó Bauffy, declarándolo todo en el Parlamento.

Pero, como quiera que sea, surge de esto una cuestión constitucional o internacional entre los dos Estados confederados o unidos por mera unión personal del Monarca; cuestión que tiene importancia grandísima y que puede producir deplorables efectos. Con razón o sin ella, dejándose tal vez arrastrar por malas pasiones políticas, todo el Ministerio de una nación autónoma, apoyados por una gran mayoría, quiere y resuelve hacer una relcamación; y el Ministro de Negocios Extranjeros, que es el medio y el órgano de quien ha de valerse para hacerla, no sólo se niega a ello, sino que reprende al Ministerio y a su Presidente, a quien llama ignorante, imprudente y poco versado en diplomacia. Los húngaros, pues, y no sólo los liberales, sino muchos de otros partidos, deben de tener grandísimo enojo contra el Conde Kálnoky y deben de creerse ofendidos y hasta humillados por el poco caso y por el desdén con que el Jefe del Ministerio común de ambas Monarquías ha tratado al Gobierno de la nación de ellos. Es posible, por esta consideración, que se sientan lastimados en su patriotismo, hasta los que como Magnates conservadores, fervorosos católicos y ultramontanos reprueben la conducta y condenen la resolución de Bauffy. Y no es lo dicho mera presunción mía, pues ya se admite por el lenguaje de los periódicos cuán grandes son el disgusto y la irritación pública en Hungría.

Ayer tarde hice una larga visita a mi excelente amigo Monseñor Agliardi, causa harto involuntaria de todos estos males y trastornos. Mi colega de Francia, el Sr. Lozé, le había visto ya y habría hablado con él, y hallándole, como también le hallé yo, algo consternado y apurado, le había dicho, para reanimarle, que estaba haciendo un papel de gran resonancia histórica. Pero Monseñor, que es muy modesto, y no quiere resonar, se afligió más con el elogio, y como hoy tiene que ir a la recepción que habrá por la noche en Palacio, se mostró temeroso de que le acogiera mal el Emperador o de que pasara en el círculo sin hablarle. Naturalmente, yo le dije, para su consuelo, que el Emperador le hablaría, le preguntaría por la salud de Su Santidad y tocaría otros puntos, haciendo caso omiso de su viaje y predicaciones en el Reino de San Esteban. El Nuncio, ya más sosegado, me refirió cuanto había dicho, sin que pudiera yo encontrar frase alguna que no fuera evangélica y propendiendo a la paz y a la concordia entre todos. Lo más singular es que el mismo Barón Bauffy no pudo pensar de otra manera, cuando, después de las supuestas más expresivas predicaciones de Monseñor (verbigracia, el brindis en Grau), le tuvo en su casa de visita, conferenció con él amistosamente y no le dio la menor queja por sus desmanes. Lo cual prueba que el Barón Bauffy no cayó o no quiso caer en la cuenta, hasta muchos días después de que Monseñor Agliardi se había desmandado.

Fuera del disgusto que produce en el alma de Monseñor el trastorno que tan inocentemente ha causado, me parece que Monseñor está muy tranquilo, cree que en Roma aprobarán su conducta; ha hecho constar lo inofensivo y circunspecto de todas sus palabras y ha probado además que, fuesen o no a propósito las circunstancias, él estuvo en Hungría llamado por el Príncipe Primado, e impulsado a ir por Kálnoky, por el Barón Jossika y por el mismo Barón de Bauffy, que tamaño escándalo ha promovido después con ocasión de su ida.

Todo lo ocurrido provocaría un poco a risa si no fuera por las consecuencias serias y llenas de peligro que de ello pueden originarse. El Emperador es prudente, conciliador y muy simpático a todos, pero sólo por milagro po-

drá salir completamente bien de las terribles dificultades en que le han puesto. Yo no acierto a pronosticar, ni vagamente, el desenlace de todo, pero no comprendo que Kálnoky, después del odio que contra su persona ha suscitado en Hungría, pueda continuar siendo Ministro de Negocios Extranjeros. Muy difícil es también que continúe el actual ministerio húngaro, no menos difícil la formación de otro nuevo Ministerio dentro del partido liberal, y quizás más difícil aún la formación de un ministerio húngaro de otro partido, que traería consigo la disolución de la Cámara de Diputados. Por cualquiera de estos caminos que el Emperador siga, tropezará siempre con la rivalidad exacerbada entre austríacos y húngaros, con la lucha no terminada entre librecultistas y fervorosos católicos y con las relaciones algo agriadas entre esta Corte y el Gobierno Pontificio, a cuyo representante se han inferido, al menos en mi entender, muy inmotivados agravios.

Dios guarde a V.E. muchos años
 Viena 5 de mayo de 1895
 Excmo. Señor
 B. l. m. de V.E.
 su atento seguro servidor
 Juan Valera

Embajada de España
 en Viena
 N.º 42. Sección de Política

Excmo. Señor:

Muy Señor mío: anteayer, durante todo el día, estuvo vivamente excitada la curiosidad pública, empeñada en pronosticar el desenlace que pudiera tener la terrible contienda entre el Conde Kálnoky y el Barón Bauffy. La generalidad de las gentes consideraba en extremo difícil, casi imposible, un arreglo satisfactorio.

Con esta impresión fuimos todos, así los individuos del cuerpo diplomático, como las personas del país que llaman aquí *hoffähig*, o sea capaces o aptas para asistir a la Corte, a la gran recepción que hubo en Palacio, solemnizada por la rara asistencia en ella de S.M. la Emperatriz, retraída casi siempre de la sociedad, llevando perpetuo luto, ya viviendo en su castillo o quinta de Corfú, ya peregrinando por diversas regiones. Pero, aunque todos mostraban gran interés y deseo de ver a la Augusta Señora, todavía era mayor el que se sentía por saber la solución que hubiera podido dar S.M. el Emperador a todas las dificultades promovidas por el viaje del Nuncio a Hungría.

Grande fue la sorpresa, acompañada de cierta incredulidad, que tuvimos todos, cuando, a eso de las diez de la noche, comenzó a difundirse por aquellos regios salones la buena nueva de que la desavenencia había terminado, y de que, gracias a la decidida voluntad de S.M. I.^a R.^a, entre el Ministro Presidente húngaro y este Ministro de Negocios Extranjeros reinaba ya una verdadera paz octaviana.

¿Cómo se ha logrado esta paz? se preguntaban unos a otros. Pocos momentos antes de saber que la paz existía imaginaban muchos que iba a haber grandes disgustos entre Hungría y Austria, y aun suponían tan exacer-

bada la enemistad entre los dos personajes principales, que llegaron a dar por seguro un desafío entre ellos.

El Barón Bauffy había venido a justificar su conducta y a pedir algo a modo de una satisfacción de la ofensa que había recibido; y S.M. había hecho de suerte que el Barón Bauffy quedara satisfecho y se volviera a Budapest aquella misma noche. Si no asistió a la recepción, fue porque no trajo consigo su elegante vestido de gala húngaro.

En cambio, Monseñor Agliardi, con quien habló el Emperador amabilísimamente, acabó por mostrarse tranquilo, aunque al principio parecía un tanto cuanto sobresaltado por haber sido causa inocente de tamaño alboroto.

El Conde Kálnoky estaba también en la recepción, y, aunque sabe disimular como buen cortesano, no se mostraba, a mi ver, tan sereno y glorioso como de costumbre.

Ya en Palacio se susurró y se refirió, con ligeras variantes, cómo había sido el arreglo, pero, hasta ayer tarde, no lo hemos comprendido bien ni nos hemos hecho cargo de todos sus pormenores y circunstancias.

Una nota confidencial, del 25 de abril, dirigida por el Conde Kálnoky al Barón Bauffy, nos lo ha explicado todo. Esta nota, leída y examinada por el Emperador, le dio la razón a Bauffy, y, si se puede decir que sólo se la dio hasta cierto punto, el punto era, en mi opinión el más esencial y el que más importaba.

La nota está llena de vacilaciones y de ambigüedades. El Conde Kálnoky distingue muy bien la diferencia de funciones y de deberes que hay entre un Nuncio y un Embajador cualquiera; reconoce que es muy difícil determinar cuando el representante de la Santa Sede, tratándose de cosas de religión, se extralimita y se puede afirmar que interviene en los asuntos políticos interiores de una nación católica; pero es lo cierto que, después de haber hecho no pocas salvedades y distingos, conviene con el Ministro Presidente húngaro en la *censurable falta de tacto* del Nuncio y en que está dispuesto a reclamar contra él cerca del Gobierno Pontificio.

La satisfacción que el Emperador ha dado al Barón Bauffy, o que ha consentido que éste se tome, es tan grande, que no pocos del partido liberal de Hungría la consideran superior y más completa que la que hubiera recibido si el Emperador acepta la dimisión que el Conde Kálnoky había presentado.

Ayer mismo, con extraordinaria concurrencia de público en las tribunas, y con asistencia de todos los diputados, leyó el Barón Bauffy la nota confidencial del Conde Kálnoky en la Cámara popular de Hungría.

Lo primero que resulta de esta lectura es, en mi sentir, que el Nuncio de Su Santidad queda por ella peor tratado y peor parado que por lo que el Barón Bauffy había dicho al responder a la interpelación del diputado Sr. Terenyi; y resulta también que el tono entre desdenoso y airado del artículo publicado por el Conde Kálnoky en la *Correspondencia política* tiene flaco fundamento, ya que no es muy firme el de que no debió el Sr. Bauffy divulgar el secreto de la reclamación que iba a entablarse, ni darla por hecha cuando no estaba hecha todavía. Aún contra estos dos puntos sobre los cuales puede fundarse el enojo del Conde Kálnoky, hay no poco que alegar y que alegó sin duda el Barón Bauffy en su propia defensa.

Lo cierto es que el Ministro Presidente húngaro salió triunfante y fue aprobado, aplaudido y vitoreado por la mayoría que le apoya. Si persiste contra él alguna censura, de que se arma la oposición para atacarle, se funda más

que en otra cosa en que algunos húngaros consideran tan ofendidas la majestad y la dignidad de su Gobierno nacional, que hallan insuficiente el desagravio, comparado con la magnitud de la injuria.

Tal ha sido, en sustancia, la compostura que el Emperador ha podido dar a este negocio desagradable; compostura que, con ser mala y bien puede preverse que poco durable, todavía es la mejor y acaso la única que podía encontrarse.

S.M. no ha querido aceptar la dimisión del Conde, a quien generalmente encomian como un hombre de Estado de primer orden, alma de la Triple Alianza y firme sostén de la paz y del equilibrio europeos. Para no privarse de los utilísimos servicios de este varón ilustre, el Emperador no ha podido menos de disimular o de disculpar el arranque de mal humor que ha tenido en un momento para él poco dichoso, y el que perdiera la paciencia en vista, por un lado de la candorosa sencillez de Monseñor Agliardi, y, por otro lado de la ligereza parlamentaria y antidiplomática del Ministro Presidente de Hungría. Yo creo que S.M., que debe querer mucho a Kálnoky, se ha explicado muy bien, aunque Kálnoky es buen jinete, que en esta ocasión haya perdido los estribos: pero, a lo que parece, a pesar de la racional y simpática benevolencia del Soberano, la caída del Conde, si bien se retarda, no puede dilatarse mucho. Acaso, dentro de poco tiempo y buscando otro motivo o pretexto, el Conde reiterará su dimisión. La enemistad y el recelo con que los húngaros le miran no puede haberse disipado, antes han de haberse acrecentado con lo ocurrido ahora; y es casi seguro que en las próximas juntas de las Delegaciones, que serán este año en el mes de junio y en Viena, tenga el Conde no poco que sufrir de los representantes del Reino de San Esteban, y necesite para sufrirlo recobrar la paciencia que hubo de perder por un momento.

Otra lastimosa contrariedad que habrá de originarse también de las quejas de la Corte de Roma, que probablemente querrá que su representante en esta doble Monarquía sea desagravado; mientras que Bauffy, por una parte, y los diputados que le sostienen, seguirán afirmando que los agraviados son ellos y pedirán a la vez satisfacción de la Corte de Roma.

El mismo Embajador de Austria-Hungría en dicha Corte, Conde de Revertera, está muy amenazado de resultas, y es muy posible que le conviertan en víctima expiatoria, que le atribuyan la falta de habilidad que acaso estuvo en los otros, y que le separen de aquel honroso puesto.

En cuanto a Monseñor Agliardi, aunque a veces me parece algo asustado, yo creo que, como estuvo muy en su papel, bien puede cantar victoria. La Corte Pontificia no dejará de sostenerle, y, si por ver tan difícil ya su posición aquí, tiene que retirarle, acaso galardone su celo con la púrpura cardenalicia, como ya indican algunos periódicos, por más que parezca exagerado premio.

De todos modos, él ha procedido con muy sana intención, y ha demostrado que el candor y la inocencia valen casi siempre más que los tortuosos y enredados caminos de una política sutil; por donde él podrá exclamar y exclamará de seguro con las Sagradas Letras: *«perdam prudentiam prudentium et sapientiam sapientium reprobabo»*.

Algo de esto, si no en latín, en alemán, dirá mañana el Príncipe Alois de Liechtenstein, el cual, con su grupo de antisemitas o ultracatólicos, ha presentado una interpelación en esta Cámara; interpelación en que defenderá la conducta del Nuncio, atacará a este Ministerio de coalición y a Kálnoky

también, y es probable que de rechazo trate mal asimismo al Ministerio, al partido liberal y a los judíos de Hungría.

Dios guarde a V.E. m^s. a^s.
 Viena 7 de mayo de 1895
 Excmo. Señor
 B. I. m. de V.E.
 su atento seguro servidor
 Juan Valera

Embajada de España
 en Viena
 N.º 45. Sección de Política

Excmo. Señor:

Muy Señor mío: Las dificultades suscitadas por el viaje del Nuncio, en vez de allanarse, toman más incremento cada día.

Yo doy por seguro, y lo repito ahora, aun exponiéndome a pecar de pesadez, que Monseñor Agliardi no ha dado el menor motivo para todo este trastorno. Fue a Hungría porque le invitó el Príncipe Primado, con el objeto de hablar del milenario de la fundación del Reino de San Esteban, y no sólo autorizado sino excitado a ir por el Conde Kálnoky, por el Barón Bauffy y por el Barón Jossika, Ministro *a latere*. A fin de no comprometerse, no quiso hablar con ningún *reporter* de los muchos que acudieron a conferenciar con él; y en los discursos o brindis que hizo, a lo que parece en latín casi todos, observó la mayor circunspección y prudencia, negando ahora que dijera nada que pudiera en lo más mínimo comprometerle y asegurando que nadie le probará lo contrario. Tal vez no entendieron, por ser dicho en latín, o tal vez fantasearon las palabras del Nuncio, así en Grosswardein como en el brindis al Conde Fernando Zichy, jefe de los magnates católicos. Son mera invención las frases que se le atribuyen de que, así como la antigua aristocracia solía armar una cruzada contra los mahometanos infieles, sus descendientes de ahora debían armarla contra las leyes impías.

Sin duda el Conde Kálnoky, que debe conocer la bondad, lealtad y franqueza de Monseñor Agliardi, no dio nunca completo crédito a las tardías acusaciones del Barón Bauffy, pero, quizás por no disputar con él, se dejó ir algo de la corriente, quiso transigir, y en su vacilante nota confidencial acabó por considerar al Nuncio culpado de una censurable falta de tino y por mostrarse propenso y aun dispuesto a reclamar contra él cerca del Gobierno Pontificio. El articulito *ab irato*, escrito por el Conde Kálnoky en la *Correspondencia política* alemana, después de haber perdido la calma, la sangre fría y la paciencia que le distinguen, está en plena contradicción con la nota confidencial ante el Parlamento húngaro divulgada.

Todo esto ha comprometido muy seriamente al Conde Kálnoky; le ha indisputado con el Gobierno del Papa, a cuyo representante trata tan mal; le ha atraído la ira de todos los ultramontanos de uno y otro lado del Leitha; y no le ha ganado la voluntad de los liberales y librepensadores, sobre todo húngaros, que siguen desconfiando de él y que entienden además que el Ministerio de su nación no queda desagraviado de la afrenta que el Conde le hizo.

El enojo de los húngaros ha subido de punto con la publicación de la lisonjera carta imperial rechazando la dimisión del Conde; carta cuya traducción en francés remito a V.E. adjunta, tal como la publica anoche la *Correspondance politique*.

Es previsible que el Ministerio húngaro, estimulado por sus amigos, y más lastimado aún por las burlas y hasta el escarnio que hacen de él las oposiciones, declarándole desairado, agraviado y no satisfecho, presente todo él su dimisión cuando el Emperador y Rey vuelva de Pola. La carta de S.M. al Conde Kálnoky ha sorprendido desagradablemente a los húngaros, que son altivos y muy celosos de su dignidad nacional, y no pocos aseguran que dicha carta o su publicación no entró en el arreglo para la conciliación de ambos personajes. Algunos dicen que las cosas se podrán componer todavía si el Barón Bauffy presenta su dimisión y el Emperador y Rey también la rechaza con nueva carta no menos laudatoria. Otros, por último, esperan que todo se apacigüe, sin necesidad de carta, con tal de que, en las Delegaciones, el Conde Kálnoky prescinda de equilibrios, y se decida a reclamar contra el Nuncio, si es que ya no lo ha hecho; pues no falta quien recele que, lejos de reclamar contra el Nuncio, ha procurado darle satisfacción, o bien aquí directamente, o bien en Roma, cerca de su gobierno, por medio del Embajador, Conde de Revertera.

Lo cierto es que el Conde Kálnoky, puesto en medio de unos y otros, se encuentra en la posición más difícil y desagradable.

Como se ha hecho sospechosos a los ultramontanos y conservadores católicos de Austria, es aquí blanco de sus tiros, los cuales van indirectamente a herir al Barón Bauffy y al Ministerio liberal húngaro, tal vez hieran de muerte al Ministerio austríaco, desbaratando y rompiendo la coalición en que se funda.

La coalición casi se puede ya dar por rota, o, al menos, se advierte en ella una lastimosa disidencia. La interpelación del Barón Dipauli y de otros individuos del club Hohenwart, hace patente esta ruptura.

Parte de los conservadores católicos, que forman uno de los tres partidos coligados, desecha ya todo disimulo, no quiere seguir transigiendo, y se pone en contra de los liberales alemanes, que son otro de los dichos tres partidos.

Al mismo tiempo, en el club de los polacos, que forman el tercer partido de la coalición, se ha sobreexcitado el sentimiento católico, y ha hecho que por allí también la coalición en cierto modo se rompa. Movidos los polacos por dos clérigo individuos del club, el señor Pastor y el señor Kopycinski, afirman que siguen siendo ministeriales, pero, al mismo tiempo, toman la resolución siguiente: «El club de los polacos expresa al actual gobierno la confianza que en él tiene en lo tocante a la gestión de las cuestiones político-religiosas, y abriga el convencimiento de que no dañará ni menoscabará la libertad que debe haber en las relaciones entre los creyentes de la Iglesia católica y la Santa Sede».

Por estos movimientos de la opinión católica y conservadora, los liberales han tocado alarma; se han reunido en su club, con asistencia del Señor Plener, que es su principal corifeo y además Ministro de Hacienda; y han decidido, lo cual a todas luces, si no es una declaración de guerra, es ya ponerse en guardia y prepararse para la lucha, que la coalición está en peligro después del paso que han dado no pocos individuos de los otros partidos que la componen; y que cuando se conteste a la interpelación anunciada (sin du-

da la del Barón Dipauli) se deslinde y se señale con claridad la división o la distinción de los principios entre unos y otros partidos.

Hasta aquí lo que ahora ocurre. Todos hablan de ello y nadie prevé el desenlace. Seguiré informando a V.E., esforzándome por ser conciso y claro, y suplicándole que no me censure si me extiendo en demasía sobre este asunto, pues, como aquí preocupa e interesa tanto, acaso yo le de mayor importancia de la que tiene, aunque indudablemente tiene muchísima, por todos los lados y desde todos los puntos de vista que se le mire.

Dios guarde a V.E. muchos años

Viena 9 de mayo de 1895

Excmo. Señor

B. l. m. de V.E.

su atento seguro servidor

Juan Valera

Embajada de España
en Viena
N.º 90. Sección de Política

Excmo. Señor:

Muy Señor mío: el Gobierno provisional administrativo y no político, ha sido bastante bien recibido en ambos cuerpos colegisladores, y hasta los jóvenes checos, si bien persisten en su oposición sistemática, y persistirán hasta que se realicen sus ideales, han declarado que no seguirán en su propósito y plan de obstrucción y que votarán los presupuestos sin oponer mayores dificultades. La Comisión de la Cámara de diputados ha presentado ya el presupuesto total para 1895-96. La suma de gastos es 643.563.587 florines, y la de ingresos de 643.611.196, resultando un excedente de 47.609 florines.

Los asuntos públicos caminan, pues, bastante bien con el nuevo Ministerio.

Entretanto, las Delegaciones siguen celebrando sus juntas y desplegando grande actividad. Dichas juntas ofrecen el mayor interés. Creo, pues, que debo dar aunque sea en breve resumen, alguna noticia de lo que en ellas se delibera y discute.

Los húngaros, muy satisfechos con el triunfo obtenido sobre el C. Kálnoky, y a lo que parece contentos con su sucesor el Conde Goluchowski, no han promovido hasta ahora cuestiones de importancia; pero, en cambio, la crisis ministerial y política recientemente ocurrida y resuelta en Austria, ha sobreexcitado los ánimos o los espíritus de las nacionalidades que en la Delegación austríaca están representadas.

El discurso del Emperador y los pronunciados por el Conde Goluchowski han sido más pacíficos que nunca, en consonancia perfecta con lo que ha dicho en Kiel el Emperador de Alemania. Todos prometen y prevén un porvenir de paz y concordia entre las naciones europeas; y la vanidad patriótica de estas gentes se complace en creer y en sostener que, por virtud de la Triple Alianza, Austria-Hungría es poderosísimo factor de tan benéfico producto. Duele sin embargo que, a fin de conseguir esta gloria, tenga la Monarquía que hacer gastos y sacrificios que van en aumento cada año. Aunque la mayoría se resigne a hacerlos sin oposición ni quejas, no faltan quienes se que-

jen y se lastimen, no sólo de los mencionados gastos y sacrificios, sino de la Triple Alianza. Nada dicen contra ella los polacos, ni los liberales alemanes, ni los conservadores, pero indudablemente a ninguno de los otros partidos y nacionalidades les es simpática.

En la junta de la Delegación austríaca que tuvo lugar anteayer 22, se pronunciaron vehementes discursos en contra de la Triple Alianza mostrándose además en ellos el empeño de los diversos oradores en volver por los fueros de las respectivas nacionalidades a que pertenecen. El debate, pues, hubo de pasar del terreno de la política exterior a la política interna y constituyente de esta Monarquía.

Los jóvenes checos Señores Kaftan, Packak y Herold, más amigos de Francia y de Rusia que de Italia y Alemania, mostraron desembozadamente estos sentimientos, y se extremaron más que de costumbre en hablar contra el Dualismo, por el cual se consideran humillados, sosteniendo que debía ser triple y no doble esta Monarquía, y que ellos, los checos, comprendiendo acaso todo el Reino de Bohemia y la Moravia, debían ser tan independientes como el Reino de San Esteban.

No quiso mostrarse menos exclusivamente patriota el diputado-delegado Bianchini, quien, si bien lleva un apellido italiano, es croata de corazón y debe de tener más sangre croata que italiana en las venas. Este diputado, que representa la Dalmacia, se mostró acérrimo enemigo de los italianos, que quieren prevalecer en su país sobre el más numeroso y más indígena elemento eslavo; y, por odio a Italia, habló en contra de la Triple Alianza. En su sentir, la región en que ha nacido y la mayoría de la gente que la puebla es croata y está violenta y nada naturalmente separada del resto que [sic] los croatas, que dependen y forman parte del Reino de Hungría. Sin duda la Croacia húngara goza de cierta independencia con su Landstag y su Bano, y aun se llama Reino, pero con todo eso no puede negarse que de Hungría depende. Esto es lo que enoja al diputado Bianchini, el cual aspira a que la Croacia dependa inmediatamente del Emperador, que sea su rey como es Rey de los Húngaros, y que a este Reino de Croacia se incorporen todas las comarcas y toda la población eslavas que de Austria dependen en el día. Si alguna vez se realizasen las aspiraciones expresadas por los jóvenes checos y por este diputado croata, vendrá a resultar que esta Monarquía se compondría de cuatro Reinos confederados y no sólo de dos como al presente.

A pesar de todo, los mencionados discursos, si bien dan indicios de las rivalidades y celos que hay aquí entre las diversas naciones, no trascienden por lo pronto del pensamiento y de la palabra a la acción, ni perjudican en lo más mínimo los intereses del Emperador y Rey y de su dinastía, a quienes los croatas hacen constantes protestas de fidelidad y de la devoción más entusiasta, y de quienes también los jóvenes checos se muestran leales servidores, aunque con menos fervor y aunque en Praga, desde hace cerca de dos años, continúe el estado de sitio.

S.M. el Emperador tuvo ayer en Palacio a comer a todos los individuos de ambas Delegaciones. Con todos ellos habló después de la comida, mostrando la afabilidad y llaneza que tiene de costumbre.

Se cuenta que al croata Bianchini le preguntó si andaba muy ocupado, y que contestó el croata: «Señor, me esfuerzo cuanto puedo por defender los derechos de mi nación», a lo que replicó el Emperador: «Eso es muy digno de elogio; los croatas han sido siempre muy devotos de mi dinastía y de mi

persona». «Tal es la verdad histórica, dijo entonces Bianchini, y tal será siempre.»

Los polacos no tienen por lo pronto pretensiones patentes a formar un quinto Reino dentro de la Monarquía, por la cual están muy mimados y con la cual son muy dóciles. Al S^r. de Zalewski, presidente del club de los polacos, le recomendó el Emperador, en estas conversaciones de sobremesa, que procurase que los presupuestos se votasen pronto. Y el S^r. de Sabalewski contestó que su club no deseaba otra cosa.

Volviendo ahora a hablar de la aspiración de los croatas manifestada por el diputado Bianchini diré que me parece síntoma de que, más o menos tarde, en esta Monarquía ha de prevalecer el elemento eslavo, enardeciéndose por ello, si se presentan ocasiones propicias, y el Soberano sabe aprovecharlas con discreción y con maña. Los croatas de Austria son en efecto el mismo pueblo que los croatas y esclavones de Hungría; todos son católicos y la religión y la cultura la han recibido de la Italia y de Roma; pero hay otra parte de la misma casta y nacionalidad, los serbios, que en cierto modo sólo se diferencian porque su religión y su cultura la recibieron del imperio bizantino, y no son católicos, sino cismáticos o dígase griegos ortodoxos. Fuera de esta diferencia, que importa menos en nuestra edad que en otras edades, todos ellos podrían constituir una sola nación, la cual se extiende por la Bosnia y la Herzegovina, ocupadas por Austria-Hungría, por el Reino independiente de Serbia, y por la misma Macedonia. La lengua es una, aunque se divide en varios dialectos que propenden a amalgamarse, y una es también la literatura, si bien manifestada en dos variedades que la completan como ramas del mismo tronco. Por una parte, la poesía erudita, la historia, los libros devotos y teológicos de los Dálmatas y Raguseos, influido todo por la cultura italiana del Renacimiento, y, por otra parte, la riquísima poesía épico-popular del antiguo zarato de Serbia que cayó en el siglo XV en poder de los turcos. No es lo probable que sea el actual Reino de Serbia el que tenga la misión de ser el núcleo de toda esta nacionalidad, elevándola de nuevo y resucitando su civilización pasada; civilización de que ellos se jactan hasta el punto de creer que era serbo o eslavo el macedón Alejandro.

Lo que no hace ni puede hacer el actual Reino de Serbia, Austria-Hungría está dando pruebas de que puede verificarlo; y con razón se enorgullece de ello, demostrándolo, el S^r. de Kállay cuando habla todos los años de los progresos que hacen la Bosnia y la Herzegovina, bajo su sabia administración, y sin que a la Monarquía le cueste dinero. Al contrario, después de pagar los caminos, las escuelas, los edificios públicos, los sueldos de profesores y empleados, y, en gran parte, los ferrocarriles, etc., etc., aún queda un superávit en los ingresos de dichas provincias ocupadas. Claro está que no se incluyen en los gastos los que importa la ocupación militar, pero aquella parte del ejército en algún lugar había de estar y está allí, así como hay no pocos y buenos soldados bosniacos en otros puntos de esta doble Monarquía.

Acaso si tengo tiempo para ello antes de dejar esta Embajada, hablaré a V.E., en Despacho especial, de los progresos realizados en la Bosnia y la Herzegovina, de los brillantes discursos en que los ha expuesto el S^r. de Kállay en las Delegaciones, y de las esperanzas que abriga de que los habitantes de aquellas comarcas, sometidos durante tanto tiempo al yugo de los turcos y casi sumidos en la barbarie, se hallen educados ya y sean capaces de entender en el propio gobierno y manejo de sus asuntos comunes, para lo

cual piensan en concederles ya municipios y concejos o diputaciones provinciales con cierto poder autonómico, aunque limitado.

A varios diplomáticos y hombres políticos de esta tierra he oído censurar el silencio del Conde Goluchowski que nada dijo para contestar a las pretensiones de los croatas y de los checos, pero yo creo que el silencio del Conde, si tuvo el arte de hacer creer que no era desdeñoso, merece grande alabanza en vez de censura. Si él hubiera contestado, hubiera aumentado, por espíritu de contradicción, el empeño de los dálmatas y checos, y el debate hubiera sido larguísimo y algo peligroso. En cambio no contestando él, dio lugar a que contestasen cumplidamente los delegados de otras nacionalidades. Y él, de modo implícito, dejó entrever sin duda que los referidos asuntos no eran de su incumbencia, y que aun podía calificarse de impertinente la pretensión de los que allí querían deliberar sobre ellos, ya que versaban sobre un cambio fundamental en la Constitución de toda la Monarquía, no siendo las Delegaciones una asamblea constituyente.

Lo que sí pudieron [sic] haber hecho el Conde, es defender con más calor la triple Alianza, que quedó en la discusión algo malparada; pero sin duda no la defendió o la defendió poco, porque acaso como fervoroso católico no sienta en el fondo del alma gran entusiasmo por ella, o porque para defenderla de los ataques hubiera tenido que entrar en la discusión sobre las nacionalidades, que tanto rehuía.

De todos modos, el silencio del Conde Goluchowski ha sido provechoso. Las quejas de los checos se han perdido en el aire y las del dálmata-croata Bianchini también, sin repercutir y hallar eco, como hubieran podido hallarle en la Delegación húngara, la cual no querrá ciertamente que el Reino de Croacia se le separe, sino que siga unido a Hungría, como lo está, por una especie de *Ausgleich* o compromiso, pero que querrá y quiere sin embargo que dicho Reino de Croacia se complete con la Dalmacia y con todo lo que es croata en el Imperio austríaco.

Terminado este incidente la discusión de los presupuestos comunes continúa sin tropiezo y se acerca a su fin casi sin enmiendas por parte de los delegados. Es posible que en esta misma semana queden aprobados del todo.

Dios guarde a V.E. muchos años
Viena 24 de junio de 1895
Excmo. Señor
B. I. m. de V.E.
su atento seguro servidor
Juan Valera